

UAA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

7

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

ZOZAYA

CRONICAS

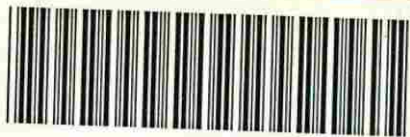
DEL AÑO DOS

PQ6647

08

C72

R. C.



1020028106



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



CRÓNICAS DEL AÑO DOS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDO RICHARDO COVARRUBIAS



ANTONIO ZOZAYA

Crónicas

del año dos



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS MADRID

EST. TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ

Calle del Olmo, núm. 4

1903

101237

34533

868
Z

PQ 6647
.08
C72



**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

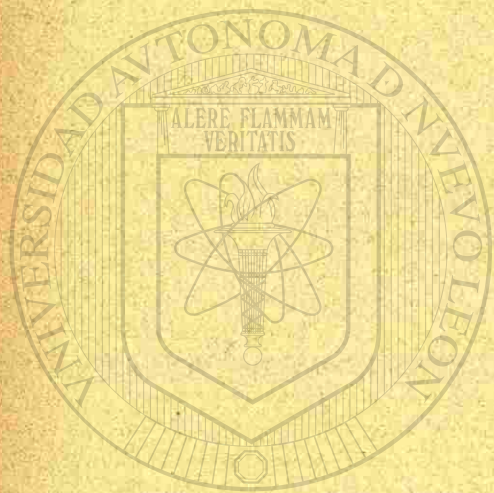
*Al recuerdo de mi hermana ausente,
María del Carmen Jozaya de Vargas.*

U A N L

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.



COSAS DE ENRIQUE

Ha entrado en mi cuarto, pálido, con el ceño fruncido, rasgando maquinalmente un trozo de periódico. Conozco su carácter vehemente y he guardado silencio. Por fin, Enrique se ha arrojado sobre un sillón, ha lanzado lejos de sí el trozo de papel y ha dicho, como si formulara el resultado de un largo y laborioso proceso mental:

—¡Es vergonzoso! ¡No tiene nombre!

—¿Vergonzoso, qué?—he preguntado.

No sabía á qué vergüenza podía referirse.
¡Hemos sufrido tantas!

—Es posible que el hecho no te impresione. Da lo mismo; aumentarás el número de los indiferentes. Pero escucha. ¡Me consta que en algunos pueblos de la provincia de Madrid, y durante la última recolección, han ido á segar los maestros de escuela!

La verdad es que no me ha producido risa la noticia. Al contrario, me he mordido los labios con despecho. Después, una

amarga tristeza se ha apoderado de mí. Y hemos quedado frente á frente, al lado del balcón, mirando reverberar á lo lejos los rayos últimos del sol amarillento en los cristales de Palacio, viendo avanzar las sombras sobre la inmensa cúpula festoneada de oro de San Francisco el Grande.

Cerraba los ojos y me representaba un anciano débil, llevando en su frente rugosa las huellas de la brutalidad del medio; blanqueado el cabello en la ingrata tarea de formar ciudadanos; dulce la mirada y el ademán blando, como los de quien ha pasado su vida contemplando cabecitas rubias. Creía mirar á aquel viejo, por cuyo espíritu había pasado con su soplo fecundo el aura de las ideas y de las cosas, que había departido con los héroes antiguos y comunicado con los severos clásicos, sin dejar de mirar á la ciencia presente. El había compartido la esclavitud con Epícteto y la moral con el sabio del Pórtico; había vivido la patria en Utica y la ciencia en Alejandría. El podía decir como Fausto:

«Derecho, Filosofía, Ciencia, Teología, todo lo he estudiado; y tras tantos esfuerzos, ¿de qué me sirve?»

Y veía á aquel viejo encorvado sobre la tostada mies, recibiendo en su espalda el fuego abrasador del sol de la canícula,

abrazado á los haces de trigo, cortando los tallos con mano temblorosa, escuchando las burlas de los gañanes, sintiendo resbalar en su frente el sudor y caer sobre los surcos de sus mejillas hundidas para disolverse en sus lágrimas.

—Es muy triste—he dicho en alta voz—pero has de saber que el pago á los maestros por el Estado será muy pronto un hecho. Tú no conoces al ministro de Instrucción pública. Es hombre de energía y está decidido á acabar con ese bochorno. Acaso es sólo cuestión de días.

—Lo será, no lo dudo—ha replicado Enrique.—El ministro merece aplauso; hará lo que nadie ha sido capaz de hacer. ¿Peor para él si no lo hiciera! ¿Peor aún para quien le suscite trabas! Pero eso no es bastante.

—¿No?

—No. Supongamos (y no es poco adelante), que los maestros cobran con puntualidad. ¿Sabes cuáles son sus sueldos?

—Hay algunos con tres mil pesetas...

—Diez ó doce. En cambio, hay siete mil seiscientos que perciben al año menos de cien duros y tienen que ser secretarios ó sacristanes, ó campaneros y enterradores, para poder alimentarse de legumbres secas; en trueque, hay, según el último censo

cuatro mil que cobran menos de cincuenta, y tienen que ser barberos ó herradores, ó marchar al campo á labrar. Por último, y asómbrate: ¡hay mil doscientos setenta y tres que perciben anualmente menos de veinticinco duros, cuando los cobran, porque hay maestro al cual se adeudan ocho trimestres!

Esta vez he sido yo quien ha fruncido las cejas. Los reflejos de los cristales de Palacio eran cada vez más rojizos y débiles: la cúpula de San Francisco se recortaba sobre un cielo cada vez menos luminoso.

—¿Y qué remedio queda?—he dicho.—El ministro harto hará con que cobren puntualmente esos infelices.

—¡Infelices ellos!—ha exclamado Enrique.—¡Ellos, que llevan gozosos su cruz y se dan por recompensados cuando han despertado un cerebro, hecho latir un corazón, asistido, como Platón en Teetetes, al alumbramiento de una idea! ¡Infelices vosotros, que no véis la nube que se acerca, que sembráis la barbarie y os extrañáis después de que no haya patria! ¡Infelices vosotros, que soñáis con soldados, y barcos y glorias, y conquistas, cuando van á segar los maestros, sin ver que lo que cortan no son espigas, sino esperanzas de regeneración.

—¿Y qué hacer?—he repetido.

—Entregar al Estado la función de enseñanza, formar un escalafón de maestros, un cuerpo bien retribuido.

—¿De modo, que lo poco que resta de autonomía municipal...?

¡Vaya una carcajada la de mi amigo! Me he puesto encarnado, como quien sabe que ha dicho una tontería!

—¡La autonomía! Si precisamente el error está en eso: en dar al Municipio atribuciones que no son suyas, para despojarle de lo que constituye su función. Ni conoces las corrientes modernas, ni has leído las Constituciones de pueblos como Alemania, donde se asigna al Estado el fin de cultura; ni has estudiado á los tratadistas modernos, ni te has penetrado de que los problemas de la cultura se hallan impregnados de la idea humana y social. Aquí, donde *nadie se entera*, el Municipio no cobra, no administra, no nombra siquiera un peón caminero, está sujeto al Gobierno en todo; pero, por burla y para desacreditar su gestión, se le entrega lo único que no puede hacer bien, porque no le compete: la función de enseñanza. Los pueblos conocen sus intereses materiales, y en eso se les pone trabas; pero desconocen el general de la cultura, y ese se les confía, para poder decir: «¿Ven ustedes cómo la autonomía es imposible? ¿Ven

cómo los pueblos, cuando son soberanos lo hacen muy mal?»

Parecía que una luz se encendía en mi frente. Enrique tenía razón. A los pueblos podrá interesar tener caminos, fuentes, mercados, riqueza, en fin. Al Estado interesa tener ciudadanos inteligentes y laboriosos.

—Mira, Enrique—he dicho á mi amigo.

—Está bien que el Estado haga todo eso; pero tú mismo confiesas que hay cerca de nueve mil maestros. Uno con otro, á dos mil pesetas, consumirían un presupuesto de dieciocho millones; eso pagándolos muy mal. Aumentando su número, que bien hace falta, serían precisos veinticinco millones. ¿De dónde se sacan?

—¿De dónde?—ha gritado indignado Enrique. —¿De dónde se han sacado mil para construir una escuadra que no parece? ¿De dónde han salido dos mil para sostener guerras á todas luces temerarias? La guerra...

—Lo primero es mantener nuestro prestigio—he interrumpido.

—¡Lo primero—ha balbuceado Enrique colérico—es ponerse en dos pies! No bastan veinticinco millones; hay que gastarse ciento en levantar escuelas y llevar á ellas hombres capaces. Hay que hacer que los Ayuntamientos empleen lo que dejan de

emplear en atenciones de enseñanza, en rebajar los cupos de consumos, para que las gentes puedan vivir, y así sea posible la instrucción obligatoria. Si no hay dinero, se pide prestado ó se le saca á quien lo tiene mal adquirido. Cien veces hemos suscrito empréstitos de guerra; suscribamos una vez siquiera el empréstito de la paz.

Hemos vuelto al silencio. Yo creía mirar una legión de maestros pidiendo limosna de puerta en puerta, en tanto que rugía desenfadada una turba de doce millones de analfabetos. Lo que Enrique pedía, tal vez era imposible; pero, sin ello, España debía proseguir su caída mortal.

Era casi de noche. La obscuridad se extendía cada vez más densa; parecía que aquel manto sombrío se dilataba por toda la tierra española como una impenetrable niebla que ya ninguna aurora podría romper.

El anciano maestro volvía á aparecer á mis ojos, hambriento, extenuado, mostrando en sus ojos las lágrimas y en su mano temblorosa la hoz.

Comenzó á oirse, como un eco lejano, el toque de retreta; los vidrios del Alcázar ya no despedían brillantes reflejos, y parecía como que se hundía entre sombras la inmensa y negra cúpula de San Francisco el Grande...

LA TORTA DE REYES

¿Es que los lazos de la familia son menos estrechos, ó es que la razón abomina de las cosas puramente simbólicas? Ello es que las fiestas de la familia van desapareciendo. Y la de Reyes más que otra alguna. Todavía, al salir recatadamente al balcón, cuando aún no asoma la luz del alba, á depositar nuestra ofrenda en el zapatito ó la cesta de mimbres de nuestros pequeñuelos, nos estremecemos al mirar el cielo estrellado. Nos parece que aquella nebulosa compuesta de miriadas de mundos que bastó á fecundar el pecho de una diosa madre, es el camino por donde han de llegar los Reyes prodigiosos, guiados por el astro lejano que reverbera en la noche como una luciérnaga. El soplo del viento nos parece impregnado de mirra, los ramajes movidos por ráfagas tenues nos fingen pasos acompasados de briosos corceles y camellos cargados de ofrendas. Después depositamos nuestra

oblación á la inocencia y nos retiramos dando un suspiro. Todo aquello pasó: ese cielo vacío de dioses, jamás se poblará para nosotros.

Sin embargo, los niños duermen; dejémosles las viejas leyendas, saludemos con regocijo sus palmoteos cuando al despertar vean alborozados los dones de los misteriosos monarcas. Toda superchería es hermosa cuando se tiene á la inocencia por cómplice y al cariño por encubridor.

Por la noche, cuando los leños arden y los vidrios se cubren de escarcha, y las ollas entonan su cántico de hervores y borboteos, ya no se espera á los Reyes. Entonces se hace más: se aspira á serlo. Cuando la torta, amasada por la campesina de brazos limpios y robustos como fustes de pórtico griego, ó traída en bandeja de plata por el servidor de librea; cuando ese manjar que nos ofrece la dominación sin orgullo, el centro sin envidia, la soberanía sin sobresalto, quede partida, ¿quién será el rey de una noche? ¿Quién el déspota cariñoso de unas horas? ¿Lo será el abuelo que nos refiere leyendas, sonriente bajo su corona de blancos cabellos, ó la rosada niña que le escucha con los ojos abiertos como dos azules espejos, en los cuales se muestra el interrogante de las almas ingenuas? El festín

se espera con ansia, y cuando el haba codiciada suena por fin en los menudos dientes de la hija núbil ó asoma en los labios del mozo decidor y vigoroso, estallan las aclamaciones y los aplausos. La copa se alza. *¡El rey bebe!* En el altar de la familia se está celebrando el sacrificio de la vida que se transmite y el amor que se perpetúa.

Pero, ¡ay, si alguien nos falta! La fiesta no se celebra aquel año, y si por amor á los niños se consiente en solemnizar aquel día, al partir el manjar codiciado parece que un espectro reclama su parte. Las risas cesan y el elegido Rey arroja con disgusto la legumbre ó el muñequillo. Parece que la corona pesa en sus sienas. Sólo un trono puede ser agradable: el que puede compartirse con todos, como el del Rey músico y profeta.

Una noche de Reyes fuí convidado á cenar por un matrimonio joven y amante de lo tradicional. Concurrí muy temprano, y pude disertar largamente con la niña; una rubia deliciosa de nueve abriles. ¿Que de qué hablamos? De todo. De la vida, de la felicidad, del cielo, de los Reyes que regalan juguetes y de las mamás que prodigan caricias. La niña me hacía mil preguntas, que me dejaban atónito. Hube de explicar la todo, incluso la composición de los mun-

dos, que estaban sostenidos por niños con alas y se movían á los acordes de arpeggios y cadencias. Me escuchaba embobada y me sentía feliz. La verdad, ¿qué me importaba entonces? Lo principal era la dicha. La dicha, que encontraba tan pocas veces, y á la cual era preciso hacer los honores.

Cenamos y luego se dividió la famosa torta. Un ligero golpe en los dientes me anunció que era yo el elegido. Envidié á Cincinato. Con ser tan bello reinar en el corazón de aquella niña, me pareció mucho más hermoso labrar en su fantasía. *¡El rey bebe!*, gritó con júbilo, y hube de beber entre risas y palmoteos mirando á aquel matrimonio feliz dirigirse miradas de amor verdadero y á aquella hada minúscula que todo lo alegraba en derredor suyo.

Volví al año siguiente; pero no á cenar, sino á acompañar al matrimonio en su dolor irremediable. La niña había muerto en la primavera, cuando abren su cáliz las clemátidas y elevan las acacias al cielo sus perfumes. Fué un simulacro la cena. La madre no probó manjar alguno y el padre gustó apenas el pan, que debió, sin duda, saberle amargo. Mas de pronto, al traer los postres, una sensación terrible é inesperada, nos esperaba á todos. El mayordomo, creyendo acertar á rendir un tributo

á la pequeña que faltaba, colocó en la mesa la torta de Reyes.

Un profundo silencio se hizo entonces. La madre se retiró angustiada y mi amigo y yo pasamos á su despacho.

La torta de reyes quedaba allí intacta, cubierta de su finísima capa de azúcar, alumbrada por la luz de los dorados candelabros, rodeada de porcelanas y cristales henchidos de reflejos.

Allí quedaba como un enigma. ¡Abrirla! ¿Para qué? la verdadera reina no estaba allí. Sobre la nebulosa formada por la fecundidad de la Diosa Madre, sobre el astro reverberante como pálida y movable luciérnaga, encima del manto azul, sembrado de piedras por los Reyes Magos, se reclinaba tal vez en su trono.

TARJETAS

Es siempre una impresión agradable, una sensación indefinible de bienestar, la que experimentamos en estos primeros días del año, tan pródigos en esperanzas y proyectos, al recibir las tarjetas de nuestros amigos. Aquellas cartulinas, satinadas ó toscas, suaves al tacto, con la flexibilidad del Bristol, ó resistentes como si recordaran la firmeza de una amistad sincera, nos dicen que no estamos solos, que aún podremos luchar y vencer, puesto que hay quien sabrá prestarnos apoyo en la contienda ó consuelo en el vencimiento.

Todos recordamos con gusto aquellos días de nuestra infancia en que esperábamos al cartero y sentíamos, al contemplar los sobres cerrados, una punzante y agradable curiosidad. Abríamos las enigmáticas envolturas sin dar tiempo á nuestros padres á percatarse de semejante atrevimiento. Aquella tarjeta grande y flexible sería indudablemente del señor marqués. Pues no,

que era de D. Pascual, aquel cesante perdurable que tantas veces se convidaba él mismo á comer en casa. Aquella otra pequeña, en cuyo sobre aparecían garrapatos minúsculos, debía de ser de alguna de nuestras amiguitas. Y á lo mejor era de un brigadier con mando en plaza ó de un oficial que hacía gala de atronadora voz cuando en la parada, volviéndose hacia los carros de municiones y los dos cañoncitos de juguete, gritaba poniéndose en pie sobre los estribos: «¡Baterta! ¡Marr... chent!»

Eran los días de sol, las bellas auroras en que todo parecía prodigarnos sonrisas. Todos aquellos nombres estampados sobre las tarjetas nos parecían respetables y dignos. Todos eran los de nuestros amigos y protectores. Y, por último, aquel centenar de nombres y títulos se convertía en una porción de objetos fantásticos, recortados y engomados cuidadosamente por nosotros. Los buenos y los malos amigos, los nobles y los plebeyos, los ancianos y los adolescentes se encontraban á lo mejor confundidos en un hermoso hotel de cartulina con tejado encarnado rabioso y ventanas verdes, tras de las cuales se veía á lo mejor un escudo de armas para recordar la inestabilidad de las cosas humanas y los campos de gules *ubi Troja fuit*.

Después vinieron los tiempos calamitosos en que esperábamos al cartero para saber qué amigos nos quedaban, y en que pasaba sin tocar siquiera á nuestra puerta. ¿Quién no recuerda alguna breve temporada en que cielos y tierra parecen olvidarnos de un modo irremisible? En esas largas y penosas etapas, los primeros días del año son un semillero de decepciones.—No, decimos, Carlos no me olvidará.—Mas la tarjeta de Carlos no viene. Todavía esperamos la de Luis ó Roberto. Pero todo el mundo nos abandona. Contamos las tarjetas echadas por nosotros al correo. Fueron más de doscientas. Y entonces es cuando comprendemos cuán bajo hemos caído, así como el silencio de los campos explica al viajero perdido cuánta es su soledad.

Alguna vez, cuando nos consideramos abandonados, el cartero llama y sentimos una sacudida como Radamés al oír pasos en su cripta. Tomamos el sobre y le damos vueltas sin atrevernos á romperle. ¿Quién nos recuerda de nuestros amigos? ¡Quisiéramos que fueran todos! Y no puede ser sino uno. Temblamos y soñamos con que ese *uno* puede ser aun la mujer amada, el protegido ingrato, el amigo por quien vertimos nuestra sangre, la mujer por la cual arriesgamos nuestro honor. Por fin, nos decidi-

mos y vemos un nombre modesto, tal vez el de una persona con quien nunca tuvimos comercio íntimo, pero cuya figura adquiere entonces en nosotros el relieve de los exergos cartagineses. Quisiéramos abrazar á aquel buen amigo, contarle nuestras cuitas, llorar con él. Pero está lejos, y nos contentamos con guardar su nombre en el fondo de nuestra cartera y colocarlo sobre nuestro corazón.

¡Y todavía son esos los tiempos dichosos! Después, cuando nuestro cabello comienza á encanecer y nuestra memoria á recordar la oda á Póstumo, hemos recobrado quizá nuestra fortuna, adquirido un nombre, roto con el mango de nuestra espada ó de nuestra pluma las doradas puertas de la moderna Babilonia. Y las tarjetas se multiplican en nuestro escritorio, y el timbre suena á cada momento para avisarnos que aún no ha terminado el desfile de nombres y felicitaciones. Pero entonces es tarde, el timbre no puede estremecernos; aquellas cartulinas nada dicen á nuestro corazón. La juventud ha huído, el desengaño nos ha impreso su rictus irónico, y arrojamos, sin abrirlas acaso, aquellas muestras de adulación sobre el pupitre, para que otro conteste por nosotros é inscriba aquellos nombres en nuestra guía.

Y esa guía también va cambiando y sufriendo mutilaciones, envejeciendo con nosotros y transformándose según va acercándose el crepúsculo de la vida, como la mágica Galatea. Una línea severa y respetuosa va cubriendo los nombres de aquellos que cumplieron su misión en la tierra y ya nunca volveremos á ver. Un trazo nervioso señala á los proscriptos de nuestro afecto y nos recuerda lágrimas ó iracundias. Y en medio de la lista de amigos que se renuevan, como el mar renueva con uniforme variedad sus olas, encontramos nombres que nada nos dicen, cuya representación hemos olvidado, que no sabemos de quiénes son y que nos llenan de perplegidad como al protagonista de *Dichas sin nombre*.

Y, ¿quién sabe?, acaso volverá á despoblarse esa lista. Tal vez tornaremos al abandono amargo y podremos decir con acento de melancolía, llevándonos la mano á ese corazón tan dolorido:—La amistad existe, es algo grande, aquí la siento. Pero *el amigo*, ¿en dónde le podré encontrar.

PROLETARIADO INTELECTUAL

Impugnando opiniones del notable propagandista Sr. Morato, un escritor muy profundo y estudioso, el Sr. D. Ramiro de Maeztu, ha expuesto recientemente en un bien escrito artículo sus opiniones acerca del obrero intelectual.

Las afirmaciones del articulista no pueden ser más desconsoladoras. Todas las revoluciones políticas han sido realizadas por obreros intelectuales, sin otro objeto que el de aumentar el número de empleos públicos. La posibilidad de estas revoluciones se agota, empero, y la evolución económica se realiza *à despecho* de este proletariado. El trabajo del obrero intelectual casi nunca es útil: no hace sino *hurtar el cuerpo al verdadero trabajo*. En resumen: el *intelectualismo* profesional desaparecerá á medida que sea cada vez mayor la cultura de los obreros manuales.

Hay mucho sugestivo y digno de estudio

en el trabajo del Sr. Maeztu. Hubiera yo querido, no obstante, ver establecida más claramente la distinción entre el verdadero obrero intelectual y el escritor ó artista que pone al servicio de la burguesía sus obras de mera propaganda ó deleite. Cuanto dice el articulista es aplicable al segundo; pero ¿lo es igualmente al primero? Ciertamente que lleva trazas de cerrarse el ciclo de las revoluciones políticas hechas por y para la burguesía. Mas la evolución económica, ¿puede discernir en el fondo el triunfo definitivo al trabajo manual? No sé si en esto acierta el perspicaz cronista.

En todos los órdenes humanos, incluso el meramente fisiológico, la evolución se realiza sustituyendo la energía nerviosa á la muscular. Suponer una futura evolución en que el triunfo pueda ser de la actividad física y aun ininteligente, es afirmar una regresión imposible. Todas las revoluciones han sido provocadas por los obreros intelectuales, pero no para buscar empleos y medros particularísimos (este puede bien haber sido un resultado contingente), sino para imponer á las sociedades un nuevo estado de ideación de conciencia y vida, una concepción superior del Derecho y moralidad, una nueva fase de evolución. Y no sólo han sido los *intelectuales*, que ahora se

dice, agentes primeros en estos cambios, sino que forzosamente han de serlo en toda evolución futura. Porque la evolución social implica eso: un mayor predominio de la inteligencia sobre la fuerza, *alma mater* de las sociedades primitivas, una emancipación para los humildes del trabajo manual por la aplicación del intelecto. Así, los *chiflados*, de que habla Guyau al pintar la fortaleza social, nunca dejarán de ser frente a ella los más temibles y valerosos sitiadores.

En el desenvolvimiento de la ley del Progreso, jamás la Historia ha discernido el triunfo a las máquinas, sino a los hombres.

Para emanciparse las aristocracias necesitaron primeramente esculpir en blasones sus preeminencias, como para formular las clases medias los derechos del hombre, fué preciso que, excediendo en saber a la nobleza, apagasen las agudezas de Versalles con la elocuencia del Juego de pelota.

Para que el proletariado triunfe, necesita *intelectualizarse*. La victoria es de los más adaptados, y el medio lleva impreso de cada vez más el sello de la inteligencia del hombre. En el moderno paraíso todos los seres hablan como la serpiente y todas las plantas son del bien y del mal; porque en todas ha descifrado el hombre el lenguaje subli-

me de la Naturaleza. La causa del obrero es hoy la del intelectual. Si lo olvida, será siempre como la herramienta: una prolongación del brazo que obedece; jamás una difusión del cerebro que manda.

El intelectualismo profesional no puede sin injusticia ser confundido con la estéril ocupación de quien esquivaba por incuria el penoso esfuerzo del músculo. Los intelectuales no sólo son los aduladores de la fantasía y los propagandistas del error: son los sabios, los inventores que redimen al sudra moderno de la labor embrutecedora é inconsciente; son los ingenieros que utilizan, aplican y aun multiplican las fuerzas; son los sociólogos que investigan las causas del dolor que agita las entrañas de los pueblos, como los patólogos luchan contra el que sacude las fibras heridas del organismo; son los psicólogos, que sustituyen al dogma la investigación personal; los filósofos, que van quebrantando prejuicios y con ellos las más hondas raíces de la iniquidad; los físicos, los naturalistas, los matemáticos, que nos emanciparán del esfuerzo físico por el conocimiento de las leyes del mundo y, merced á los cuales, el siervo, que supo enderezar su quebrantado cuerpo para decir *¡Soy hombre!*, sabrá un día elevar su cabeza al espacio infinito, para exclamar:

¡Soy fuerza, soy entendimiento, soy Dios!

Y entonces, cuando los pensadores hayan disipado las nieblas en que se han envuelto todas las tiranías, y los sociólogos hayan resuelto el problema de la distribución de la riqueza, sin el cual el de su producción, como ha hecho observar Henri George, no hace sino desposar con la miseria el progreso, y los inventores hayan convertido al obrero de máquina en ser pensante, y el arte embellezca la vida sublimando los más puros afectos, ¿cree el articulista que no habrá obreros intelectuales? No; entonces todo será *intelectualismo* profesional, porque todo trabajo será obra del cerebro y el ocio aristotélico será patrimonio de todos y no habrá verdaderamente obreros manuales, sino inteligencias puestas al servicio de la felicidad y de la virtud.

Y no habrá, no, entonces pagado la sociedad con exceso, reverenciando su memoria, á los obreros intelectuales como el señor Maeztu, que hoy ponen su talento al servicio de las causas justas, ni á quienes realizaron las revoluciones políticas, preparando ulteriores transformaciones sociales, ni á quienes fecundaron la ciencia con dolor de su espíritu y su carne, para fundir las cadenas de Prometeo y forjar con ellas las diademas de los pueblos libres.

Lo que pasa no es el trabajador intelectual, sino el esclavo miserable que realiza su trabajo inconsciente, con regularidad de alienado; lo que triunfa no es el vigor del músculo, sino la vibración de la célula en el sensorium cerebral; lo que se impone no es la ignorancia, sino la ciencia, democratizada primero con la imprenta, socializada luego con la cultura y el descanso, universalizada, por fin, cuando sea un hecho lo que antes parecía una aspiración imposible y hoy es un ideal glorioso que se acerca: ¡Todo es de todos; todo es para todos!

CENTENARIO

Cien años hace que nació Víctor Hugo. Sombra que iluminó todo un siglo, duerme el silencio que ya jamás ha de interrumpirse. Fatigada, doliente, la generación nueva le olvida. Pero no llamará por fin á su sepulcro, como el niño Pablo, para decir angustiada al abuelo tierno que duerme: *¡Padre mío, despierta!*

No se oye ya su voz poderosa, que arrancó á los cielos sus piedras miliarias para ponerlas en las débiles manos de sus nietezuelos; no se escucha el acento vibrante que ante la inmensa catedral de piedra, colocó la del pensamiento en forma de libro, en las manos de Claudio Frollo; no resuena la cincelada estrofa, el párrafo rotundo que repetía las quejas de los miserables y el eco dolorido de los trabajadores del mar.

Pasamos fríos, desengañados, sin prestar atención á la leyenda de los siglos. No encontramos encantos en las arrogancias de

Hernani ni en la gemebunda agonía de *Ruy Blas*. Ni la furia del águila del casco ni la indignada cólera del bronce logran estremecernos. Buscamos la verdad, no la ficción, la realidad, no la paradoja. Y así descubrimos la frente ante la húmeda huesa cercada de amarantos y ornada de laureles y volvemos después los ojos á un horizonte nuevo para buscar en él la silueta de ese cantor que nunca llega y de cuya robusta garganta han de salir vibrantes los acordes con que la poesía moderna saluda al porvenir.

Toda una centuria tuvo su representación en Hugo, como otra la tuvo en Voltaire. Porque el siglo XVIII fué el de la liberación religiosa, como el XIX el de la emancipación política. El XX necesita otros acordes, otros ritmos, otras cadencias, porque es el de la transformación económica y el de la justicia social.

A la voz de Voltaire se derrumban las aras y á la de Hugo los solios. Cuando escribe fulmina, cuando habla centellea. Por eso le adoraron las muchedumbres. Era la encarnación de la Libertad. Pero su pluma no fué tan sólo ariete, y á través de los fenómenos que cambian, describió la eterna majestad del amor. Al niño prodigioso siguió el hombre águila y á éste el anciano

bondadoso. Destruída toda la labor de ese semidiós, quedaría aún el *Arte de ser abuelo*. Borrada su grandiosa figura de reformador y de atleta incansable, quedaría impresa en la memoria su senectud amable, su cabeza pálida, su semblante augusto, su mano temblorosa, apoyada en las rubias gudejas de los niños.

Zola, ese otro gigante de las letras, se equivoca al pensar que puede desvanecerse la aureola que circunda al autor de *Los Burgraves* y de *Han de Islandia*. Toda la juventud está allí. Antes que ser real, tiene todo arte que ser romántico; antes que ser justa, tiene la sociedad que ser libre; primero que cruzar las estepas de la reflexión, necesitan los hombres embriagarse en los verjeles de la fantasía, siquiera para que al llegar el crepúsculo azulado, preñado de silencios solemnes, pueda llegar hasta ellas el recuerdo de aquel otro, encendido é impregnado de brisas, en que todo eran trinos y en que rasgaba los aires luminosos la voz del bardo.

¡Hugo! Todo un siglo resucita con él. No reneguemos de su labor, que no sólo ha sido francesa, sino humana; no abominemos de su gloria que supo embellecer una etapa. Y si el nuevo cantor aparece, que acierte á describir los sacudimientos y dolo-

res con que alcanza la sociedad moderna la fecunda maternidad de la razón y de la justicia, todavía sentiremos en nosotros algo muy hondo, algo muy melancólico y dulce, algo muy generoso y cándido, al reproducir en nosotros el cántico lejano de nuestras vírgenes añoranzas y el rumor misterioso, cual de alas que se doblan, como arpas que vibran al impulso del viento, á cuyos armoniosos acordes se meció nuestra cuna.

¿NO ME CONOCES!

He colgado, como todos los días, delante del balcón mi espejillo de mano; he bañado con blanca y jabonosa espuma mis mejillas escuálidas; he trazado después con el índice sobre el vapor congelado en el vidrio un surco luminoso, y, ¡santo Dios!, ¿qué he visto? Una nariz enorme, amenazadora, imponente, como aquella que sirve á cierto jefe de partido para hacer eclipses de sol y luna. En el balcón frontero, un muchacho presentaba en su cara redonda aquel desmesurado apéndice. Limpié el cristal, y al verme, prorrumpió en carcajadas el muchacho. Ya repuesto del susto, me sentí un sí es no es ofendido en mi dignidad y le miré como Alejandro á Calístenes. Tornó á reirse, y por disimular mi turbación, y dejar de mirar la nariz estupenda, bajé las cortinillas. ¡Otro Carnaval yal! Quedé confuso frente al espejo, contemplando mi rostro avejentado, triste y aderezado de espuma, en

tanto que el chiquillo gritaba con su voz gutural:

—¡No me conoces!

Parecióme que aquella voz burlona salía del fondo del espejo, que la modulaba mi propia efigie. Y la miré con asombro y espanto.—No te conozco, no, dije por fin. ¿Dónde están tus ensortijados cabellos? ¿Dónde tus largas y sedosas pestañas? Tus ojos brillantes y vivos, ¿qué se hicieron? Y poco me faltó para llorar ante aquella viviente Itálica, resto de juventud, ruina de belleza, despedazado anfiteatro de fuerza, de salud y de gallardía.

¡Carnaval otra vez! ¡Qué cosa tan ridícula! Otra vez los andrajosos mascarones y las tullidas comparsas, y los desafinados canturreos y el tío del *al-higut* y el bobo de los zancos, y el muñeco de piernas de trapo cabalgando en los lomos de la vieja de testuz de madera.

¡Era estúpido! Sí, señor; era estúpido todo ello, sin contar con las serpentinatas de estraza y los polvorientos papelitos y el insoportable espectáculo de una muchedumbre sin rumbo, buscando distracción que no encuentra, placer que no aparece, y aire que no circula.

—¡No me conoces! ¡No me conoces!—seguía alborotando el diantre del drope.—Y

yo, hurraño, renunciando á un tocado ya inútil, enjuagué mis mejillas y medí con mis pasos el zaquizamí. Vamos á ver: ¿Qué es el carnaval? Y el gato silencioso apoyado en sus patas como una esfinge, me miraba con sus verdes y enormes pupilas ¿Qué es el Carnaval? Fiesta pagana... y allí, desde su estante, parecían reirse las enciclopedias, los legajos, los cuadernos de apuntes y hasta el busto de Heráclito. Hubiera dicho que era el Carnaval un delirio de sátiros á no ser por respeto á un grabado que representaba al Padre Bohurs.

¡Carnaval! ¿A qué bueno ese anacronismo? Un tiempo ya lejano, la fiesta de los siervos hacía menos penoso el yugo de los Césares; la danza de los ébrios hacía soportar mejor la opresión de los dioses. El amor maldito, como la fruta del bien y del mal, necesitaba ornar su aljaba con casca- beles; la razón, condenada en nombre de un mandato infalible, se disfrazaba para mostrarse de bermellón, oropel y falsas púrpuras.

Pero el amor se hizo sacrosanto, la razón se hizo libre y la última careta cayó al der- rumbiar el fanatismo su último templo. Puede calzar el zueco Mesenio, jamás Es- partaco. La luz amarillenta de la ergástula se nubla al encender la civilización sus an- torchas.

Me detuve, dí un puntapié á la esfinge y proseguí.

¡Carnaval! ¿Para qué? Preguntad si Gar- rick pudo soñar jamás tan engañosa mí- mica como la de quien se llamó vuestro amigo; buscad entre los gestos de Talma, de Latorre ó de Auriol, uno que se aseme- je al de la falsa dignidad de nuestros moder- nos Tartufos. Preguntad á la tierna adoles- cente cuándo habéis de fiar en su aire de bondad ó desinterés. ¡Caretas, siempre ca- retas! Pero las de cartón nos venden por nuestras aficiones ó nuestros gustos; las de carne, jamás; las hemos amasado con san- gre y lágrimas.

Estaba elocuente. Había derribado libros y sillas, é inconscientemente agitaba como una enseña el immaculado navajero. Me hallaba en uno de esos transportes en que no podemos movernos sin sembrar en derre- dor el desorden, así como quien, colocado en la orilla de un río, en una nebulosa ma- ñana de invierno, no puede dar un paso sin rasgar en jirones las nieblas.

Así fuí hasta el espejo, y me encontré ri- dículo con mi aspecto iracundo y mi cara sucia. En la calle era creciente el rumor de risas y charloteos, y el maldito chiquillo vo- ciferaba á pleno pulmón: ¡No me conoces!
¡No me conoces!

Y entonces miré al cielo nublado, con la esperanza de que una formidable tormenta de agua ó de nieve malograra toda aquella fiesta, tétrica sólo para mí. Me deleitaba la idea satánica de que toda aquella muchedumbre bulliciosa habría de volver á sus tugurios maltrecha, calada hasta los huesos, dibujando bajo las caretas el rictus de la ira, la amarga mueca del desencanto.

No era yo solo quien miraba á las nubes. También miraba la vecinita de enfrente. Y miraba frunciendo el gracioso entrecejo, estrujando en sus manos un capuchón rosa. Aquello me llenó de asombro. ¡Cómo! Aquella muchacha que pasaba las noches en claro bordando sin tregua, ¿trabajaba también en el día de asueto por darse la satisfacción infantil de vestirse de máscara? ¡Qué tontería!

Y el hermanito de la costurera afirmóse la pintarrajeada nariz de cartón y me gritó más fuerte que nunca: *¡No me conoces! ¡No me conoces, viejo!*

¡Viejo! Aquello fué para mí una revelación. ¿Sería yo, y no el Carnaval, quien pasaba? Y me acordé de Kempis y de todos los místicos que nos dicen que pasamos como sombras por el tiempo. Y recordé á dos viejos sombríos, Taine y Schopenhauer, asistiendo á los bailes de máscaras para

rendir tributo á la fiesta de la juventud.

Me miré nuevamente en el espejo. Sí, era yo quien pasaba; en tanto que maldecía de placer y del Carnaval, en las arterias de la mocedad meditaba con el amor el genio de la especie. Lais preparaba sus galas al compás del hexámetro de Persio. En la lucha entre la razón y la fantasía, entre el pensamiento y la voluntad, triunfaba como siempre... la vida. No había cambiado el mundo, sino yo, y de sus alegrías y expansiones me separaba ya, como en la tierna y profunda dolora, *el yerto mar de los años*, ese azulado piélagos, surcado sólo en una dirección, que separa el ardor juvenil de Lucía de la árida reflexión de su abuela.

¡Viejo! ¡Qué verdad tan amarga! De nuevo parecieron reirse de mí los libros, los estantes y aun los grotescos de las cornisas. Como el amante de Gretchen, hubiera trocado muchos años de análisis por un momento de sensualidad. Yo también hubiera buscado, á través de los agujeros de un antifaz, el fulgor de unos ojos rasgados, deslumbradores, radiantes; yo también hubiérame estremecido al contacto de las blondas de Colombina, hubiera buscado en sus labios húmedos, encendidos como cerezas lúbricas, el beso que provoca el supremo espasmo; también habría susurrado, al com-

pás de la orquesta, la frase balbuciente, la promesa inofda, la embriagadora modulación de quien ama y espera.

Yo hubiera, habría y hubiese... ¡Triste pretérito! No podía hacer revivir el pasado; pero tampoco quitar sus anhelos al porvenir.

Oprimí el timbre y apareció á mi lado la mujer que amé; la que debo amar todavía, la que amo aún.

—Leonor, viste á los niños.

—*¡No me conoces!*—gritaba el vecinito. Y yo, mirándole con cariño por la primera vez, le dije sonriente, como si contestara á la voz misteriosa del Carnaval.

—Sí, te conozco: eres la juventud que invoca sus derechos; eres el placer que se agita, el amor que pasa, la vida que se renueva!

EL TALAMO

Los restos de aquel gigante de la escena que se llamó Antonio Vico, yacen, por fin, lejos de su patria. Pero aquella tierra, que se habrá estremecido al recibirle en su húmedo seno, es también española, pese á Tratados y convenciones. Ha pasado por ella, agitando sus alas, el genio de una raza; ha palpitado al ósculo de nuestro sol; se ha regado con sangre de nuestros soldados, y con sudor de nuestros labriegos se ha hecho fértil. En el humo de fábricas peninsulares que flota sobre sus ríos y ciénagas, vaga el espíritu de nuestra lengua y el alma incorpórea del arte nacional.

Estremece pensar en la noche tétrica en que el barco se deslizó por las sombras, sintiendo en sus costados el golpeteo incesante del encrespado mar. Allí, en las entrañas del fantasma, columpiado por la tormenta, Vico debió pensar, por última vez, que aquellas costas ya nos eran hostiles, que

aquel oleaje entonaba otros himnos, que iba á morir allí, olvidado de todos, lejos de los seres queridos, ausente de la patria, para ser sepultado donde pronto se olvidaría el recuerdo de su voz inspirada y aun el mismo lenguaje cadencioso en que supo dar forma á la belleza imponderable y al arte infinito.

Y pensamos en el genio aterrado, convulso, sintiendo acercarse la muerte, atenuarle los miembros con sus nervios fríos, nublarle los ojos con sus vapores helados y adormecedores, paralizar su corazón con su húmedo soplo y su pensamiento con el témpano de su frente. Nos le imaginamos tembloroso, loco de terror, tendiendo sus brazos paralizados de angustia á una región que se alejaba cada vez más y á una vida que se le huía por momentos.

No. Vico no pudo morir así.

Antonio era un enamorado de la muerte. Se desposó mil veces con ella, entregándole en arras su genio en el espasmo de la inspiración y el transporte del sentimiento de lo sublime. Pese á Diderot, hay algo que el actor no puede fingir, y ese algo es la agonia. Retratarla, es sentirla; evocarla, desposarse con ella en presentimiento inefable, entregarse en irrevocable voto y sellarlo con lágrimas, gemidos y estertores. Allí, el arte

se eclipsa ante la verdad. Y la muerte recoge la promesa, que no puede quedar incumplida, y en medio del tablado, á la luz de las proyecciones eléctricas, al eco abrumador de un subyugado público que prorrumpe en sollozos, se inclina sobre el actor inspirado y deposita sobre su frente el beso nupcial, frío, pero solemne, pausado, pero augusto, como acto misterioso de posesión que ha de cumplirse, allá, pasados los años, en la noche medrosa y llena de tinieblas, al acorde de la jarcía que el viento sacude y al compás de las olas, que se estrellan furiosas en la obra muerta.

Vico se mostraba en escena dueño de sí mismo, seguro de su inmenso talento, confiado en sus fuerzas y sus inagotables recursos. Pero siempre sereno, impasible, audaz. De sus labios brotaban en cascadas armónicas los conceptos, las frases, las palabras acompasadas, graves y rotundas. Y en tanto que su acento modulaba el apóstrofe del guerrero ó la frase dulcísima del apasionado doncel, sus ojos vagaban por el escenario sin verle é iban á buscar en el espacio un punto indeciso. Á las veces su elocución degeneraba en sonido monotonó, sus actitudes parecían desmayadas y torpes. Se buscaba allí en vano la encarnación de la realidad. De vez en cuando el león sacudía su

poblada melena y mostraba su garra, y los espectadores sentían un estremecimiento que les comunicaba el odio ó la pasión, la vergüenza ó la generosidad, la calma ó la iracundia. Un murmullo de entusiasmo circulaba por todos los asientos y palpitaba en todos los pechos. Después, el actor volvía á su desmayo, á su pasividad, á su monotonía cadenciosa, en tanto que buscaba en el espacio como un punto invisible y rememoraba una nostalgia de algo grande y lejano que no encontraba allí.

Mas llegaba el momento de la muerte. Sus ojos fulguraban; sus mejillas, encendidas primero, se tornaban pálidas; sus dedos se crispaban; de su pecho parecía salir la voz como un tierno quejido ó un sonido ronco. Corría por su frente el sudor, y la agonía aparecía en su hermoso semblante. Los espectadores, sobrecogidos, mudos de horror, abandonaban sus asientos ó permanecían clavados allí sin aliento y sin fuerzas. Entonces el gran actor sonreía, sonreía á la muerte, á su bien amada. Y ella unía en su rostro la belleza marmórea con el lívido horror socrático. Era un desposorio que no se podía presenciar sin angustia. No, no era aquello el arte; era la realidad. Y ante aquel embelesamiento del no ser, aquel enamoramiento trágico de la nada,

acababa por huir aterrada la muerte misma.

No podía cumplirse el voto. Aquel hombre era demasiado grande y hermoso. Demasiado feliz. La parca se ausentaba, murmurando con sus labios sin rosas: «Todavía es temprano. ¡Vive, mi bien amado, vive!»

Después la juventud pasó para transformarse en perspectiva amarga, la gloria fué apagando su antorcha, la fortuna derrumbóse en el polvo. Frío, desengañado, sin fuerzas, inútil para el arte, imposible para la dicha, el actor emprendió su doloroso éxodo. Recogió decepciones, amarguras, y lejos de su patria sintió agostarse sobre su sien el amaranto de sus guirnaldas. Entonces, á la luz del relámpago, al rumor del potente oleaje, en el fondo del barco fantasma, la muerte vino ceñida de azahares á recoger la constante promesa. Y allí debió encontrar á su prometido, amante, como siempre, en su éxtasis glorioso, con su sonrisa plácida, en su inefable embelesamiento. Y así debió morir Antonio Vico, sintiendo realizarse un deseo, cumplirse un voto, disiparse una nebulosa nostalgia, convirtiéndose en perdurable dicha ese breve tránsito que separa á los hombres de las impurezas de la vida terrestre, para abrirles las puertas maravillosas de ébano de los alcázares de la eternidad.

EL ESPÍRITU DEL CARNAVAL

Desamparado de las musas, mal acorrido de las gracias, pobremente hallado de ingenio, y de numen y elocución exhausto, á la hora en que los vates hueros y los enamorados felinos conciertan sus endechas, registraba yo las encrucijadas de los aposentos de mi magín en busca de conceptos, imágenes, lugares y tropos con que una discreta y nunca bien ponderada crónica hilvanar pudiera. Ya volvía los ojos en blanco demandando á los cielos favor y acogimiento; ya tornaba á posarles en los immaculados folios que, según en mi locura imaginaba, había de llenar de gentiles donosuras; ya, soltando la péñola rebelde, desatábame en improperios y votos contra quien, como yo, pudo caer en la más insensata manía que soñar fuera dado á ensartador alguno de disparates, proveedor de ratones y gloria de especieros, como es la de escribir una crónica de Carnaval digna de llegar á ser

puesta en parangón con las lucubraciones de los más altos y nunca bien ponderados ingenios.

Ya comenzaba á darme á editores, que es un punto más que darse á los diablos, recordando una vieja sentencia, según la cual, las tres cosas más difíciles son: tomar la embocadura á una flauta, divertirse cuando lo manda el médico y comenzar un capítulo, cuando quedé sobrecogido y lleno de pasmo al ver sentada sobre mi tintero de loza de Talavera una figurilla ridícula, de alta como de seis gemes, que me miraba con aire chocarrero y burlón. Su carita varonil, sus mal rapadas barbas y sus ojos negros y hundidos, contrastaban, ¡así Dios me salve!, con sus largas guedejas y su mujeriego atavío, bien así como aquel con que visiten los buhoneros tiroleses á sus figurillas de pasta para solaz de las mozuelas. Un ceñidor ancho de brocado sujetaba las sayas de vellorí, que no colgaban más bajo de las choquezuelas, sobre unos calzones adornados de randas y unas calcetas de finísima seda. De la una mano colgábale una á modo de bolsa, en cuyo seno bien pudiera haber holgadamente obra de doscientos florines, y en la diestra esgrimía una caña cubierta en un extremo de tiras de papel, cuyo admiculo causóme pavor, representando á

mi memoria las torturas de los disciplinantes.

Sobrecógime y permanecí suspenso espacio no liviano, al cabo del cual me alcé resuelto á correr una buena pieza, como escribano que lleva el diablo.—Detente, gritó la figurilla; nada temas, zurcidor pusilánime de crónicas ramplonas.—¿Quién eres?, le increpé un tanto más sosegado.—Soy Samael, el espíritu del Carnaval, que vengo á ayudarte en tu descomunal empresa.—¿Tú, el espíritu del Carnaval?, le dije. Para mi santiguada si no te tomé por trasgo de usurero ó duende atormentador de agiotista. ¿Tú, Samael? ¿Tú, el diablo bullicioso y versátil, regocijo de dueñas trasnochadas, contento de doncellas chirles, júbilo de galanes, alboroto de pajes y de corchetes y de alcaldes pesadilla?—Sí soy, repuso el tal, y no hay sino olerme para percibir el incienso del altar de Pharimo.—¡Medrados estamos!, díjeme. ¿Y cómo es que contemplo tan ruin á vuesa merced?—Sabe, contestó el diminuto personaje, que disminuyo ó medro según es menor ó mayor el esplendor de mis fiestas.—Según eso, le dije, así alcancé yo gloria y maravédises como las de hogarón serán deslucidas y miserables.—Juzga tú mismo, contestó; y, agitando su bolsa, comenzaron á llover sobre mí papelillos.—

¿Qué es eso? ¡Pesíamí!, exclamé sorprendido.—Es la lluvia de mil colores, encanto de las nuevas Danaes; mas apacigua el ánimo, que aquí llevo con que te libre de tamaña incomodidad; y, esto dicho, dióse á golpear-me con los zorrillos de papel en las orejas, con lo cual, aturdido, en poco estuvo si no dí con mi cuerpo en la madre tierra.

—Cesa en las burlas, por vida del diantre, chillé atolondrado. Más valiérate, si es que á eso y no á otra cosa viniste, prestarme ayuda para ensartar la consabida crónica.—¿Tienes, preguntó Samael, sino tomar cuatro alegorías de aquí y de allá, emprestarle su lenguaje al truhán y mezclarle con unas cuantas frases de esas que vosotros llamáis modernistas, y á fe que yo mismo por anticuadas no las entendiera, aderezar el compuesto con dos adarmes de erudición, y salpimentarle con un escrúpulo de desenfado?—Eso no, ¡pese á tall!, interrumpí, que yo sé que mi público no es de los que confunden berzas con capachos, ni soy yo de esa condición.—Entonces no hay sino renunciar á la Empresa.—No haré, dije al instante, aunque no sea más que por la alta honra que con ello se me dispensa, y más quisiera salir desairado por buenas artes que censurado por incuria. Si eres Samael, obedece y contesta.

—Pregunta cuanto te viniere en ganas, replicó el duendecillo. Ante todo, dime qué significa ese disfraz ridículo, pues tal es, que entiendo que, si con él á la calle salieres, no quedara niño que tras tí no fuese dándote vaya y requiriendo tronchos.—Este femenino atavío, contestóme, es el de los más primorosos barbilindos en las fiestas de Carnestolendas, y con él alcanzan los más preciados lauros que supo discernir Cupido.— ¡Cuerpo de tal!, díjele, ¿y es posible que cuadre semejante aderezo y tocado á semblante y corpachón hombruno? ¿No fuéran mejor la ropilla, el jubón y el ferreruero, las calzas atacadas, el chambergo y la blanca de gavilanes?—No todos van sin blanca, sino bien provista la bolsa, y tales hay entre esas figurillas, que si denostarles osaras te hallases sin pensarlo con sendas puñadas, cuando no te topases con un lindo jabeque cachicuerno de Albacete ó Marchena. Iba yo á desatarme en lamentaciones y psalmos, pero atajóme la curiosidad y así pregunté á Samael si habría muchas máscaras en el Prado de San Hierónimo.—No habrá sino contadas, repuso, incluyendo en la suma las que no lo serán de su grado.— ¡Cómol, le interrumpí. ¿Y es posible que haya quien se disfrace contra su vocación y albedrío?—¿No sabes, replicó, que hay tres

clases de máscaras: las de *vamos viviendo*, las de *muy bien está*, y las de *no me tornaré á suceder?*—Tente, le dije á Samael, y explícame eso más al por menor.

Las de *vamos viviendo*, siguió el diablejo, son aquellas que sólo se disfrazan por interés ú oficio, y destas son las más. ¿Puedes ser mentecato hasta suponer que se disfraza por otro móvil que el de la soldada el músico ambulante, el cochero de la engalanada carroza y el que lleva el cartel de los mercaderes, y aquel que pordiosea, vende, sirve ó acrecenta el placer ajeno? ¿Pues qué diré de los comparsas y danzantes alquileres, y de la turba multa de cortesanas, recreo de los ojos y tormento de faltriqueras? ¿Qué de sus pregoneras y acompañantes, con el forzado séquito de ayudantes, barateros y pícaros? No salen, no, sino á hacer ostensible su mercancía, y así son faranduleros de vengas y daga y máscaras del *vamos viviendo*.

Detrás destas verás á muchas otras que se disfrazan por ajeno mandato, las más veces sin gusto y complacencia, y no pocas como si hubiera de vestirlas de plumas el verdugo. Tales son los rapaces que pasean debajo de sus galas el sueño, el cansancio, la enfermedad y el aburrimiento, todo porque lo mandaron sus padres y ellos dijeron

muy bien está. Destos tales van no pocos á la gloria antes y con antes, con notorio menoscabo y perjuicio del infierno, por no darles sus padres tiempo de pecar. Asimismo cuéntanse entre estas máscaras las que lo son por complacer á sus cortejos, amigos y deudos, y destos hacemos singular aprecio, que más se condenan por el ajeno gusto que por el propio.

Todas las demás son máscaras del *no tornar á suceder*, pues creyendo topar el deleite vienen á dar, sin amparo y de brucés, en el hastío, y así votan no hacerlo de nuevo, por ser la burla que padecieron harto pesada.

—¿Y no habrá en el Prado sino esas máscaras?, pregunté.—Sí habrá, siguió el diablillo. Quedan, aunque sin formar clase, el mascarón aloque, que sale ahito de mosto y galardonado de andrajos á ser solaz y mofa de rufianes y pícaros, soldados y golillas, estantes y virotes; el marido celoso, que porque olió la cabeza á peine, procura, convertido en figurón espía, vigilar lo que no se ha de hacer en plena luz, sino á obscuras y sin que el escribano dé fé y rubrique. Por último, quedan como hasta tres docenas de mozas de servicio y tozudos gañanes que, henchidos de alborozo, van chillando, sin saber por dónde, por qué ni para qué.

Estos son los que nadie quiere, ni mira, ni entre los peatones, ni en los estribos de las carrozas, y así van con su prendido de tra-pería y su hedor de figón de un lado para el otro, como el alma de Garibay.

—Pues yo bien he sentido decir—insistí no sin cierto enojo,—que habrá de ser el presente Carnaval de perlas y el más ponderado que otras generaciones vieron. Y aunque habrá muy vistosos concursos y que más de cuatro gremios y cofradías han ido llenando guantes, y no de reales segovianos, sino de ducados del rey, para el mayor esplendor y lucimiento de la fiesta.—¡Ta, ta, ta! ¿Esas tenemos? Sobradamente sé que bailarán los nobles; pero no será el pueblo quien cante. Pues ¡qué!, ¿no sabes que entre las guerras y las pestes han salido para nuestros dominios de Plutón cuarenta mil madrileños en los últimos años? ¿Ignoras que están los hospitales, órdenes y refugios plagados de dolientes, descaescidos, hambrientos y sopistas? ¿Crees que olvidóse la gente de alcabalas y rentas, quintas, impuestos y socaliñas? ¿Cesó, por ventura, el papel sellado, el diezmo, el portazgo, el chapín de la reina y la moneda forera? Habrá iluminaciones famosas, soberanos tablados y peregrinas máquinas y artificios. No faltará regocijo y contento; pero sí para

el vulgo, que harto hará con maldecir de administradores y favoritos, mirar cómo ha de haberse para matar el hambre y sacudir la sarna, con perdón. Si en esa maravillosa fiesta del Retiro saliera algún plebeyo con disfraz alusivo á los negocios públicos, riera yo su ingenio y llorara sus nalgas, como diera en poder de corchetes.

Una idea asaltóme de súbito.—¿Qué Carnaval es el que me describes?, pregunté á Samael.—¿Cuál ha de ser sino el mismo en que estamos, el de mil y seiscientos y treinta y siete, décimosexto del reinado de nuestro amado señor don Felipe IV y noveno de la privanza del Conde Duque? Y adiós, que ya en otro lugar con diligencia me llaman y detenerme no está en mi mano.

—¡Espera, duende embaucador!—grité á Samael. Pero fué en vano, porque el diablillo desapareció como por ensalmo y yo quedéme cabizbajo y mohino, sin saber cómo diantres sería el Carnaval en el año de gracia de mil novecientos y dos.

TERRA-COTTA

Son dos figuras toscas, morenas, formadas de ese amasijo que los italianos llaman *terra-cotta*. Ambas decoran un mueble antiguo, pero no han salido de manos del mismo artífice. Y allí están, por determinación de la suerte é imperativo del azar, entre baratijas y caprichos de buhonero, frente á frente, conservando un equilibrio inestable que el menor estremecimiento puede destruir.

Representa una de ellas un esclavo romano. Su sola indumentaria es un sucio y andrajoso túnico, sujeto á la cintura por una correa. Sus brazos y piernas aparecen desnudos, y en su cuello, un collar soldado de hierro, muestra estas palabras: *Servus sun Rustici*.

Figura el otro un trabajador de las minas. Lleva un pantalón agujereado y una blusa flotante. El resto de su cuerpo carece de abrigo. En la siniestra mano muestra

una linterna y en la otra un pico de horadar. Su ceño aparece no menos fruncido que el de su vecino miserable.

Y han hablado. Su lenguaje ha sido conciso y amargo.

—Me he apelado Vindex, y soy galo. Prisionero de César, he cuidado primero de los perros de Cayo Pretena, bajo el látigo del centurión, y después he llenado las ánforas de Rústico cabe el triclinio; he limpiado su toga pretexta y, por fin, he sido arrojado á las fieras por confesar al Cristo y asistir á las reuniones secretas de los *hijos del muérdago*. Un león núpida me mató.

—Yo me llamo Juan y soy vascongado. He nacido obrero y el hambre me ha arrojado á la mina. Allí, sin luz, sin aire, sin alimento, he trabajado doce horas, reventado bajo el peso del mineral. Por fin, asociado á otros compañeros, perecí en un tumulto. Fui más desgraciado que tú: me mató un hombre.

—Entre tu miseria y la mía median veinte siglos—ha dicho Vindex.—Tú no has conocido la ergástula ni la gemonia. No has visto en el velario á los patricios riendo tus torturas. Has sido libre.

—¡Libre!—ha clamado Juan.—¿Qué fué de tu mujer y tus hijos?

—Mi compañera murió en casa de Flavia

recamando sus túnicas. Un hijo mío ciñó por fin el gorro de liberto. Otro murió esclavo de Trimalción.

—Mi mujer ha sido prostituída y abandonada luego; mis hijos han muerto de hambre y debilidad.

—¡Hambre! Jamás la conocí. Hubiera desmerecido en el mercado. Pero tú, ¿no percibirías estipendio?

—Era insuficiente... Mi muerte no era para el patrón pérdida como lo hubiera sido la tuya.

—Yo sufrí el espectáculo de la opulencia ajena como contraste á nuestra miseria. Séneca y Herodes Atico poseían millones de sextercios.

—¡La opulencia ajena! Nunca como hoy mostróse desenfadada y terrible. Tú no sentías hambre, frío ni sed. Tú no has visto á tu alcance los manjares más suculentos sin poderlos tocar, los refinamientos más sorprendentes sin gozarlos nunca, los espectáculos más hermosos sin tener á ellos acceso. Tú no has sido llamado libre ciudadano por mofa, ni has entrevisto una cultura que se me niega, ni has visto corromperse á los tuyos por la vileza ajena y la miseria propia. ¡Has sido más dichoso que yo!

—Tu expresión me sobrecoge; tu actitud

me asusta. Bajo tu vestidura adivino un objeto oculto. ¿Es un arma?

—No. Es un libro.

—¡Un libro y te llamas esclavo! ¡Sabes descifrar esos caracteres, verdaderos enigmas del porvenir, geroglíficos de la dicha y te juzgas siervo y te inclinas á pedir á la fuerza lo que la racionalidad puede dartel ¡Puedes evocar el pasado, conocer el presente, presentir el futuro, subir hasta las constelaciones y bajar á los senos de la tierra madre, albergar en tu frente la idea que ha de romper tus grillos y sentir en tu corazón el latido que ha de repercutir á través del espacio y de las centurias, y te llamas pária! Levántate, eres hombre.

Un estremecimiento se ha dejado sentir, y las figurillas han perdido su equilibrio inestable. Los dos siervos han caído con estrépito y se han hecho polvo.

Pero no es imposible que de ese polvo surja algún día una escultura nueva: la del ciudadano redento, la del obrero del porvenir.

INDULTO

Hemos convenido en que es una bella y gallarda cosa la gracia de indulto. El criminal ha realizado un hecho abominable, y la sociedad se defiende al par que procura corregirle y restablecer el orden jurídico perturbado. Los magistrados, los acusadores, las defensas estudian el hecho en relación al precepto legal, examinan pruebas, compulsan datos, analizan motivos y desentrañan exculpaciones. Después, el tribunal dicta su fallo. Aquel delincuente necesita diez, doce, veinte años para ser corregido. La sociedad no puede hallarse segura de su derecho en menos tiempo. Todo esto en teoría, claro es. En la práctica cabe el error. Bien á las claras lo demuestran el *Fornarino* en Venecia, Lesurques en Francia y en España los hermanos Marina. Pero lo general es que la justicia del fallo sea notoria y que la pena sea una consecuencia lógica de los dictados de la razón y de los preceptos sagrados de la ley.

Mas he aquí que sobreviene un acontecimiento fausto. El soberano extiende su diestra y el perdón se otorga. La sociedad se ha dado por satisfecha, el criminal queda regenerado, el orden se restablece por sí solo, y todo vuelve al ser y estado en que se hallaba antes de la comisión del delito como por arte de encantamiento.

Repito que es una bella prerrogativa. ¡Libreme Dios de discutir un derecho que, á más de estar consignado en la Constitución del Estado, ha sido defendido por hombres como Guizot y D. Ramón María Narváez! La monarquía ha sido considerada como de derecho divino. Quien ha podido delegar su soberanía en los reyes, no había de escatimarles el derecho más humano: el de perdonar. Además, todo régimen personal, por serlo, lleva aparejado el error. En ese error posible se funda acaso la gracia de indulto. En todo caso, es hermoso ver doblarse la vara de la justicia cuando se dobla al peso de la misericordia.

Lo que sí me parece, y he de confesarlo noble y lealmente, es que, decididos á solemnizar sucesos faustos mediante la clemencia, ésta no debiera recaer solamente sobre los condenados á penas afflictivas y correccionales. Si el delincuente es digno de conmiseración, no lo es menos el ciuda-

dano virtuoso. Los labradores, por ejemplo, son mucho más merecedores de clemencia que el estafador, el asesino ó el parricida. Cientos de miles de fincas les han sido embargadas por falta de pago del impuesto. Es una pena la que sufren como otra cualquiera. ¿Por qué no perdonarles también, devolviéndoles el pleno dominio de sus terrenos? Han delinquido, es cierto. No pagar el tributo es quizá una de las mayores perturbaciones que puede sufrir el orden jurídico. ¿Pero no ha delinquido más gravemente el ladrón, el violador ó el infanticida? El perdón se hace necesario, la magnanimidad se impone.

Puestos á perdonar, tampoco se alcanza por qué ley de excepción no ha de extenderse la clemencia á todos los quintos del actual reemplazo. Ellos no han agredido á sus semejantes ni se han apoderado de bien alguno con fuerza en las cosas ó violencia en las personas. Sin embargo, vienen condenados á reclusión y trabajo gratuito. Perdonarles sería lógica consecuencia de los principios antes admitidos. De ninguna manera podría solemnizarse un suceso fausto que fuera tan grato á las madres y al sentimiento noble de la paz.

Y ya en este camino, no sería ocioso eximir, siquier fuese temporalmente, á los

pueblos del oneroso impuesto de consumos; alzar la mala nota á los estudiantes suspensos; reponer á todos los empleados declarados cesantes por faltas cometidas en el servicio; archivar los expedientes de defraudación; dispensar del pago de aranceles y aun condonar toda clase de multas, porque ó somos elementos ó no lo somos; ó cabe ó no cabe error en los fallos; ó la misericordia es virtud sublime ó no cabe invocarla cuando se trata de cumplir la ley.

Yo bien sé que mis teorías han de parecer algo extrañas á quienes en todo se atienen al imperativo de la costumbre. Pero aquí no caben disyuntivas. Todos los hombres vienen obligados á cumplir el derecho; á todos debe alcanzar el perdón cuando le conculcan, ó no hay justicia en el pícaro mundo. Bien parece tirar de la cuerda del sentimiento para los criminales empedernidos. Mas, ¡por Dios y por todos las sucesos faustos!, que se tire de una vez para todos ó para ninguno.

BURGHERS EN LA LUNA

Yo vivo en la luna. Me lo dicen cuantos me tratan: «Estás siempre fuera de la realidad. No conoces el mundo.» Y yo contesto para mis adentros: «¡Ni falta que me hace!»

Vivo pues, en la luna. Pero no en el astro muerto, desprovisto de agua y ambiente, erizado de pálidas cimas, sembrado de anfiteatros volcánicos, en el mudo y frío satélite que rueda por los espacios infinitos, como un sepulcro que nunca ha de animarse. Sino en la luna de mi niñez, en la de los poetas que fueron, en aquella que alumbra en las baladas las selvas y en los idilios las hileras de chopos; en la que contemplan melancólicamente los viejos y señalan con su dedo rosado los niños.

Allí estoy á mis anchas, y en fuerza de moverme en sus rayos tenues y de bañarme en sus incomparables reflejos, me he creado allí un mundo, tal vez sin paraíso,

mas de seguro sin caída. En mi mundo no cabe la negación ni el mal. La tierra, al reflejarse en el astro nocturno, ha perdido sus sombras y lobregueces. Así todo lo juzgo bueno, candoroso, sublime.—¡Inocente, me dicen, desconoces lo que te rodea! ¡vives en la luna!» Y yo sonrío satisfecho. Qué placer! ¡Vivir en la luna y vivir solo!

Es decir, solo no. Los míos, los que comulgan conmigo en principios y en vida, viven en la luna también. Y así tengo un hogar alegre en que hay pasiones inextinguibles y risas perdurables y deliciosos charloteos. Y así tengo un círculo de afectos pequeño, muy pequeño, pero que á la evocación de nuestro idealismo atrasado, pero inocente, se dilata, se ensancha hasta abarcar el mundo, hasta circundar á la humanidad, hasta besar las plantas de Dios.

Y allí nadie demanda aforismos, ni sentencias, ni análisis; allí todos me piden baladas. Y al llegar esas horas serenas en que los astros fulgen y nuestro ignorado satélite rueda por el espacio y las hojas se agitan y á lo lejos canta el ave nocturna, los niños me rodean con sus ojos abiertos, y entono mi balada romántica, cada día distinta, cada vez diferente, pero siempre inspirada en los rayos azules que platean la flor del almendro y abrillantan las aguas

del lago y hacen estremecerse al insecto en su cáliz.

Corro, pues, y atención.

«Allí están, en torno de la hoguera, alumbrados por la luna creciente, con la pipa en los labios y el fusil apoyado en el seno. Allí están, ocultando prematuras arrugas con el ala gallarda de su sombrero de cazador.

Son los héroes de Orange, de Klepsdorp y de Maristburgo; son los nietos del gran Pretorius, los que huellan las cimas heladas del Niew-Veld-Bergen, los que apacientan los nutridos rebaños, los que arrancan el oro á la mina y al águila sajona su corva garra de raíz.

¿Dónde están sus guaridas? La de aquel encorvado caudillo disipóse en el seno de la nube, concentrada en el humo del incendio; la del joven que agita con dedos nerviosos la sonante cartuchería, hundióse en el torrente al fuego enemigo. La de todos aquellos guerreros de barbas circularés y espesas, son ya ruinas informes que destruyó el saqueo ó el huracán.

¿Dónde están sus familias? Preguntad á las hondas zanjas que guardan sus cuerpos; interrogad á las negras corrientes del Bree-de River; buscad en los calabozos de Pretoria, en las selvas oscuras de Natal y de

Orange, en las bravías y abruptas soledades de Santa Helena.

El hogar ya no alza sus muros, la riqueza se ha disipado, la raza misma amenaza extinguirse; pero mientras el sol alumbra en Bokkevel y el mar azote el Cabo de las Tormentas, mientras haya un solo boer con vida, Albión no afirmará su triunfo, ni dejará de luchar y combatir la raza holandesa por la independencia de la patria.

Un burgher se levanta, y con acento pausado refiere detalles de la última victoria. El caudillo temido está en nuestro poder. Los nuestros han sido asesinados, dice. ¿Qué hemós de hacer con el prisionero? Pensemos en la patria, pero recordemos que somos hombres. Y alzando la mano á do Géminis centellea, prosigue:

«Hay un Dios que nos contempla más allá de la luna.

»Y ese Dios nos ha dicho: *¿Quién puede enseñar sabiduría juzgando á los que están elevados? Ese morirá en amargura de ánimo, sin comer jamás con deleite. Su sangre ha de medirse como leche en colodras.*

»No. Nosotros no luchamos por la riqueza, sino por la justicia; ni invocamos la fuerza, sino la ley; no queremos la crueldad, sino la infinita clemencia. El mundo nos mira: Perdonemos.»

Un *jhurrahl* entusiasta interrumpe al caudillo. Desde aquel momento Methuen es libre. Y Europa, una vez más, admirará á la raza boer, temible en el combate, piadosa en el triunfo; á esos nobles paisanos cuyo clarín es la caracola campestre, y cuyo campanileo de triunfo es la esquila del rumiante pacífico en el redil. Agitando la bandolera, llena de resonante cartuchería, todo el mundo se acerca á la hoguera, sonriendo bajo el ala gallarda de su sombrero de cazador.»

La balada termina; los niños aplauden. ¡Vaya usted á decirles que, acaso, la realidad es más prosaica; que ese pueblo puede ser inculto y cruel; que es el odio al poderoso y fuerte lo que conmueve á Europa!

No sé si son así los africaners, ni me importa. En mi mundo lo son, y si no lo son, deben serlo. Antes que ver bandidos en la tierra, prefiero contemplar burghers en la luna.

RESURRECCIÓN

Pasados los días de oración y recogimiento, el sacerdote ha elevado sobre su cabeza el glorioso símbolo, las campanas han soltado sus lenguas, el órgano ha prorrumpido en acordes, el aire se ha estremecido al eco de cien detonaciones, y un rayo de sol ardiente, confortador, vivificante, ha rasgado las nubes para bañar con sus haces de fuego la riente y esplendorosa campiña. Dios ha resucitado. Pero no sólo ha revivido en el ara, sino que la savia que trepa por las ramas, el aroma de tierra mojada que impregna el ambiente, la sangre que comienza á encenderse en las venas, el creciente rumor que se escucha en los árboles, en los surcos, en las lagunas y en la cima de las altas montañas, anuncian que lo eterno ha resucitado en la Naturaleza también.

Inútil sería querer perpetuar iguales creencias, idénticos símbolos, invariables y exactas parábolas. La concreción de la idea

pasa. Pero ella misma queda. Queda la idea de la ley universal del amor, redimiendo á los hombres, fertilizando con su invisible polen el universo todo, renovando la vida universal. He aquí lo que hay al llegar esta explosión primaveral en todas las religiones y en todos los cultos, Mithra, Osiris, Baco, Adonis, Atis, simbolizan el sol, y así tienen los mismos dogmas, las mismas prácticas, los mismos misterios. La religión mithriaca tenía ya sus sacramentos, su bautismo, su penitencia, su eucaristía y su consagración con palabras místicas. Pero, diferentes ó no, todas las religiones convienen en celebrar la resurrección de la Naturaleza en su propio seno, de lo eterno en la ley perdurable del amor y la fecundidad.

Dupuis recuerda que Procopio y San Cirilo hablan también de fiestas lúgubres celebradas en honor de la muerte de Adonis y de las explosiones de alegría que segufan á su resurrección. Se lloraba al amante de Venus, se mostraba la ancha herida recibida por él, y bajo esta ficción personificada, se disfrazaba el culto á la vuelta del astro rey. Veneradas han sido sus tumbas como la de Hércules en Cádiz, de Júpiter, en Grecia; de Osiris, en Egipto; de Apolo, en Delfos; sobre la cual lloraron tres mujeres. Tumbas siempre vacías al llegar las

fiestas hiperbóreas, porque el sol siempre resucita, como resucita invariablemente el *cordero*, al pasar la constelación que lleva este nombre por la invisible línea equinoccial.

¿Es que hemos de negar la originalidad del dogma cristiano ni desentrañar sus misterios? Nada hay más lejos de nuestro ánimo. Quédese tal indagación para filósofos, arqueólogos é historiadores. Pero lo que sí hay que reconocer es que á la festividad de la Pascua de Resurrección del Cristo, se une en el mundo toda otra fiesta sublime: la de la resurrección de la Naturaleza, adormecida durante la estación invernal, al sentir el contacto de los rayos ardientes que la impregnan de calor y de luz.

Parecíamos adormecidos y melancólicos. Donde quiera fijábamos la vista sólo sabíamos contemplar la infinita tristeza de las cosas. El pesimismo invadía nuestro ánimo de tonalidad gris, como el cielo que vierte sobre el campo la lluvia menuda y á medias congelada. Pero el sol ha vuelto á brillar; sentimos el ardor juvenil correr por las arterias y todo nos parece más grato, riente y luminoso. Y esa sensación que experimentamos, la reflejan las plantas cuyas ramas estallan en brotes, y las aves que gozosas prorrumpen en gorjeos y los ocultos

gérmenes que abriéndose por fin y dilatándose en verdes tallos, alfombran llanuras y laderas como tapiz de terciopelo oriental.

Y en esta sinfonía de luz y de color, de armonías y de perfumes, es siempre la mujer la más tierna y delicada nota. Ha dejado sus negros atavíos y se muestra en la primavera con sus galas policromas, en que dominan los tonos albos, rosáceos y azules. Después de su forzada reclusión, parece más gallarda, más esbelta, más gentil y atractiva; su lenguaje aseméjase más á una cascada de oro; como es más delicado el trino del pájaro, después de una etapa forzosa de alejamiento ó reclusión. A nuestros ojos aparece como la sacerdotisa de ése templo, cuyos capiteles son las montañas, cuyas cúpulas son las nubes, cuyas lámparas son los astros y cuyos sacrificios se realizan al rumor solemne, al perdurable cántico de todo lo que vive y se reproduce. Nunca como ahora la contemplamos, digna, serena, hermosa, circundada de nimbos que crea la admiración y aureolas que finge el deseo. Es ella. Y al acercarse á nosotros con sus ojos brillantes, húmedos por la dicha, con sus labios entreabiertos como flor del granado, con sus mejillas tersas impregnadas de esencia de almendro ó myosotis, exclamamos: «¡Salve, sacerdotisa del amor!

Tú eres la dicha, la renovación y la vida!»

Ella es la vida. Sí. Ella lo es en esta explosión de todos los gérmenes, en esta floriscencia de todos los sentimientos sublimes. ¡Mujer, tú eres la primavera!—parecen decir nuestros labios.—E instintivamente, niños, corremos al regazo de nuestra madre: hermosa, porque es siempre bello el amor; pura, porque la maternidad es siempre casta. Jóvenes, corremos afanosos al encuentro de la elegida de nuestro corazón: mujer de formas esculturales, de andar voluptuoso, de mirada profunda; bella siempre, porque bastaría á embellecerla nuestro entusiasmo; luminosa, por la llama que en ella enciende nuestro deseo. Y ancianos, cuando ya nuestra planta vacila y nuestra mirada se nubla y nuestro corazón se paraliza, sentimos que, al soplo de la vida que vuelve, nos hallamos más vigorosos, y mirando á la viejecita, apoyada en nuestro hombro, adivinamos en su rostro, pálido, y marchito, huellas, reminiscencias, dejos adorables de gracias que pasaron y bellezas que fueron.

¡Oh primavera, eres el amor! Descubramonos con respeto ante esos campanarios en cuyos ventanales voltean los címbanos anunciando la solemnidad religiosa. Doblemos la rodilla ante la creencia que ennoble-

ció la historia y santificaron los siglos. Pero elevemos también nuestra frente al sol que nos alumbra, saludemos á la primavera que vuelve, á la Naturaleza gloriosa que resucita. Y en cada mujer reverencemos al sacerdote de un culto que nunca se pierde, de una religión que jamás se agota, á un maravilloso oficiante que nos ofrece el pan eucarístico del amor y el cáliz de hidromiel, en cuyo fondo luce su oriente la perla imponderable de la felicidad.

EL POR QUÉ DE LOS SOLTEROS

Gabinete de casa modesta.—Doña Clara, Pepita.

Doña Clara.—Te digo que no; que no quiero que se me presente.

Pepita.—¡Pero mamá!...

Doña Clara.—No busco para tí un millonario; pero sí un hombre que te sostenga con decoro.

Pepita.—Es que Luisito tiene seis mil reales de sueldo.

Doña Clara.—¡Seis mil reales! ¿Y qué son seis mil reales en Madrid?

Pepita.—Son... vivir; es decir, amarse; olvidarlo todo, dejarlo todo y estarse mirando siempre uno á otro, á la frente, á la cara, á los labios...

Doña Clara.—¡Niña, niña!

Pepita.—¡Al fondo mismo de las pupilas para disipar en ellas la menor sombra de tristeza, como á la luz del alba se disipan esas nubecillas blancas y tenues, y van esfumándose y deshaciéndose, lejos, muy lejos...!

El por qué de los solteros. 75

Doña Clara.—Bien; es que con seis mil reales no hay medio de disipar esas nubes ni se puede vivir de ninguna manera.

Pepita.—¿Qué no?

Doña Clara.—Que no. Vamos á hacer un sencillo cálculo. No hay pareja sin nido. ¿Cuánto piensas pagar de cuarto?

Pepita.—Tres duros.

Doña Clara.—¡Barato alquilas! Por tres duros ya puedes tener una buhardilla regular como aquella de *La Bohemia*. Serás una Mimí en justas nupcias, una Ofelia de tejas arriba. Por la mañana, después de miraros mucho, os desayunaréis. He aquí por lo menos treinta céntimos. ¿Al medio día no beberéis néctar?

Pepita.—Comeremos cocido. ¡Un cocido como ese de los albañiles, amarillito, tierno, caliente, sazonado por el cariño y por la abnegación.

Doña Clara.—¡Muy bien! Garbanzos, veinticinco, de los baratos; tocino, diez; carne del casquero, no comestible, veinticinco; azafrán, cinco; no hay patatas, embutido ni verdura.

Pepita.—¿Qué falta nos hace?

Doña Clara.—Ninguna; pero es que habéis gastado ya una peseta cuarenta y cinco céntimos.

Pepita.—Hasta cuatro...

Doña Clara.—Veo que también echas cuentas. Eres una Loreley matemática. ¿Qué quieres gastar en cenar?

Pepita.—Me parece que con tres reales...

Doña Clara.—¿Para los dos?

Pepita.—Para los dos. ¡Si vieras que poco apetito tengo...!

Doña Clara.—Eso es el amor... y la anemia. Tres reales. Podéis comer un plato de lentejas como Esaú, de habas como Epicte-to ó de callos como Thiers.

Pepita.—¡Uff, callos!

Doña Clara.—No; no les hagascos. También pueden ser patatas, ó migas, alimento sano de que gustaban madame Stäel, y D. Trinitario Ruiz Capdepón. Carne, pescado, huevos, nunca. Pan, sesenta céntimos.

Pepita.—Mucho pan me parece.

Doña Clara.—Ya lo sabes: *contigo pan...* No vayas á querer vivir también sin él. Quien no come sinó lentejas y migas, necesita bastante pan. Hay que añadir dos reales de luz, lumbre y especias; y veinte céntimos de aceite. ¿Qué menos?

Pepita.—Con eso nos basta. No es en la vida todo comer. No se tasa el aire embalsamado de perfumes, ni el encanto de un bello paisaje bañado en melodías, ni la frase amorosa y dulcísima que rueda en los

oídos acariciándolos, ni la contemplación del astro que refulge en el seno de lo infinito, ni el rayo de luna...

Doña Clara.—Tres pesetas con treinta céntimos. Dime, ¿pensáis lavaros?

Pepita.—¡Qué cosas tienes!

Doña Clara.—Para ropa, vajilla y aseo, quince céntimos de jabón. Diez céntimos para Sociedad benéfica que os procure médico, botica y entierro, por si os morís de empacho.

Pepita.—¡Por Dios!

Doña Clara.—O de pasión. ¿Quién sabe lo que hubiera encontrado Federico Rubio en el estómago de Julieta? Quedan veinte céntimos para reponer el menaje de casa, y treinta para vestir.

Pepita.—Esa partida sí que me parece muy alta.

Doña Clara.—Son once duros al año para cada uno, y en ella entran botas, sombreros, ropa blanca, mantelería, equipo de cama, corbatas, medias, mercería, quincallería, y diablos coronados. ¡Ea! Ya tenemos gastado el sueldo.

Pepita.—¿Ves como podemos vivir con él?

Doña Clara.—Espera. ¿Y el descuento del sueldo?

Pepita.—Si lo cuentas todo...

Doña Clara.—No soy yo, es el ministro.

Bueno, dejemos el descuento. Tu marido no fuma ni bebe?

Pepita.—Se acostumbrará. ¡Pobrecito!

Doña Clara.—Y se acostumbrará también á no ir nunca al café, ni al círculo, ni á entierros, ni bodas; á no leer libros ni periódicos, á no subir al tranvía, á no gratificar al sereno, ni adquirir cédula de vecindad, ni á incurrir en multa, ni á tomar una taza de tila cuando tú lo pongas nervioso.

Pepita.—¡Como no me ponga él á mí!

Doña Clara.—Por tu parte, te acostumbrarás á no tener criada, ni planchadora, ni peinadora, ni costurera; á fregar los suelos, á ir á por agua...

Pepita.—¡Mamá!

Doña Clara.—A bajar al río con la ropa para la colada. ¡Ya verás, ya verás qué escenas! ¡Ni las de *L' Assommoir*!

Pepita.—Mira, jeso es lo que siento!

Doña Clara.—A no ir al teatro, ni tener caprichos, ni dar limosna, ni salir de Madrid, ni comer postre, ni comprar cerillas, ni alfileres, ni agujas, ni cintas, ni arsénico para envenenar á las ratas.

Pepita.—¡Me haces llorar, mamá!

Doña Clara.—Y á todo esto garbanzos y legumbres por todo alimento. Si un día se te queman verás el cariño de Luisito.

Como rompas el cántaro ya puedes gastarte los ahorros en flor de azahar. Al primer hijo que tengáis, ya podéis arrojaros por el Viaducto.

Pepita.—¡Pero esto es una desesperación, una infamia! ¿Cómo viven los pobres?

Doña Clara.—Los pobres no viven; mueren. Mueren á centenares, á millares, amontonados en inmundas cloacas, agolpándose á las puertas de los asilos y rugiendo como fieras hambrientas en inmundos cubiles.

Pepita.—Con todo eso, si viene á pedirte mi mano Luisito...

Doña Clara.—No, hija, ¿qué ha de venir? No seas tan inocente y cándida. Esa cuenta que estamos haciendo se la han echado hace ya mucho tiempo todos los hombres.

AL VADO Ó A LA PUENTE

¿Cabe demasía en las cosas buenas? A pesar del aforismo que diputa nocivo el exceso mismo de bendiciones, no es fácil concebir de qué suerte lo que es en sí y accidentalmente benéfico, justo, verdadero, grato y excelente, puede, pasando de cierto límite, convertirse en maléfico, injusto, falso y desagradable. *Por mucho trigo nunca es mal año*, dice la sabiduría popular! *Muera Marta y muera harta*, repite el refranero. No parece sensato hablar de *excesiva* salud, de *desmedido* bienestar, de *desmesurada* tranquilidad de ánimo ó de *harta* bondad de conducta. Siendo la salud, el bienestar, la riqueza, la virtud cosas deseables y buenas, así les cuadran esos adjetivos, como el de candoroso á un discurso del jefe del Gobierno ó el de inspirada á una ley de Tesorería.

Esta verdad, tan clara é indiscutible que no podría sofisticarse, ni aun en una decla-

ración de concentracion democrática, deja al punto de ser tal para nuestros políticos en cuanto se pretende aplicar á las Asociaciones llamadas religiosas. En sentir de varones doctos, ellas son espejo de piedad, fuente de mansedumbre, lustre de la Iglesia, gloria del Estado, oráculo de la fama, fénix de la religiosidad, asombro del orbe y grandes á todas luces y en todas materias. Sino que... no conviene que haya muchas. Con lo cual, el bienaventurado que á tales apologistas oye, se queda como quien ve visiones apocalípticas y preguntándose cómo puede ser eso de no convenir que abunde lo bueno y acontecer que sea indigesto lo sano.

Y no se nos cite el ejemplo de la empalagosa golosina, ni se nos venga con aquello del diablo ahito de carne. «No cabe hartura en lo que no es del mundo», ha escrito un sabio apologista. Decir primero que la vida monacal es el estado perfecto, que los monasterios son verdaderos templos de piedad, que la vida convental representa el ideal humano, y salir luego discurriendo de qué suerte podrá disminuirse su número, es una falta, con licencia, de sindéresis, que no tiene perdón de Dios ni de San Basilio.

Lo conforme al buen sentido y á la sana lógica sería, no sólo permitir la instalación

de nuevas comunidades, sino favorecerla y fomentarla. Se ha dicho que los monjes conservan muy bien las joyas artísticas. Así, debiera haberlos en los museos, en las bibliotecas, en todos los edificios declarados monumentos nacionales. Las casas de Monte rey y de las Conchas en Salamanca, los palacios de Aranjuez y San Ildefonso, el castillo de la Mota de Medina, la Alhambra, los Alcázares de Toledo, Sevilla y Segovia y aun el cómodo edificio del Banco, debieran ser encomendados á la custodia de monjes, quienes, seguramente, sabrían conservar y multiplicar sus prodigiosas bellezas. Se sabe que hay comunidades dedicadas á la enseñanza y que es asombroso el número de sus alumnos sobresalientes. Convendría, pues, ir pensando en volver á la enseñanza confesional y en *des-secularizar* las Universidades, Academias, Liceos é Institutos. Al Ateneo mismo no le vendría mal cierto barniz monástico, que le haría digno de Nocedad y el padre Sánchez. Resucitaríamos de esta guisa en los tiempos de las famosas Universidades compostelana y complutense, y tornarían las letras españolas á ser lo que fueron bajo la dominación de Cisneros, Torquemada y tantos otros ilustres antisemitas.

E injusto sería parar aquí tan loable celo.

Muchas funciones que de la clerecía fueron propias, debieran ser encomendadas á los regulares. El registro civil, el empadronamiento, el catastro, la administración de justicia, instalada ya providencialmente en el antiguo convento de las Salesas, y aun la futura Institución del Trabajo, están clamando á voces monjes que las atiendan y frailes descalzos que las mejoren. Tiempos fueron en que los abades alzaron pendones y mesnadas; todo el mundo está al tanto de la instrucción y táctica de Chamartín y Deusto. No implicaría novedad alguna confiar á los religiosos profesos la regeneración militar de esta nación que vió calar la celada al prelado del romancero del Cid y ceñir el peto sobre la estameña á los ínclitos vencedores del Rey Chico.

Es más: ó la vida conventual es la más perfecta ó no hay tales parábolas. En el primer caso, todo ciudadano debiera ser compelido á practicar, por lo menos una vez dentro del año, ó antes, si había peligro de muerte, ejercicios claustrales piadosos. Para ello, bastaría en cada manzana de casas un ventilado y holgado monasterio, como el erigido por Beltrán de la Cueva, en donde podría, por contera, instalarse una oficina de recaudación de cédulas ú otra dependencia análoga, y no se habría perdido todo.

Muchos particulares opulentos, y de ello hay múltiples precedentes, cederían, además, sus fastuosas viviendas para aumentar el número de los asilos de devoción. El palacio de Anglada, el de Indo, los de Murga, Villa Olea, los esbeltos hoteles que bordean el florido paseo de Recoletos, y aun las residencias señoriales de Fernán Núñez, Xifré, Liria, Altamira, Villahermosa, Riera, Portugalete, con las famosas casas de los azulejos, de las bolas y de las columnas, quedarían así transformadas en centros de cultura é institutos áulicos de austeridad. ¿Quién no imagina la inmensa transformación y el prodigioso adelanto, capaz por sí de españolizar á Europa, que habría de realizarse en la corte que fué del rey asceta, fundador del sombrío Escorial y exterminador incansable de los funestos gérmenes de la herejía?

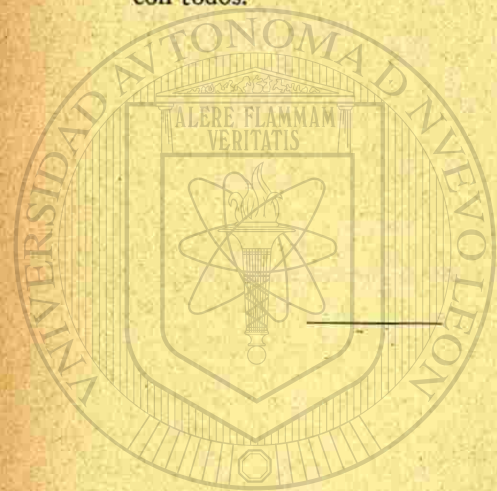
Acaso el Sr. López Puigcerver pudiera advertir que esto supondría un aumento considerable en el presupuesto de gastos. ¡Válame Dios, por el escrúpulo! ¿Habría sino resucitar los diezmos y primicias, que nos henchirían las hanegadas y harían concierto peregrino con la ronda de pan y huevo? Un impuesto flamante sobre las carnes, durante la penitencia cuaresmal, sería parte á aliviar de su justo gravamen al fisco

Cuanto más que ahí tenemos los monopolios que pudieran extenderse al aceite, la harina y el calzado de suela ú otra prenda suntuaria, con Aduanas de tierra y alcabalas. Por un impuesto más, no íbamos á quedar mal ni con la lógica ni con el yermo.

Lo malo es que unas asociaciones pudieran ponerse en pugna abierta y cerrado palenque con otras. De tal calamidad hay en la historia sobrados ejemplos. No es ello de temer, no embargante, y nadie supondrá posible la renovación de las contiendas de frailes blancos y negros, contemplativos y mendicantes, agustinos y jesuitas, partidarios del libre albedrío ó del dogma de la predestinación. A lo sumo la competencia tomaría carácter industrial, conocida la aptitud de ciertas congregaciones para la fabricación de chocolates, licores, dulces y aun prendas interiores de abrigo.

Con que ya lo saben nuestros gobernantes. Admitido un principio, hay que deducir todas sus consecuencias hasta el fin. Dejen por su vida de requerir arbitrios solapados para disminuir lo que es bueno y debilitar lo que es fuerte; de buscar quedar bien con la verdad y con el error, con el Concordato y la ley de Asociaciones, con San Miguel y el diablo. A menos que no

recapaciten en que, hombres de Estado, su función es civil; en cuyo caso, lo más cuerdo, ¿para qué andarse con paños calientes?, sería hacer que la ley se cumpliera y Cristo con todos.



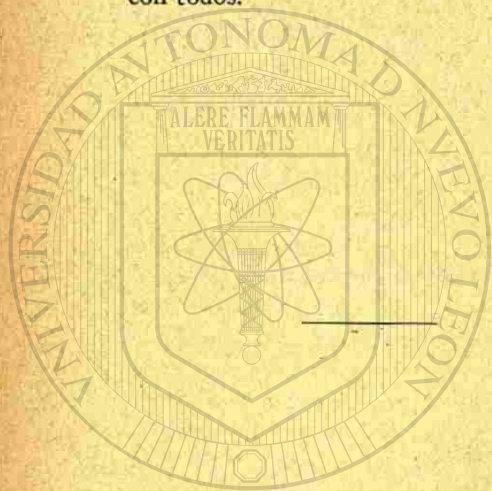
LA OLA

Para quienes disponen de cómodo carruaje, confortable vivienda y manjares sabrosos y suculentos, esos cambios bruscos de temperatura, esas llamadas *olas de frío* que llegan en plena primavera á azotar los campos en flor, no son sino ligeras contradicciones que en poco ó en nada afectan al bienestar cotidiano.—¡Hielo!—dice una mañana el ayuda de cámara.—Y el poderoso, contrariado, se arrebujá nuevamente en sus pieles, ordena poner la chimenea al rojo, y, después de consultar el termómetro, exclama.

—¡Qué lástima! ¡Yo que pensaba pasar el día en el campo con Nini!

Para él el campo es eso: el escenario de las incomparables gracias de Nini. El sendero por donde los caballos galopan, sintiendo como Ruskin perfumarse las ideas risueñas; la ancha franja polvorienta ó húmeda, por donde se desliza con ligeras sa-

recapaciten en que, hombres de Estado, su función es civil; en cuyo caso, lo más cuerdo, ¿para qué andarse con paños calientes?, sería hacer que la ley se cumpliera y Cristo con todos.



LA OLA

Para quienes disponen de cómodo carruaje, confortable vivienda y manjares sabrosos y suculentos, esos cambios bruscos de temperatura, esas llamadas *olas de frío* que llegan en plena primavera á azotar los campos en flor, no son sino ligeras contrariedades que en poco ó en nada afectan al bienestar cotidiano.—¡Hielo!—dice una mañana el ayuda de cámara.—Y el poderoso, contrariado, se arrebujá nuevamente en sus pieles, ordena poner la chimenea al rojo, y, después de consultar el termómetro, exclama.

—¡Qué lástima! ¡Yo que pensaba pasar el día en el campo con Nini!

Para él el campo es eso: el escenario de las incomparables gracias de Nini. El sendero por donde los caballos galopan, sintiendo como Ruskin perfumarse las ideas risueñas; la ancha franja polvorienta ó húmeda, por donde se desliza con ligeras sa-

cuidadas el automóvil ó el *familiar* empavesado de quitasoles blancos y rosáceos. A lo sumo es el monte poblado de trinos, henchidos de sacudimientos palpitantes, sembrados de escondrijos rumorosos, impregnado de aromas, en donde se acecha la tierna presa que rueda envuelta en humo. Pero jamás es la pena condensada, el sudor que verdea, la fatiga que se traduce en flores, la angustia que se dilata en tallos.

Para el labrador es la *ola de frío* algo así como un tremendo fracaso, una caída inmensa é irremediable, desde las cimas del consuelo. Se ha espesado la verde ladera como un regio tapiz oriental. El campesino reconoce á través de su espesa y húmeda urdimbre el sitio en que hubo que desuncir al buey fatigado, el surco en que le fué preciso roturar á mano y golpes de pico la tierra endurecida, el lugar en que pudo entregarse á un agitado y ardiente sesteo, la rinconada que hubo que abonar, la curva en que vinieron los pequeñuelos á dar con sus manitas tan pequeñas y ya callosas, un trocito de pan moreno á la mansa y pacífica mula.

Todo aquello verdea; pero con el verde amarillo que, simbolizando esperanzas, seméjase al oro. Todo brota y germina y estalla en fecundidades espléndidas. Este año

se pagará la renta y el estipendio, el impuesto y la usura, el seguro y la iguala. Y después la mujer tendrá su pequeño desván con tocino y legumbres, y la hija estrenará su delantal con volantes plegados y su pañuelo nitido como ala de cisne, para lucirlo en la romería, y el hijo allegará para su equipo de soldado y el pobre viejo que ya tartajea, tendrá un vaso de vino confortante cuando al regresar de la futura siembra sienta que las fuerzas le faltan.

Allá, en el diminuto cercado ó al espaldar del granero, se levantan los árboles copudos que han de transformar el acre jugo de la tierra en néctar dulcísimo. ¡Cómo están de flores! Hogaño habrá que sostener con horquillas, alambres y artificios las ramas, rendidas al peso del fruto, como una odalisca al de sus joyas. Debajo de aquel hermoso cerezo se pondrá la cuna del chiquitín, y sobre sus albos ropajes y sobre sus carnes sonrosadas y tibias caerán las cerezas encarnadas, redondas, jugosas, henchidas de mieles como blandos y frescos granates. A la sombra del manzano, que parece él solo un bosquecillo nevado de pétalos, picotearán las gallinas redondas, precedidas de sus polluelos, que huirán asustados al ruido de las desprendidas reinetas. La Naturaleza aparece pródiga, y esta vez

todo presenta en ella augurios de bienestar, abundancia, dicha y renovación.

Y he aquí que se presenta la ola de frío. Al amanecer, un ruido formidable hace abandonar el lecho á la pequeña tribu. Es el granizo, el terrible granizo quien dobla los tallos y desgaja las ramas, y siembra de pétalos aquel suelo, hecho para engendrar y también para devorar á su presa. ¡Ah, las flores todas, todas van deshaciéndose como blancas promesas incumplidas, todas caen en lánguido desmayado revuelo sobre el césped dos veces nevado. Luego viene la lluvia, ó el hielo, ó el torrente. Detrás la miseria. Nada hay ya que esperar. Todo se ha perdido.

Y un año más de labor, de dolor, de lucha desesperada á brazo partido con la fatalidad que ahoga. Otra vez á sentir cómo faltan las fuerzas y la fe muere y los hijos se ausentan horrorizados á buscar allá lejos, en la ciudad corruptora, el hambre, la prostitución, acaso el delito. Y otra vez á sentirse más solo que nunca, más débil, más moribundo, hasta arrojar el azadón sobre la tierra ingrata, y ver como por la vereda que da á la ermita pasa un cortejo y otro y otro. Es el amigo, es el vecino, tal vez el hermano, á quien con la mano se saluda y se grita con lágrimas bajo los párpados y ahoga-

dos sollozos en la garganta, diciéndole con voz tan baja que él solo podrá escuchar desde lo infinito:

—¡Adiós; espérame que ya pronto dormiré junto á tí!

¡Ah, temblemos ante la ola de frío y sobre todo, ante ese frío que parece que ya nos hiela y desgaja de nuestro corazón todas las flores. Es el egoísmo miserable y tardío que no nos deja ver cómo hemos echado sobre el campo con nuestras ambiciones la nieve funesta de la infecundidad. Tal vez con nuestra palabra, con nuestra pluma, hubiéramos podido hacer esa desolación menos triste. ¡Ya que no podemos alejar esa ola de frío, arrojemos sobre los campos desolados y yermos una ola de amor!

BOHEMIOS

Con la primavera olorosa, con las alboradas de ráfagas tibias, en que ramas y céspedes y madrigueras parecen palpitar á un conjuro; con las tardes que todavía no son ardientes, pero sí tibias, en que la tierra parece encenderse al beso del sol que regresa con el nuevo solsticio, han vuelto á aparecer los gitanos. Al alzar la cabeza, después de haber dibujado en la arena una cifra que nos recuerda el pasado ó de meditar con los ojos cerrados en algo que nos anuncia el porvenir, nos hemos encontrado de pronto con una figura esbelta, cubierta de bizarro atavío, con una tez morena, en que han resplandecido dos ojos negros y enormes. Y entonces hemos mirado á la gitana con esa curiosidad que nunca se sacia y que no es sino la nostalgia del misterio, de lo nuevo y de lo imposible.

Entonces recordamos que hay razas errantes, vagabundas, malditas. Pueblos enteros

que llevan en sus frentes el estigma y que pagan en odio á la civilización lo que ésta les confiere en agravios. ¿Es verdad que existen esas tribus nómadas? ¿Es cierto que hoy, como en tiempo de Sesostris, existe entre ellas y nosotros un abismo de cada vez más hondo, abierto al derrumbarse el Oriente como el que nos separa del pueblo judío, ha sido socavado al desplomarse un Dios?

Esa mujer de piel atezada, de cabello mate cual fruto del endrino, de ojos que parecen carbunclos, que al llamear fulminan y acarician, imploran y sonríen, esa gitana de desarticuladas caderas de bayadera turca, rodeadas de lacios y chillones volantes ó abigarrada cintería, nos dice que ha vuelto á salir de sus cubiles la raza. En las noches serenas del último plenilunio han surcado los polvorientos caminos en caravanas mudas, en desfiles inacabables.

Sobre las secas enjalmas han cabalgado los ancianos de desmadejado ademán y los niños flácidos y cetrinos, pero ágiles y pícarescos, como crías de duende. Acaso los hombres, serios, desmadejados, tristes, han implorado el descanso sobre aquella reata sin cascabelería. Pero la mujer ha venido á pie. Ella es el alma de la raza: cuando el *churumbel* desfallezca, ella sabrá posarle en

sus hombros; cuando ya desmaye el *chivato* y aún el mocetón de la tribu, le ayudará á subir sobre el pelado lomo de su montura, pero ella seguirá firme y recta, como la mujer bíblica, como la Dorotea de Gœthe, im- pasible, serena, incansable, perinsigne en su tenacidad, porque es el alma de un pue- blo que no puede rendirse, ni desfallecer, ni morir, mientras subsista la protesta y el grito del vencido y el bramido del odio in- dostánico al sentir en su frente el chasqui- do de la centella occidental.

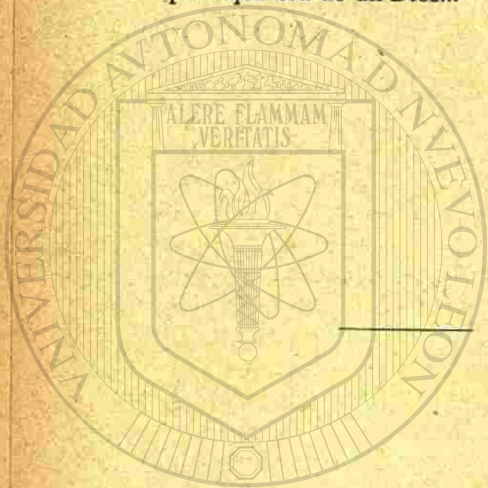
Al ver á esa mujer ante nosotros, hablan- do jerigonzas que nos prometen venturas ó fecundidades ó glorias ó supremos desfalleci- mientos, creemos ver en ella la presa fácil del primero que quiera apropiársela. ¡Qué error tan supino! Tended hacia ella los bra- zos y veréis como se disipa su ternura cas- ta, cómo se yergue cual flor intangible, cómo se agazapa ó se vuelve como amena- zada tigresa. Es la mujer fuerte de David, la que sabe que su culpa es siempre insepa- rable de la muerte. Arrojada de todas partes con desprecio, vilipendiada, hambrienta, maltratada, ofendida, en sus labios lleva siempre dejos de pétalo, y bajo su alféizar de desposada puede colgarse siempre el cenital.

Yo he visto siempre á esas mujeres con

respeto, porque tengo la devoción de lo humilde, el culto de lo mísero, el cariño á todo lo que, pisado sobre el fango, sabe ele- varse otra vez como el junco. Y es más: las he mirado á veces con pasión porque amo lo ignorado, lo oculto, lo misterioso y secreto: el rumor que surge en las cumbres cuando se pone el día, la sombra que se ele- va en las ruinas, como gigantesca y plegada clámide, la ola gigantesca que avanza y se retira sin dejarnos mirar la perla ó el mons- truo que cobija en su seno. Y al mirar esos ojos negros que nunca se sabe si ríen ó lloran, veo en ellos, además del ensalmo que hay en toda pupila femenina, el enig- ma absoluto de una raza cuyo destino na- die sospecha, y que sabe llevar con orgu- llo sobre su frente la línea tremenda del dolor.

Hoy mismo se ha acercado hasta mí una gitana. Ha pretendido vaticinarme algo que no he escuchado, predecirme un futuro que no quiero ni me importa saber. Le he dado una moneda de cobre y nos hemos separa- do mirándonos los dos sorprendidos, como deben verse de frente dos enigmas, dos misterios, dos secretos indescifrables. Yo miraba á la triste bohemia como si leyera en sus ojos el destino entero de toda una raza; ella me miraba absorta á la frente

como si viera en ella algo como un fin malogrado, como una bella promesa incumplida, como una señal de misión gloriosa que, ¡ay!, ya no habrá jamás de cumplirse, pero que era de un Dios...



EL ESCOTE

¡Oh, las mujeres castas!—gritaba Juvenal ante el tocado cortesano.—Y Tibulo, más impresionable, más humano ó más pío, recreábase en tanto con las morbideces marfileas de los esculturales hombros de Lesbia.

Y es que la idealidad lo es todo... cuando encarna en lo real. Y la realidad es hermosa y espléndida é incomparable, cuando sabe velarse con las azuladas y vaporosas nebulosidades del ensueño.

La mujer escotada es eso. Es la castidad que se descubre ó la sensualidad que se vela. Es la pureza que muestra ruborosa, nueva María de Padilla, sus encantos, para ella misma desconocidos, ó es la lujuria que se acoge al sagrado de la continencia para respirar una vez el ambiente de la idealidad y circundarse de la rosada aureola del respeto.

El escote en la mujer, ¿es magnificencia? ¿Es liviandad? Escuchad á los místicos. To-

do estímulo del amor humano es censurable. La mujer es perdición, es pecado. Por ella sufrimos el vértigo insensato de la primera caída. Cuando se quiere representar la inmensa, irresistible sollicitación del demonio al anacoreta, se pinta á aquel, tomando la forma espasmódica de mujer lujuriosa de labios bermejos, mostrando sobre la zarza del páramo sus blancos, redondeados y tibios hombros.

Pero oid á todos los artistas. La mujer es glorificación, redención y sublimidad. El amor es la ley de la vida, fundamento de lo creado. Sobre la inflexibilidad del areópago está la nitidez de Friné. La desnudez es casta. Las flores no se visten, y en sus regios pistilos ostentan la majestad suprema de lo que, siendo realidad presente, hace gala de llevar en sí mismo la fecunda promesa de lo que será.

El hombro de la mujer es suave y la suavidad es caída. La subida es siempre áspera y penosa. ¡Error! El aereostato que se eleva á las nubes blandamente, tórnase desgarrado aerolito. Comparad la ascensión delicada del mártir con la caída brusca del Satán. El hombro de la mujer es rosado, y, como el misticismo es meditación de aniquilamiento, se asegura que á la pulcritud de la rosa es preferible la grave palidez de la da-

lia. ¡Engaño! La idealidad también halla inspirada sus tonos cálidos. Consultad con Murillo; buscad las esculturas policromas. La palidez es siempre cadavérica. Como es rojo el sol es roja la sangre, es rosada la aurora y la vida es siempre rosada.

Se nos recuerda la Maintenon. Aquel escote corrompió á la aristocracia francesa. Es cierto; pero otro escote, más terso, más cándido, redimió á Francia entera en la plaza de la Revolución, manchada con la sangre inocente de Carlota Corday.

La mujer es hermosa cuando ciñe su cuello con el tocado honesto ó vela sus perfectas y delicadas líneas con el toscó sayal. Es hermosa desnuda como la Venus mística, reflejando la luz que se quiebra en su torso en cambiantes amorosos y plácidos. Pero es aún más hermosa, más imponderable, cuando, descubriendo su busto, deja intacto el incentivo al deseo; cuando al par oculta y enseña, despierta y aplaca, estimula y contiene. La carne entonces halla en el incentivo su acicate. El espíritu, al saber lo que pierde, lo que vence, lo que desdeña, se hace más meritorio y sabe hallar en el alcázar mismo de Satán la obra incomparable de Dios.

Dejadnos contemplar el escote. Bajo una garganta, blanca como pétalo de azucena,

esmaltada acaso de pedrería, movida de seguro por un aliento perfumado, se dibuja el redondo seno, dejando adivinar el contorno ebúrneo de una cúpula de alabastro, en que resplandece un campanil de rosa. Pero todo aquello permanece en la indecisión, en la vaguedad, en la región codiciada de lo ignoto. Un encaje, una cinta de raso, marcan el Rubicón de aquella angustiada. Y entonces se comprende la grandeza de un César, y en las venas febriles se siente el ardor invencible de las nunca bien ponderadas legiones.

El cabello se prende en bucles sedosos, en destellos metálicos, en mates ondulaciones, que parece demandar ósculos; la mirada es ardiente, y tras las húmedas pupilas se ve la atracción vertiginosa del abismo azulado ó negro, según copia las montañas ó el mar. Pero sólo en los hombros desnudos se ve la majestuosa parábola que nos arrastra al infinito de la pasión: tan sólo allí, con la respiración anhelante que hace ondular encajes y joyas, se escucha el rumor de la Naturaleza, que entona sus himnos, y del amor, que bate sus alas.

Dejemos que la mujer luzca sus hombros, en ocasión delgados, finos, nerviosos, como de Ceres ateniense; otras veces plenos, henchidos, torneados como de una Venus

rotunda. Encendamos las lámparas y quememos incienso en los trípodes. El amor y la idealidad se han unido en inefable consorcio. Batamos palmas. Yo, entre tanto, alzaré mi copa y pediré á los dioses que, al fulgor de perfumadas antorchas, al compás de tiernos y melodiosos cánticos, aparezcan en el festín escotadas, todas las mujeres, todas... menos la mía.

LA GRACIA DE DIOS

Encerrado con su primogénito en la biblioteca, fruncido el ceño, la barba apoyada en el puño, mi primo Teodoro ha comenzado á hablar de esta guisa:

—El derecho de petición se parece al pataleo, en que á nadie es posible negarle. Pero, como todas las cosas humanas tiene un límite, ese límite hállase fijado por la Naturaleza misma: es la negación. Al elevar nuestras oraciones al Empíreo, nos es lícito demandar apoyo, consuelo, fortaleza, gracia y aun salud, riqueza y poder. Lo que no podemos pedir es el mal, porque el mal es una negación, y menos aquello que significa limitación ó anulación de nosotros mismos. Pedir á Dios la propia muerte sería tan absurdo como demandarle que el sol no alumbrara, que la materia se disolviera y todo regresara á la confusión informe del caos.

Luisito ha oído á su padre con la boca abierta. Después ha hecho un gesto que,

fielmente traducido, quería decir que se quedaba en ayunas.

—Así—ha seguido Teodoro—es un solemne disparate que los estudiantes pretendan aprobar el curso de real orden. Eso significa tanto como querer dejar de ser lo que se es. Renunciar un estudiante al estudio; exigir que se nos dé lo que nada vale sin el esfuerzo propio, es un absurdo. ¡Sí, señor, un absurdo!—ha gritado dando un puñetazo á las leyes de Toro.—¡Y eso ni á tí te cuadra ni yo jamás he de consentirlo!

Ha quedado Luisito pensativo un momento y, después, ha contestado con calma y cariñosamente:

—Mira papá: lo primero es no sulfurarse: Si yo me acordara, que no me acuerdo, de lo que dice San Agustín, verías que eso de pedir y obtener de gracia lo que debiera conseguirse por el esfuerzo propio, no lo hemos inventado los chicos del cuarto año del bachillerato. Al contrario, desde la creación acá, que ya ha habido algunos festejos, ese ha sido y no otro el medio seguro de conseguirlo todo. No se formó el mundo por la energía discrecional de los átomos, sino mediante una palabra mágica. No fué el trabajo sino la plegaria lo que hizo dilectísimo á Abel; los irracionales salvados en el arca debieron el no perecer en el Dilu-

vio, no precisamente á su esfuerzo, sino á la elección caprichosa del patriarca. De entonces á ahora, la ciencia fué siempre discernida á hombres humildes que no se matricularon en cosa alguna. Unas veces fué en una zarza ardiente, otras en un templo donde oyeron palabras proféticas; también recordarás el cenáculo y la voz que clamaba en desierto y el iluminismo de los ascetas y la paloma que vertió en los castos oídos de Teresa los más delicados conceptos del misticismo. De tal suerte...

—¡Majadero!—ha gruñido el padre escandalizado.—Todos esos seres que citas eran elegidos. Pero tú, ¿de dónde sacas que mereces gracia alguna especial? Atente á lo humano y déjate de canciones bíblicas, que en tus labios son otras tantas irreverencias.

—Bueno—ha dicho resignado el estudiante.—¿A tí quién te ha dado el destino que tienes?

—¿A mí? D. Antonio Cánovas del Castillo, de gloriosa memoria.

—Te equivocas: á tí te lo dió el monarca, por la gracia de Dios.

—Bueno, ¿y qué?

—¿Quién te ha concedido tu título de licenciado en ambos Derechos?

—¿El claustro de la Universidad.

—No, papá, no. Te lo ha dado el ministro de Fomento, de real orden.

—¿Y aunque así fuera?...

—Es que la teoría es siempre la misma. Toda aptitud, como su reconocimiento, viene siempre de arriba, y se concede siempre como merced. No basta que estudies, y sepas, y trabajes; es menester que el ministro lo diga, y si no lo dice, ya puedes echarte á morir con tu ciencia. Y si el ministro, de orden del soberano, que tiene la gracia de Dios, te declara apto y competente, ¿puedes ponerla en cuarentena?

—Claro es que no.

—Entonces, si de real orden se nos concede la aprobación del curso académico, ¿quién puede dudar que por este solo hecho todos los estudiantes seremos competentes y que la aprobación habrá sido justísima?

—*Il y a de la musique la dedans.* Me parece que juegas con el vocablo.

—No, papá, no. Ahora mismo se indulta á una porción de criminales. Todos ellos quedan redimidos de culpa. No hay que decir ya que son malos; han cumplido, y en paz. La sociedad debe abrirles sus brazos amorosísimos. Tú has heredado fincas; la ley te protege y nadie discute tu título de dominio. Mi primo es soldado y no ha estado en

la guerra; pero en su hoja de servicios dice: *valor, se le supone*. ¿Por dónde vas tú á negar eficacia á las decisiones del poder? Me parece que has leído demasiado á Reclus...

—¡Niño!

—O á Kropotkine. Aquí, no lo dudes. todo viene de arriba. ¿Eres general? Pues conoces la táctica. ¿Eres médico titulado? Pues sabes curar, aunque se mueran todos tus enfermos. ¿Tienes un premio del Conservatorio? Ya puedes aporrear á mansalva los oídos del género humano. El título lo es todo, para la guerra y para la paz, para poseer y para adquirir, en las aulas y en los presidios. Y el título, ¿qué quieres que yo le haga? Se da de real orden.

—¿De modo?...

—De modo que nosotros queremos que, por gracia—y no vuelvas á discutirme la gracia—se nos apruebe á todos. De real orden te lo comunico para tu conocimiento y satisfacción.

—¿Y si luego no sabéis de vuestros estudios una palabra?

—¿No hemos de saber? ¿Por qué crees que fué invulnerable Aquiles? ¿Por su desnudo? ¿Por su vigor? No, sino por haber sido sumergido en una graciosa Estigia. Donde no le llegó la gracia, allí le dejó Héctor reprobado. ¿Por qué fué invencible

Alejandro? Porque lo quiso así la Sibila. En cuanto llegó á faltarle su apoyo, allí perdió el curso. Sócrates mismo tuvo un demonio familiar. Tú hazme á mí de real orden ingeniero, abogado ó contratista de consumos y verás si yo tengo gracia y si sé ganarme el dinero.

—Jamás pediré tal favor.

—Tendrás que pedir otros. El favor, querido papá, lo es todo. Ahora mismo escribías...

—¡Calla!

—A tu amigo el senador...

—¡Siencio!

—Para que influya...

—¡Vete de mi presencia!

Luisito ha salido cariacontecido, y su papá, después de meditar un rato, ha dicho para su terno de vicuña:

—Yo no sé si el niño tiene la gracia de Dios. Pero lo que es como gracia... ¡Vaya si la tienen!

DOCTORES Y MAESTROS

Era en el último festival. Acabada la ceremonia solemne, abrióse en dos filas aquella muchedumbre que no había alcanzado un puesto en el salón donde la ciencia oficial había recitado su canturía monótona. Habían entrado los doctores, los académicos, los ateneístas; los maestros habíanse quedado esperando junto á las balastradas marmóreas del espléndido alcázar artístico. Los humildes quedaban sin acceso al templo de la sabiduría. *Nom omnis licet addire coryntum.*

Y aquellos humildes eran los maestros rurales, las profesoras provincianas, con sus ojos radiando inteligencia, con sus rostros morenos y rosados destellando vida y salud, salud de alma y de cuerpo. Allí estaban con sus modestos vestidos negros y sus airosas mantillas de casco. Y en torno de sus cabezas inteligentes y graciosas, parecía escucharse el revuelo de toda la musa popular.

Detrás estaban los pedagogos, con sus levitas limpias, pero ya pasadas de moda. En sus hombros tenían, sin embargo, aires de toga y de manto curul. Modestos, graves, llevaban en su fisonomía ese sello indeleble de inocente sabiduría ó de ternura racional, que imprime lo que Locke llamaba la suprema felicidad y razón: el trato con los niños.

Y entonces, á los acordes de una marcha regia, pasó el monarca, y detrás el brillante séquito de consejeros, generales y representantes del poder. Luego, cubiertos con vistosas mucetas, aparecieron los doctores. Entre ellos se destacaba una señora, que recordaba con su doctoral atavío las femeninas glorias complutenses.

Aquello era la ciencia oficial, aparatosa, hinchada, memorista. A los lados estaba la observación sencilla de hombres y cosas. Se tocaban, casi se confundían sin los colores encendidos de las mucetas. Pero entonces se hacía más profundo el abismo que se extendía entre ambas, como entre lo convencional y lo real; lo que aparenta y lo que es; el título y la posesión.

Quien hubiera escuchado á los doctores sesudos la interminable relación de datos tomados de pacientes lecturas manidas, acerca de Universidades y centros docentes;

quien les hubiera oído terminar uniformemente, invocando el auxilio de la Providencia para que protegiera el nuevo reinado; quien hubiera sentido resonar en su cerebro tanto párrafo henchido de figuras retóricas y citas eruditas, hubiera afirmado que la ciencia suprema estaba allí. Los mismos maestros lo creían. ¡Ellos, que observaban todos los días á la Naturaleza en sus evoluciones, al niño en sus procesos mentales y éticos, á los pueblos en su desenvolvimiento gradual! Acaso envidiaban la investidura que concede al médico el alto derecho de saber por qué no se cura; al abogado, el de conocer por qué son ineficaces las leyes; al catedrático, el de averiguar por qué hay tantos licenciados inútiles y tantos titulados hambrientos. Las mujeres mismas, en cuyo corazón todo es sencillez, experimentaban tristeza al saber que había quien vestía un colorín que ellas no ostentaban; quien había podido suplantarse oficialmente la memoria por la razón, lo que los demás dicen por lo que dice él mismo, las afirmaciones ajenas por la observación propia. Aquello recordaba Salamanca, Alcalá, Santiago. Evocaba el trípode de Cisneros y las tunas y la famosa Puerta de los carros. El recuerdo de la España que fué. Todo, menos la presciencia de lo que será.

En cambio, los humildes maestros, sanos, libres de prejuicios, de dogmatismos, de ideas falsas, en contacto con la realidad y la vida fecunda, despertaban la sensación de algo que alborea. El consorcio del pensamiento con lo real, de la observación y la síntesis, de la autoridad del cerebro con la democracia del corazón. ¡Ah, qué hermoso contraste! Aquello bien valía haber quedado fuera, sin ver los uniformes bordados y las amarillas y rojas y azules y moradas mucetas y la alta tribuna donde la ciencia no es comunicación fraternal, sino sonido de campaneó. Cuando todos decían *¡hossanna!*, viendo á lo aparatoso á lo formal, á lo externo, *¡Salve!*, prorrumpía mi corazón ante la cohorte de educadores en cuya abnegación puede cifrar su esperanza la patria.

Todo pasó. Quedaron solos los deslumbrados maestros, sin conocer la luz que irradiaban, sin aspirar el perfume que les envolvía á ellos mismos, de mirtos, de geranios, de aires de renovación y cultura. Al mirarlos salir me descubrí. Desde lejos ví palidecer mi propia muceta.

Las maestras salieron con sus rostros exuberantes de vida y honestidad. Más hermosas, más nobles, mucho más grandes que la Venus clásica, porque las circundaba la aureola del saber y de la virtud.

Volvían á desempeñar su excelso sacerdocio, á padecer por la humanidad que llama á nuestras puertas, á despertar al pueblo que surge, á sentir en los pliegues de sus faldas las manos de los niños, á aspirar néctares de montañas y ambrosías de frondas.

¡Salve, hijas de la civilización, madres del progreso. ¡Salve, salve!

¡Feliz quien ha podido contemplaros de cerca, mirarse en vuestras hondas pupilas y depositar amorosa su pluma á vuestros pies!

BOBADAS

Imagina por un momento, lector discreto, que, provocada, como se dice en lenguaje parlamentario, una crisis, fuese llamado á formar gabinete nada menos que el mismísimo bobo de Coria. En esto de ser regidos por un bobo, pudiera apoyarme en numerosos precedentes históricos. ¿Quién duda que el ministerio quedaría constituido en esta ó análoga forma? Gobernación, Bertoldino; Hacienda, Perico el Tonto; Guerra, Cacaseno; Marina, Pichote; Agricultura, Lúcas Gómez; Estado, Majadernano; Gracia y Justicia, Zopenco, é Instrucción, Perico el de los Palotes. Puedes suponer la algarada que habría de promover semejante lista de consejeros responsables. Los Cardona, Lepe, Lepijo, Licurgo y demás lumbreras de nuestra política, pondrían el grito donde, según la fábula, diz que puso su bola el escarabajo de Júpiter. Pasados cuatro días, nadie se acordaría empe-

ro de tal acontecimiento: que tal es, en sentir de los místicos, la inanidad de las cosas humanas, y en el del sociólogo Espinas la inconsistencia del apasionamiento de las muchedumbres.

La tarea, no obstante, no habría de ser para los flamantes consejeros sobrado penosa. Llegadas las *imperiosas vacaciones del estío* ardoroso, la vida parlamentaria quedaría interrumpida de hecho y derecho. Un par de decretos referentes al personal, para dar entrada en el escalafón á Bobadilla y Cernicaldez y una circular á los gobernadores para mantener el orden donde fuese alterado por los expeditivos medios que vienen siendo tan provechosos, bastarían á llenar el obligado interteguo. Después, sería llegada la hora de emprender una labor regeneradora y feliz.

Nada más hacedero. Presentaría Perico los presupuestos del año anterior; pediría Majaderano instrucciones al Nuncio; mostraría una lista Pichote de los acorazados posibles; respondería de la tranquilidad Bertoldino, y dispondría el de los Palotes dos años más de latín en el bachillerato, y con esto y la seguridad de no ser llamados al poder que tendrían los Lepijo y Cardona, habría ministerio hasta otras vacaciones, en que podría D. Braulio Salomón recorrer las

provincias para consignar su protesta; claros es que dentro de las conveniencias y los respetos que á todo lo humanamente establecido se debe.

Es lo bueno que tiene el actual régimen parlamentario. Semejante en esto á la obra del Hacedor, no ha necesitado sino siete días de impulso para marchar luego por sí mismo como una seda. Todo en él puede estar previsto: desde el número de electores adictos en cada colegio electoral, hasta el de pliegos que ha de tener la resolución que recaiga en un expediente de Propios. ¡Maravillosa máquina, que nos ahorra el penoso trabajo de cumplir las funciones de ciudadanos, y evita á los gobernantes el buscar el derecho en la vida para traducirle en preceptos de ley!

No. No sería el Gobierno de los incapaces peor ni mejor que el de los sabihondos. Para transformar la sociedad y el Estado, para resolver los más árdulos problemas políticos, para cambiar, según la expresión de Montesquieu, un rebaño de siervos en una nación de ciudadanos libres, ciertamente el hombre de Estado requiere todas las excepcionales dotes enumeradas por los sociólogos, desde Aristóteles, el gran peripatético hasta el gran patético Spencer. Para dejar las cosas como ellas se están, para no alte-

rar en lo más mínimo el mecanismo corriente, para dejar rodar la bola, que diría el presidente futuro, no hace falta precisamente ser un Pico, ni siquiera un piquillo, de la Mirandola. La pasividad, la inanición, tan al alcance están del Papamoscas de Burgos como del propio Séneca, y quisiera yo saber qué haría el mismísimo Edison al lado de una máquina á la cual se le prohibiera terminantemente tocar.

Un gabinete de nulidades notorias, tendría, además, una imponderable ventaja; incapaz de realizar algo laudable, no haría, seguramente, lo malo; enemigo nato de lo bueno, lo sería también de lo peor. Colocada la nación en equilibrio inestable sobre un peligroso reborde, como las rocas de basalto en las cortaduras de los abismos, su pasividad sería una garantía de aplomo. Lo que hacía peligrosa la posición del niño dormido en el brocal del pozo, no era la proximidad del antro, sino la posibilidad de moverse. El *laissez faire* de los economistas es siempre discreto en los aleros y en las cimas que se bambolean.

Y luego ¡qué honradez, qué desinterés, qué inofensión en esos hombres entregados perdurablemente á la cándida y honesta tarea de chuparse el dedo! Se ha dicho que la imposibilidad es siempre casta. No fué

acusado Enrique el Doliente de glotonería, ni Carlos II de impudor. La existencia de un lucro cesante quedaría compensada para el pueblo con la ausencia de un daño emergente. No teniendo que discernir lauros, tampoco habría de aquilatar culpas. Privado por igual de las excelsitudes celestes y de las torturas avérrnicas, contentaríase con residir en las reposadas y suaves insensibilidades del Limbo.

Bajo Carlos el Simple, anuló la nobleza el poder real; pero comenzó á despertar el pueblo. Desechemos, pues, todo temor pueril ante la posibilidad de ser gobernados por bobos. El ideal de los pueblos que aspiran de una vez á emanciparse, no consiste en ser gobernados por hienas como Felipe de Austria, ni por lobos astutos como el Rey Sol, sino en tener á su frente, mientras el caso llega, á seres ingenuos, de faz inexpressiva, de entendimiento obtuso, que, cuando todo se transforma y progresa y avanza, se estén mirando un punto en el espacio, con la sonrisa, plácida é inofensiva, de Gedeón.

TRIBUNALES DE HONOR

¿Fueron caballeros ó no Tenorio y Mañara? Si hemos de creer á la tradición y al común sentir, lo fueron desde la pluma del chambergo hasta el vellorí de las calzas. De ilustre abolengo, ellos jamás volvieron la espalda á sus adversarios, ni toleraron la más leve injuria, ni fueron, que se sepa, descalificados por la nobleza de su tiempo. Es cierto que el rapto, el estupro, el homicidio, el sacrilegio y otras pequeñas picardigüelas, fueron su ocupación asidua; pero ni ellas admitieron su probanza ni fuera bien abrirla contra gentes capaces de llamar á las puertas mismas de los sepulcros con la cazoleta de sus espadas de Milán.

En cambio, no fueron caballeros en el sentido estricto de la palabra, los grandes filósofos de la antigüedad. No lo fué Sócrates injuriado, no ya por Melito, sino por su misma mujer; no pudo serlo Epicteto, obligado á tirar de una noria bajo el látigo de

un liberto; no mereció este nombre Platón, ni el gran peripatético, ni menos Marco Tulio, puesto que predicaron la calma ante la afrenta.

Apenas si hay en toda la historia de la Ciencia un Bacón, y ese dista tanto de ser un Suero de Quiñones como Spencer de parecer un Serrallonga. En el camino de la verdad no hay huellas de espuelas, y cuando alguna vez aparecen, no son seguramente trazadas por el talón de los sabios, sino por la planta de sus perseguidores.

¿Qué es, pues, lo que caracteriza el honor caballeresco? Schopenhauer nos lo dice: El honor no se inquieta de lo que puede ser el hombre en sí, sino de si está dispuesto en toda ocasión á sostener sus errores espada en mano. El duelo, propio en la antigüedad sólo de gladiadores, llegó á ser, desde la Edad Media, el único medio de lavar las ofensas. Mario, provocado por un jefe teutón, le propuso batirse con un luchador del circo, pues él no se batía. Amenazado Temístocles, contestó: *Pega, pero escucha.* Apareció el duelo en los tiempos en que los puños estaban más ejercitados que las cabezas, y en que sólo la fuerza física podía procurar los testimonios de estimación que no alcanzaba el propio mérito. Desde entonces se considera que ser injuriado y no matar

es una desgracia espantosa, y todos estamos dispuestos á rompernos la pía y aun la dura madre por razones análogas á las que hicieron morir de pena al simpático corregidor de Almagro.

Todo ello me parece de perlas, y como no siento vocación de mártir, me batiré cuando haga falta, sobre que la cuestión, como dice Blasco, es pasar el rato. Tampoco hallo mal que haya Códigos y tribunales de honor. El autor del *Arte de repicar las castañuelas* decía que maldita la falta que hacía tocarlas; pero añadía: *De tocarlas, tocarlas bien*. Justo es que la gente se rompa el bautismo con decoro y con sujeción á las reglas. Además que hay cosas curiosas, que si en esos Códigos no se dijieran, ¿dónde diantres iban á decir?

Una ventaja de los Códigos y tribunales de honor, es que, con ellos, podríamos economizarnos las leyes penales y los tribunales de justicia. Creíamos todos que los hombres no podían exteriorizar su maldad, sino cometiendo delito ó falta. Desde el momento en que pueden los caballeros reunirse en tribunal y fallar acerca de la conducta, sobran jueces, fiscales, relatores, escribanos, papel sellado, con todo aquello de *traslado á la parte y á prueba y estese*. No hay sino que el sentenciado cumpla la pena que se-

ñalare el mismo tribunal. Porque eso de aparecer inocente en la Audiencia y culpado en el Casino, ó á la inversa, no parece muy lógico ni puede ocurrir por más tiempo. Otra cosa que podría suprimirse muy bien es la Democracia, ó por lo menos, las garantías concedidas á todo ciudadano para ser juzgado públicamente y siendo escuchado con pruebas. Es mucho más corto condenarle en secreto y por un procedimiento sumarísimo. En todo caso, si los hechos no aparecieran bien claros, podría acudir al tormento ó á los juicios de Dios, que como caballerescos, lo han sido y dieron no poco gusto á pasadas generaciones.

Y así, ¡cuántos delirios disipados! ¡Cuántos sueños desvanecidos! La idea de una moral austera, fundada, no en vanas apariencias, sino en la interna devoción al deber; la concepción soberana de un derecho inherente á todo ser que piensa cimentado en sus fines propios, elevado á categoría sublime; la aspiración á una democracia igualitaria sellada con la sangre de hombres y dioses, fecundada por el esfuerzo y el sacrificio de las centurias; el ansia de disipar todas las sombras que obscurecieron poternas y ergástulas, calabozos y gineceos, baños é *in paces*, prisiones y Bastillas; la esperanza en un porvenir de equidad, de sa-

biduría, de tolerancia, de paz, de amor, en suma, en que el honor suplantar no pudiera á la virtud, ni á la justicia el párrafo escrito, ni el caballero al hombre. ¡Cuánto idealismo de menos! ¡Cuánta generosa ilusión arrojada á los abismos del tiempo, como caen sobre las negras cortaduras, de lo alto de las rocas, destiladas como lágrimas transparentes, las gotas gemelas!

Volvamos, sí, á lo caballeresco, á las deslumbrantes mesnadas, abollando sus espaldares de acero y sus cascos rotundos á golpes de maza; á las empenachadas cimeras abriéndose en cascadas de plumas sobre cráneos vacíos; á los ábsides renegridos adornados con grillos, de heterodoxos y judaizantes; á las torres de delicados nervios coronados de almenas y botareles, bajo cuyos cimientos gime el apóstata; á los puentes labrados por millares de esclavos á cincel y buriles como á martillo los hipogeos. ¡Quién sabe si á las figuras de Bayardo y Roldán no seguirá otra vez la grave de Calvino; si á ese nuevo crepúsculo medioeval no sucederá un más glorioso Renacimiento!

Evoquemos fantasmas dormidos, toquemos las marmóreas figuras de los caballeros que duermen sobre su lecho místico alumbrado por los policromos destellos de las góticas vidrieras; pisemos los enlosados claus-

trales, fundados sobre nobles cenizas. ¡Antes que perdurar un ideal, busquemos el pasado para que de nuevo surja la imprenta y el vapor y la electricidad y el progreso; pero asentado en tan firmes bases, que no puedan ya conmoverle ni los ecos de las cosas que fueron ni las remembranzas de civilizaciones caducas que, agobiadas por su propia y tremenda pesadumbre, se hundieron para siempre en el polvo y no han de volver.

LA PIPA

Un rey que muere, un polvorín que estalla, un crimen que queda en la sombra, diez mil obreros del campo hambrientos, trescientos millones de pesetas ofrecidas á un gobierno que no siempre acierta á inspirar confianza al país.—¿Qué te parece todo eso, Juan?—he preguntado á un viejo hortelano.—¿Qué ha de parecerme, señor?—ha contestado el labriego apagando su pipa.—¿Qué ha de parecerme? que todas son miserias.

Misérias, sí. No son más que miserias.

Misérias del cuerpo; miserias del planeta; miserias del mundo ideal. Y aún más: sarcasmos de los hombres y de la suerte, de la naturaleza y de lo absoluto. Oye Juan, no apagues tu pipa. Dame un poco de ese tabaco negro que te inspira ideas tan claras. La tarde es hermosa. Yo también quiero filosofar.

*
*
*

En los cuentos de hadas, cuentos que ya pasaron, porque hemos dejado los bosques sin hadas y los cielos estrellados sin dioses, en esas narraciones en donde suenan las grandes armonías y palpitan los grandes silencios, el príncipe es siempre un joven gallardo que lucha con trasgos y cabalga en cisnes. Pero su cabeza cúbrese de diademas primero que de canas. Eduardo no es eso. Sesenta años pasaron después que sus cabellos rizados lanzaron sus destellos en Windsor y su imagen cándida dió la vuelta al imperio británico. Y gozando de todo, ansiándolo todo, vió cubrirse su cabeza de nieve y su pecho de desengaños; eso sí, escondidos bajo cruces y bandas. Y cuando ya parecía que iba á alcanzar la cima del poder, ese candidato eterno á la diadema y á la senectud; cuando la ciudad madre arde en fiestas y se hinche en holocaustos, he aquí que una enfermedad miserable, bautizada con un nombre bárbaro, le hiere de muerte.

No habrá coronación. Y ese rey sin corona, mimado por el esceptismo, que perdió antes que la salud, la fe misma en su propia realéza, sabrá que solamente los pueblos pueden ser coronados sin que venga una *apendicitis* á manchar su púrpura y á hacer dolorosos los recuerdos de una juventud disipada en orgías y prodigalidades, sobre

elefantes blancos y esclavos etíopes, en las gradas alfombradas de Windsor y en los mullidos y aterciopelados divanes del Club.

¡Miserias, Juan miserias; enciende y fuma!

Fuma y recuerda aquellos días sin auroras en que fuimos vencidos y sentimos la angustia del oprobio. Nuestros soldados abatidos, con la desesperación del impedido que ve cómo se afrenta á su madre, luchaban estérilmente y aun desfallecían sin lucha. No había municiones. Todo combate era imposible. Y en aquellas calcinadas sabanas y en aquellas maniguas fangosas hubo que renunciar á la lucha. ¡Pólvora y balas pedían los soldados!, como el niño polonés del gran Hugo. Y la pólvora no existía y las balas no estaban en los fuertes de donde debían salir para hendir los aires y entonar un himno á la raza española.

Y ahora, vencidos, humillados, olvidados quizá de nuestra decepción, he aquí que cien mil kilos de explosivos aparecen de pronto; pero surgen en llamarada inmensa, amenazando destruir ciudades enteras. Y maderos y proyectiles llueven sobre los campos para dominar á los cuales se almcenó, sin duda, tanto germen de muerte.

¡Miserias, sí, miserias, pobre labriego! Miserias y sarcasmos que tienen también su grandiosidad. *Sunt lacrimæ rerum.*

* * *

El crimen. Está en todas partes, porque no se castiga. Si vale más prevenir que curar cuando se trata de la salud, en la gobernación de los pueblos es tan tiránico prevenir como demagógico dejar el delito sin represión. Hoy la víctima cae á los golpes de una mujer. La mujer es fuente de vida, y la muerte en sus manos es un absurdo. Por eso nos horroriza tanto Judith. Y la víctima es un hombre que teme á los grandes dolores del amor y de la amistad, de la paternidad y de la familia, de la ternura y la abnegación.

Es la escena de siempre. La frente está fría, el corazón seco. Sólo hay una pasión: el oro. Viene luego el huir de los hombres con la misantropía de Sylock ó el temor receloso de Harpagón el viejo. No nos hará traición la esposa legítima, ni acortará nuestros años, para compartir con otro hombre nuestras riquezas; no esperarán con ansia nuestros hijos que llegue nuestra muerte para heredar monedas y joyas. No veremos en nuestros netezuelos el enfado y

cansancio de nuestra vejez. Pero cuando nos juzguemos seguros, vendrá la ramera, y cegándonos con los besos infames de sus labios impuros, sepultará en nuestras entrañas el arma del odio por robar las monedas amarillas que, allá, escondidas de nada sirven, si no es para emular nuestra lívida palidez.

¡Cuánta miseria, Juan, cuánta miseria! Mi pipa es poco fuerte. Dame la tuya.

*
*
*

El obrero agoniza; el patrono triunfa. Al lado de la miserable barraca se extiende el latifundio. Cerca de los niños famélicos pacen los fuertes y grasientos rebaños. Desfallecen los miserables y los fuertes ríen. Darwin habría de horrorizarse, como dicen que se horroriza Ferri, ante esa interpretación de la lucha por la existencia.

Pero un día se siente débil, ¿quién? ¿El siervo? No. El amo. Y aquel día pide el auxilio de los ejércitos poderosos, é invoca el Mausser y clama de indefensión y abandono. Y el obrero sigue tranquilo, sereno, pacífico, confiado en su debilidad, seguro de su alma inofensiva, mientras el poderoso tiembla, porque ha creído escuchar algo formidable, como rumor de cadenas rotas.

¡Sarcasmos y miserias también!

¡Ah, Juan, me canso! Apaga, apaga tu pipa y otro día hablaremos. ¡Hay tanto tabaco que quemar!

BELLEZA PARA TODOS

Acabábamos de tomar el ajenjo; el *boulevard* encendía sus focos voltáicos como blancos satélites de un universo industrial. Alumbrábase las vitrinas y multiplicábase la estridencia de los timbres con que los conductores de los tranvías anuncian que también el progreso puede tener víctimas y exigir sacrificios. Poli quedó meditabundo, contemplando los restos de licor verdadero como si viera en ellos algo extraño.

Primero pasó una mujer delgadita, rubia, de andar menudo, recogiendo su falda plegada sobre una *frufrutante* enagua de raso. Luego, una morena de cintura de fresno y de andares de antílope. Después, otras cien, trigueñas, morenas, blancas, doradas como mieses y tostadas como el fruto del avellano. Era un verdadero desfile de elegancia y belleza.

—¡Cuánta mujer hermosa!—dijo Poli, como pudiera haber dicho un avaro al pa-

sar por delante del Banco: «¡Cuánto oro hay allí!»

—Las mismas que siempre—contesté.

—No. Muchas más—insistió mi amigo.

—¿Cómo?— interrumpí.— Siempre ha habido mujeres bonitas y feas.

—Pero ahora—siguió Poli—son más las bonitas, porque la belleza, ya *democratizada* se va *socializando*.

Debí hacer un muy extraño gesto, porque Poli me dijo algo amoscado.

—Sí. No hagas aspavientos. ¿Eres de los que creen que la evolución socializadora se refiere tan solo al orden económico? Estás en un solemne error.

—Veamos—dije, apurando los restos del ajenjo.

—Se democratizó el pensamiento—dijo Poli—el día en que, descubierta la imprenta, pudo ser patrimonio de todos el saber. Pero su socialización comenzó cuando á los subjetivismos cerrados siguió el conocimiento de la realidad; cuando murieron las escuelas y los sistemas; cuando la prensa vulgarizó los hechos y dejó de haber sabios para que todos fueran hombres. Acabará de socializarse cuando la ciencia sea de todos y para todos, sin diplomas, ni títulos, ni privilegios, ni prejuicios, ni bases dogmáticas. Pan de la inteligencia, ha de ser como

indica el origen de esa palabra, *pan*, luz *para todos*.

Encendí un cigarro barato. Eso de fumar buen tabaco no ha comenzado aún á *socializarse*.

—La Reforma—siguió Poli, mientras yo miraba pasar á un cura—señaló la liberación del creyente. Entonces comenzó la creencia á democratizarse, suprimiendo todo intermediario entre el fiel y Dios. Hoy ya se socializa, tendiendo á la *anomia*. Y acabará por ser de todos y ninguno, porque no habrá dogmas, ni templos, ni celebrantes. En cada inteligencia habrá un ara, como en cada corazón un rito.

—Es una opinión que respeto, aunque me parezca bien extraña—dije á Poli, que me miraba con sus ojos azules muy abiertos, como dos piedras incrustadas en la cara de un ídolo.

—Y así continuó exaltándose por momentos—se democratizó toda la vida, para socializarse después. Señaló la Revolución, la emancipación en el orden civil, que no será cumplida hasta que redimido el proletariado...

—Oye—he dicho á mi amigo.—Todo eso va muy bien. ¿Pero dónde está la socialización de la belleza? Porque yo no la veo por parte alguna.

—¿Cómo que no?—ha gritado mi pobre amigo.—Será que estarás ciego. La ojiva es la democracia, porque nace para ensanchar las naves y dar acceso en el templo á la muchedumbre. Pero hoy la arquitectura busca otras líneas, otras combinaciones, otros motivos, porque eleva los palacios de todos: el mercado, la estación, la escuela, el puente, los coliseos. Levanta esos párpados y mira.

Los abrí, en efecto. Por todas partes edificios suntuosos, que no eran de reyes ni de magnates. *Todo el mundo* se congregaba en ellos. Para dar de beber al pueblo, mostrábase un alcázar más suntuoso que el palacio de la reina de Saba.

—Y en la música—siguió el iluso—Bethoven, que es demócrata y ya escribe para las muchedumbres, precede al iluminado de Bayreuth. No más música *di camera* hecha para monarcas y cortesanos. El pueblo pide grandes sonoridades, porque tiene cien mil oídos. No más cuadros tampoco de luz convencional, hechos para mirarse en palacios severos y recintos oscuros. Hay que hacer *aire libre*. En España, Fortuny fué un socializador como lo es Sorolla, como tiene que serlo el artista que quiera no quedarse á la zaga y vivir el ambiente de la nueva y gloriosa civilización. La poesía...

—Pero, ¿y la belleza de la mujer?—pre-

gunté mareado.—Las mujeres son feas ó bonitas y se concluyó. ¿Qué me dices de eso?

—Que estás equivocado. Hubo un tiempo en que la corrección de líneas lo era todo, y después la riqueza. Hoy va estando ya la belleza al alcance de todas las mujeres. Porque hoy es, ante todo, delicadeza, elegancia, distinción, gusto, y eso va estando al alcance de cualquier obrera. Observa con cuidado todas esas mujeres que te deslumbran, y verás que las más adorables no son las más hermosas, en el sentido clásico, ni las más ricas, porque la moda va desterrando del uso corriente las prendas costosas, el oro y el raso, la blonda y la pedrería. Las que más te subyugan son las más *artistas*, las que saben andar y prenderse, y mirar y confeccionar con sus dedos rosados tocados sencillos de suprema elegancia y gracia exquisita. Antes, Friné, imbécil, desgarbada, ignorante, dura de corazón, podía subyugar con arrojar su túnica. Hoy, con la inteligencia, la distinción, la elegancia, y, sobre todo, el buen gusto, todo el mundo es Friné.

—Suponiendo que digas verdad—interrompí—la belleza femenina, para socializarse por completo, debiera ser *de todos*. ¿Vas á resucitarnos acaso ahora la *República*, de Platón?

—De ninguna manera. Pero todo hombre va pudiendo tener mujer bella ilustrándola, cultivando su espíritu, dándola con su cariño el contento que se traduce en placidez y con el cuidado la salud que hácese resplandor. Todo el mundo puede dar á su compañera tocados sencillos, pero bellos, pobres pero graciosos. Y así en la futura humanidad no habrá feas, porque habremos idealizado lo real y habremos dignificado á nuestra compañera, dándola medios seguros de embellecerse.

Pasaba en aquel momento á nuestro lado, apoyada en el brazo de un joven, una figurilla pequeña, amarillenta, casi jorobada, con los ojos saltones y turbios. Aquello era un mentís á mi amigo, y le miré con aire de triunfo.

Pero mi amigo es irreductible. Comprendió lo que yo pensaba y me dijo:

—Cállate, hombre, cállate; que algo tendrá.

LA PARTIDA

Salen los trenes, con sus ondulaciones de anélido, con sus raudas precipitaciones de gaviota, con sus cálidos resoplidos de fiera. Y salen henchidos de una muchedumbre que busca quizá en vano, descanso á la lucha y reposo á la amarga fatiga. Entre las oscuras trincheras, avanzando su vientre candente y férreo sobre los bruñidos rieles que se extienden como un signo algebráico que parece decir *¡Siempre igual!*, pasa primero la locomotora, siempre imponente, lanzando su monotonó grito sobre la suave polifonía de los campos. Allí va el maquinista, erguido, cubierto de hollín, con la mirada fija en el horizonte, no de otra manera que el sabio que guía á la humanidad, para no detenerse él nunca, dispuesto á sucumbir por salvar á un pueblo entero que no conoce y que le trata siempre como á esclavo.

Después, las mercancías, dibujando bajo

las lonas sus bultos informes; las jaulas repletas de rebaños, que sobre el pentágrama del tableteo escriben la salmodia de sus tiernos balidos. Detrás, los vagones cerrados y el coche correo. ¡Cuántas lágrimas lleva! Pero también ¡cuántos consuelos! No se sabe si ríe ó llora, como aquel pájaro de Campoamor que, al modular sus trinos, hacía pensar en un instante mismo á la adolescente en el amor, á la niña en la felicidad, al padre en el deber y al poeta en la muerte.

Los coches salones, que parecen alcázares nómadas, nos dan la sensación de un mundo suntuoso y grave, espléndido... y frío. Es allí todo severo, rico y taciturno. Los viajeros en ellos leen ó meditan, envueltos en lujosos guardapolvos, arrellenados en confortables asientos. No miran ni sonríen. En el rostro de las personas más felices, el oro siempre amarillea. El rápido paso de esos perfumados palacios movibles, más que envidia, produce estupor. Mas he aquí que pasan luego los vagones deslustrados, en cuyas portezuelas, como en los trucos, la fortuna se cuenta por rayas. A cada línea vertical la algazara es más grande, el júbilo es mayor.

Las tres líneas de los coches en que van los rebaños humanos son los tres entorcha-

dos de la alegría. Todos van á las ventanillas, queriendo verlo todo, porque su dinero les cuesta. Y al pasar nos saludan. ¡Adiós!, ¡adiós! Y va tras aquella algarada el último furgón con su puerta rasgada, tras la cual se dibuja la silueta del guarda-freno, dispuesto á detener toda aquella avalancha en el borde peligroso del abismo. Luego, ya no miramos sino el negro paralelógramo con sus apagados faroles que se aleja y se hace más pequeño, y desaparece por fin sobre aquellos gemelos y lustrosos rieles que parecen repetir: ¡Siempre igual!

Quedamos un instante pensativos. Hay melancolía en todo lo que se aleja. Fortuna, juventud, ilusiones, todo se va marchando así, dejándonos tan sólo dos regueros de lágrimas. Pasada esa impresión, los pobres, los jornaleros, quedamos sobre la vía solitaria y pedregosa pensando en *nuestro viaje*: en el viaje que podríamos hacer y que no hacemos nunca.

Nosotros iríamos también á bañarnos en nuevos y frescos ambientes, como en la fuente de Juvencio; á contemplar los bosques y el mar, y, sobre todo, el cielo, ese cielo que aquí sólo miramos como una estrecha cinta azul entre dos aleros. Quisiéramos dejar de escuchar ese miserable ruido de colmena humana que nos aturde y nos

recuerda la común grosería, los estridentes pianos mecánicos, la voz aguardentosa del vendedor ambulante, la blasfemia lanzada á voz en cuello, y aplicar el oído para ver cómo rueda en los cielos el salmo de Isaías, en las aguas el eco de Tobías, ó en los trigos el acento de Ruth. ¿Cuándo? *El año que viene*. Pero la ocasión ha llegado. Otro tren se desliza y pasa, y quedamos desencantados y absortos otra vez.

Un año, desesperados de nuestra pobreza, aderezamos con sus mejores galas al niño más necesitado de aire puro y le enviamos á un pueblo lejano, en donde le espera un cariñoso pariente. Entonces es cuando comprendemos lo que hace sentir un convoy en marcha. ¿Vas contento, hijo mío? preguntamos.—¡Sí, muy contentol, contesta el pequeñuelo. Pero el tren va á partir y el niño se enjuga cabizbajo una lágrima—¡No llores, chiquitín!, le gritamos. ¡Animo y á reponerte, pronto volverás! Arranca el tren y el niño se asoma por debajo del brazo de un viajero corpulento. Allí está con su figurilla tierna y hermosa. —¡Adiós, chiquitín mío, adiós! Una gorrieta se agita en el aire y un blanco pañuelo cubre unos rasgados y húmedos ojos.

El tren ha partido. Un ilustre escritor se ha reído de ese momento, gritando con

sorna:—¡Adiós, hasta el valle de Josafat! Pero quien mira partir á un hijo no se ríe. ¡Pobrecillo! ¿Volveremos á verle? Estamos apesadumbrados de haberle dejado marchar. ¡No; el año que viene no sufriremos tanto y si podemos romper un eslabón de la cadena que nos sujeta, viajaremos también, pero todos, ¡ah, sí!, todos juntos!

DECADENTES

Paseo de coches del Retiro, frente al pabellón del Ayuntamiento.—Es de noche.

Ramiro, dieciocho años.—Nicolás, dieciséis.

Ramiro.—Te digo que no hay motivo para afligirse. ¿Que han derribado el circo de Colón? Un barracón menos. ¿Que van á convertir el circo de Parish en teatro? Un sitio de esparcimiento más.

Nicolás.—Sí; pero los *clowns*, las pantomimas...

Ramiro.—*Arrière*, hijo mío, *arrière*.

Nicolás.—Los gimnastas, los equilibristas, las Amazonas...

Ramiro.—Todo eso pasó para no volver. Es viejo, gastado, cursi. *No nos dice nada.*

Nicolás.—Pues á mí me gustaba mucho.

Ramiro.—¡Ya lo creo! Porque no lees, ni viajas, ni te modernizas. ¿Tú sabes quién es Nietzsche?

Nicolás.—No lo sé. Perdona.

Ramiro.—Pues entonces no te has enterado de cómo el moderno ideal, lejos de ser fortificador, es enervante. Todos esos espectáculos de fuerza brutal y de belleza también brutal, no son propios del *super-hombre*.

Nicolás.—Pero, ¿nosotros somos *super-hombres*?

Ramiro.—No; tú eres un *infrasimio*.

Nicolás.—¿Un infra qué?

Ramiro.—Un atávico, un rezagado, un rastacuero.

Nicolás.—Mira, no me faltes, ó te demostraré que no tienes nada de hombre ni de super.

Ramiro.—¡Las pantomimas! Pero, ¿tú no has admirado á la Blanca y verde Iggius? ¿No has visto á los actores saltar en calzoncillos por encima del lecho? ¡Aquellos son *mimos*! Y ella... ¡oh!, qué mimosa! Cálida, esbelta, lilial, amada, una mujer en *a* mayor, *pálida*, *cual las alas blancas de ánaes*, *que vagan unánimes*.

Nicolás.—Los ánaes... ¿Qué tienen que hacer aquí los ánaes?

Ramiro.—¡Si lo que cambian no son los espectáculos: es el arte todo! Nuestros abuelos buscaban ideas, nuestros padres sentimientos, nosotros sensaciones, y acaso

nuestros hijos querrán sólo vibraciones inconscientes. Volvemos á lo ingenuo. ¿Te gustan las mujeres desnudas?

Nicolás.—Hombre... preguntas unas cosas...

Ramiro.—Pues no: ha pasado también la desnudez clásica que tanto te gustaba en el circo. Yo no quiero las matronas rotundas, ni las amazonas pletóricas y sanas, ni las doncellas tersas de curvaturas irreprochables.

Nicolás.—Bueno. Pues que no te las den.

Ramiro.—Yo amo lo vago, lo plácido, lo decaído; pero iridescente, florescente, decolorescente, insenescente... Anoche estuve en el *Japonés*.

Nicolás.—¿Tomando apuntes para algún monólogo?

Ramiro.—No; admirando á aquellas mujeres hiper-modernas, y me convencí de que sólo hay belleza en los ojos sin brillo, en las líneas desmayadas, en lo degenerado y decadente.

Nicolás.—Bueno; pues á mí me gustaba el circo. La música.

Ramiro.—Que se pegaba toda al oído.

Nicolás.—¿A dónde querías que se pegase? Las amazonas...

Ramiro.—Siempre encima del caballo...

Nicolás.—¡No, que iban á ir debajo! Los intermedios...

Ramiro.—Cómicos, por supuesto. Bofetada y tente tieso. ¡Buen manjar de palurdos!

Nicolás.—Y de niños.

Ramiro.—Ya no hay niños.

Nicolás.—¿Tampoco? Pues de super-niños, y de hiper-chicos y de proto-niñeras. Y mío. Porque yo me distraía mucho con todas aquellas tonterías, que no serían delicuescentes ni todo eso que dices, pero que me divertían sin echarme á perder.

Ramiro.—D'Annunzio...

Nicolás.—Déjate de anuncios.

Ramiro.—Sienkiewicz...

Nicolás.—Háblame en castellano.

Ramiro.—Pues en castellano te digo que hay que renovar todo en arte.

Nicolás.—¿Y en lo demás?

Ramiro.—En lo demás... todo es indiferente. Todo es inanidad. Estamos haciendo una revolución...

Nicolás.—¿Una revolución! ¿Sabes lo que me ha dicho mi papá?

Ramiro.—¿Qué?

Nicolás.—Que todo eso del *decadentismo* es una farándula para separar á la juventud de los ideales verdaderamente modernos y hacerla esclava de la forma; que

aparentáis indiferencia por las cosas del pensamiento, para ocultar que sois retrógrados; que estáis haciendo el caldo gordo á los neos.

Ramiro.—¡Chiquillo! ¿Tú sabes siquiera lo que es decadentismo?

Nicolás.—¿Quiéres palabras raras? Pues es un estado de degeneración, un afán desmedido de originalidad, una enemiga feroz á la lógica, una *egolatria* malsana, un desprecio de todo lo noble, un verbalismo escéptico, un misticismo disfrazado, una embriaguez de lo contradictorio, una pasión de lo nimio, de los versos *trípodes* sin armonía, de los dibujos sin relieve, de los párrafos extravagantes sin ideas. Un odio á la ciencia que se supone fracasada, á la vida que se disputa estéril, á los ideales que se tacha de vanos. Y todo, ¿para qué? Para venir á fin de cuentas á caer en el más vergonzoso ultramontanismo.

Ramiro.—Niño, estás elocuente. Sabes más de lo que yo te he enseñado. Aficionado al circo, haces preciosos juegos malabares. Pero discutes teorías, y eso está *de-modé*.

Nicolás.—¡Cál! No lo creas. Esas son voces que hacéis correr los *Luisés*.

UN COBARDE

Fué cuestión de pocos minutos: subió el anciano la escalera del ministerio. Le dijeron... ¿Qué le iban á decir? Lo de siempre: que había que esperar. ¡Esperar! A los veinte años eso es hermoso; á los sesenta y cinco no lo es tanto. Sacó un arma y se suicidó.

¡Loco!—dijeron unos.—¡Criminal!—gritaron no pocos.—¡Cobardel dirán mañana los filósofos sin agallas.—Ello es que se mató. *Requiescat.*

Un suicidio á lo Werther es siempre simpático á los ojos de la muchedumbre. Y, sin embargo, es cursi. ¡Matarse en la flor de la juventud porque una Carlota no puede amarnos cuando hay tantas mujeres bellas, dignas, honradas, tiernas, esperando á un hombre que sepa ayudarla á cortar el pan á los niños! Ello es que el público lo perdona y aplaude. Pero, ¡matarse á los sesenta y cinco! Eso no place á la galería. Ella quiere

que se mate y se muera por amor. Pero por amor ni se mata ni se muere. Se mata por pasión brutal, y cuantos amenazan de muerte á las queridas por celos ó suprimen á su rival ciegos de satiriasis, suelen dejar á la mujer propia, sin pan y sin afecto en mitad del arroyo.

No. El pobre señor se mató porque ya no podía más. Imaginad un empleado probo, inteligente, candoroso, digno. Un cuarto de siglo ha asistido el pobre hombre á su oficina, con la puntualidad del perro que acude en busca de los dones del amo. Supongamos que tiene familia. La mujer alisa la felpa del sombrero raído y arregla los pliegues de su corbata.

—¡Cuidado con el frío! ¡Que mires bien si el tranvía se acerca! ¿Llevas pañuelo? ¿Y cigarrillos? ¡Adiós, adiós! Y el buen señor se aleja volviendo la cabeza á ver si su mujer se ha acordado de asomarse. La ve y hace con la mano una despedida cariñosa. Los vecinos se ríen y dicen á coro:—¡Vaya, y que es ridículo ese pobre D. Bonifaciol

A las siete horas vuelve. Ya están levantados los niños, y al verle venir palmotean. El llega con su paraguas ó bastón bajo el brazo, cuando no con un grueso legajo de expedientes que tiene que despachar por la noche.—¡Pero hombre—le dice la mujer, se

conoce que quieren que te revientes por mil quinientas pesetas! El calla y sonrío; ó bien contesta que el señor director es muy bueno y el jefe del negociado una bella persona; que hay mucho trabajo y es justo ayudar á los pobres.

Otro día llega resplandeciente de júbilo. Un farmacéutico ha imaginado un prodigioso específico, y se propone repartir veinte mil prospectos en provincias. Le ha encargado escribir veinte mil fajas á duro el millar. Tiene lo menos dos pesetas seguras vendiendo todas las noches tres ó cuatro horitas. Así la hija mayor podrá tomar el preparado ferruginoso y comprarse el libro que necesita para seguir la carrera de maestra. Hierro para el cuerpo y para el espíritu, el niño tomará la emulsión y vestirá pantaloncito nuevo. La mujer tendrá botas y quedará todavía para reponer la despensa un poquito y pagar lo que se debe á D. Salvador.

—Y tú, ¿qué necesitas?— pregunta la mujer cariñosa.

El sonrío y contesta:

—Yo nada necesito, si no es... que no me dejen cesante.

Pues le dejan. El ministro quiere reducir la plantilla de auxiliares y aumentar tres plazas bien dotadas para tres paniaguados.

Se acabó. Ya no sale el pobre de casa. —¿Qué habrá pasado á D. Bonifacio? ¡Bah! Se habrá muerto. ¡Todavía no, señores, todavía no!

Falta ver á los suyos sin comer. ¿Para qué relatar miserias? Pasan así tres años. ¡Vaya unos tres añitos! ¿Cómo se puede resistir de este modo? Nadie lo sabe ni le interesa. El pobre ha quedado en los huesos y, lo que es peor, los suyos le recriminan. El hambre no es piadosa. Pero el desdichado hace cuanto puede. Todos los días va al ministerio; pero ya nadie hace caso de aquel pelma. Y el cesante compadece al ministro que está muy ocupado, y al director que no puede hacer todo lo que quiere. Ha corrido Madrid de un extremo á otro y ha importunado á todo el mundo.

Ya se sabe: hay que atender á mucho pediguño. Entre tanto, hace recados y reparte esquelas de defunción. Se muere mucha gente. Todo el mundo se muere, menos él.

Y un día piensa que es un estorbo, que á su mujer la recogerían unos parientes, si él faltase; que el niño entraría por recomendación en un colegio; que la niña podría invertir lo poco que gana, dando lecciones y recosiendo, en adquirir su título. Sale de casa.—¡A ver si hoy haces algo!—dícele la

mujer huraña. Al balcón no se asoma; entre otras razones, porque la casa ya no tiene balcón.

Llega al ministerio. Tampoco puede ver más que al jefe del negociado, quien con franqueza brutal le advierte que pierde neciamente su tiempo. Un sudor frío corre por sus sienes y las piernas le tiemblan. No ha comido en tres días. Baja la escalera confuso y mareado. ¡Bah! Esto se acabó. Saca una navajita con que cortaba el papel de las fajas y se mata allí mismo. Su cuerpo rueda en aquella escalera por la cual subió tantos años. El sainete ha acabado. Aplaudid, curiosos.

El ministro, el director, el jefe, el oficial, los compañeros lo saben y lo sienten mucho. ¡Pobre D. Bonifacio! ¡Era un empleado ejemplar! En fin, á otra cosa. La gente se entera por los periódicos y dice á coro:

—¡Hombre, otro suicida! ¡Cobardón, más que cobardón!

La mujer es recogida, como suponía el infeliz, por unos parientes; el niño va á un asilo; la hija recoge su título, merced á una limosna ó á una venta, y llega á auxiliar de una escuela. Allí la oiréis enseñar á las niñas que todo lo tiene Dios maravillosamente dispuesto, y que lo primero es conservar el orden social.

EN LA CARRETERA

Trenes que salvan en poquísimas horas distancias enormes, automóviles que corren aún más que los trenes, cortes que se trasladan de una á otra población, sin detenerse en ellas más tiempo que el que pueden durar las flores de los banquetes y las ovaciones de artificio: eso es lo que da de sí la actualidad. Y á fe que no es poco. Correr, correr de un modo vertiginoso, incesante, sin saber á dónde ni á qué. ¿No es ésta la característica de una generación que, huyendo de sí misma, ha convertido la velocidad en fin como el corzo, y el vuelo en suprema aspiración como la golondrina?

Queremos hacerlo *todo al vuelo*, como la niña de la dolora. Esos millonarios que en París y en Madrid, en los itinerarios vieneses como en las carreteras cantábricas, precipitan sus máquinas por las pendientes más escuetas á razón de más de cien kilómetros por hora, padecen una obsesión, una fiebre

del vértigo, una insania de la velocidad que era antes patrimonio de los maquinistas de expreso, y que hoy lo es de todos. Somos hijos de un siglo que ha agotado él solo más hombres, más ideas, más sistemas, más dinastías, más riquezas y más descubrimientos que todos los que le precedieron. A cada paso suyo brotó una chispa, y por eso se llamó *de las luces*. En el que ahora alborea los pasos son tan rápidos, las vibraciones de luz tan continuas, que amenaza con conquistar el dictado de siglo de las llamas ó centuria del desenfreno.

Es un fenómeno observado con harta frecuencia. Se camina para llegar á un punto; se corre á fin de conseguir más pronto alcanzar esa meta que parece alejarse y burlarnos. Después se ama la carrera por la carrera misma. Se quiere devorar el espacio como se desearía suprimir el tiempo; ver cómo todo se precipita sobre nosotros y pasa como las proyecciones de un aparato cinematográfico para perderse en el olvido. Y es preciso avanzar más y más, satisfacer esa sed de verlo todo, de agotarlo todo, de vivirlo todo en un supremo é inefable minuto. Mas he aquí que de pronto nuestro vehículo tropieza contra una piedra miliaria, contra un árbol rugoso y secular, y sobreviene la catástrofe. ¿Qué importa? Los

que nos sobrevivan correrán más aún, hasta que nuestro mundo se convierta en una bandada de gaviotas y nuestro sistema sideral en un inmenso nido de aerolitos.

En medio de la carretera polvorienta, que se extiende como un anillado terroso entre trigales amarillentos ó viñedos azules, gufa, con su vara al hombro, el carrero los tardos bueyes. No parece sino que los animales pacíficos van buscando en el suelo, con la mirada inteligente y hegeliana, que describe tan bien Lecomte de Lisle, las piedras más seguras, para fijar en ellas su uña rasgada y fuerte, en tanto que su cansancio asoma en espumosos hálitos á las fauces. La chicharra corea el monotonó rechinar de la rueda mal encebada, y un sol abrasador alumbra aquella alegoría de la lentitud, deshaciéndose en ráfagas ardorosas sobre las nubes de polvo del camino.

De pronto, á lo lejos, asoma un punto negro, que avanza, crece, se precipita. Es el automóvil. Llega como una aparición y pasa como un bólido, dejando tras sí olor á petróleo y tableteos de acero vivo. El labriego se sobrecoge; los bueyes se detienen y alzan sus cabezas, apesadumbradas del yugo y ornadas de flecos. Suena entonces la esquila como respondiendo al estridente campaneó ó al grito gutural de la sirena de

vapor. Nada se ve. No ha quedado ya sino la impresión de un deforme monstruo que pasa resoplando, en cuyo seno van inmóviles hombres, con ojos abultados de cristal, que parecen de díptero, y una oleada de vapor caliente. Aún suena lejano el tableteo: después la carreta recobra su perezosa marcha y el chirrido de las ruedas vuelve á sonar.

Aquello que ha pasado y se aleja es la civilización, negra, amenazadora, veloz, enemiga de toda poesía. Ni siquiera ha visto al cruzar al grupo geórgico. Lo que sigue sobre la carretera que se extiende entre viñedos ó trigales, es el pasado, la somnolencia, la fe petrificada, la resistencia al avance. Tampoco el labrador ni la yunta se han dado cuenta de que hay que caminar más aprisa y que el juguete temeroso que ha rozado los costados del armatoste es algo muy grande que ha de transformar las ideas, las costumbres, el mundo entero, resista quien resista y pese á quien pese.

Luego la carreta se cruza con una cuadrilla de segadores; también ellos caminan despacio, con sus pesados zuecos y zapatos herrados, con sus carnes tostadas mal cubiertas por sucios jirones, con sus rostros en que se ve la agonía, la angustia y el cansancio infinitos del explotado sudra. Se sa-

ludan, cruzan algunas frases y se ofrecen agua y acaso renegridos trozos de pan de mafz. La carreta se ha detenido, y en su sombra hacen alto los infelices parias. Los bueyes se desuncen y descansan en tierra, revueltos con los desheredados, mirándolos con sus ojos enormes y claros, pacíficos y soñolientos. Los otros los miran con afecto, como trabajadores que son.

Entonces se habla de aquello, del monstruo que ha pasado, de la máquina que ruge y vuela, de los hombres inmóviles, con ojos de díptero, agarrados á la pequeña rueda que impulsa y sirve de timonel.

—*¡Cousas d'o demo!*—dice el viejo capaz de la miserable cuadrilla.

No. La civilización es divina. Lo que en ella hay *d'o demo*, es el olvido con que se aleja de los viejos que sufren y de los rapaciños que lloran.

JUNTO A LOS HIERROS

Lo primero que he visto al abrir el balcón ha sido un pajarillo muerto. ¿Quién le ha arrojado allí? Alguien, sin duda, porque había en el pequeño cuerpo frío *huellas de hombres*, ó lo que es lo mismo, de crueldad. Tenía en una de sus patitas rígidas atado un bramante. La verdad: me he entristecido mucho y no he de explicar cómo y porqué. En opinión de ciertas autoridades, todo esto nada interesa al público que quiere solo oír hablar lisa y llanamente de *todo sin meterse en nada*, sin filosofías, ni petulancias, ni armas al hombro. Si no fuera por esto ya cuidara yo de citar á Catulo ante el pájaro exánime, diciendo á su Lesbia: *No hagamos caso de las murmuraciones de los viejos.*

Al lado del pájaro, sobre una maceta, he visto á los pocos instantes, vivo y moviendo sus serradas antenas, como un ciego su palo, á un saltón. Pero no era un saltón

vulgar, sino todo un *Stauronoto*, lo cual quiere decir en buen romance que era un hermoso ejemplar de langosta, de esa langosta que asola los campos de la Mancha y que este año ha visitado las cercanías de Madrid. El ortóptero se sostenía sobre las hojas haciendo girar su cabeza aplanada y mirando yo no se qué con sus enormes ojos oblongos. Avanzó muy despacio por las ramas moviendo sus largos tentáculos, y por fin se detuvo sobre una hoja lanceolada, dejando solo un imperceptible movimiento á sus grandes élitros parduzcos y sus tarsos pelosos. Acaso meditaba en la inanidad de las cosas humanas y los preceptos literarios.

El contraste entre el *alauda* y el *acridido* no podía ser más notable. Muerta y todo, la alondra representaba el día, la esperanza, la umbrosidad, la exuberancia de los bosques y los sembrados; la langosta traía á la imaginación el atardecer, las tierras eriales, los trigales yermos, la llanura infecunda, los campos en barbecho. Recordaba el plumaje, la abundancia; el corselete pardo, la miseria. Y era el fruto de la miseria y el abandono el insecto que nace de la suciedad de la tierra, como el parásito de la suciedad de los hombres, quien se encontraba libre y vigoroso, y era el bienhechor

de los campesinos quien se hallaba sin vida después de sufrir los tormentos de la barbarie y de la esclavitud.

Todos hemos oído contar á los labriegos aterrorizados cómo en medio de los barbechos y de las tierras destinadas á pastos, un día aparece una mancha que se extiende y muy pronto se espesa en miriadas de huevos. Un día, el canuto ha evolucionado, y una nube negra se alza obscureciendo la luz meridiana para abatirse sobre las campiñas más fértiles. Se oye un rumor de trueno, el cielo se nubla; es la odiosa langosta quien llega. A las pocas horas el campo, verde poco antes, parece un seco y abrasador arenal. No ha quedado una brizna, ni un tallo, ni una fresca semilla. El labrador llora entonces su desgracia é increpa á la Providencia misma por tamaña desolación y desventura.

Pero no se acuerda de los pájaros. Uno solo hubiera destruído en menos de una hora quinientos huevos. Una bandada de golondrinas le hubiera limpiado en una quincena dos hectáreas. Ese pajarillo que yace junto á los hierros del balcón, hubiera impedido la catástrofe. ¡Pero el pájaro tiene tantos enemigos! Todo el mundo procura matarle, aprisionarle, martirizarle. Ese vencedor de todas las plagas no ha po-

dido librarse de la mayor de todas: de la brutalidad de los hombres.

Yo he visto vender en la calle por un mercader á los niños mal educados golondrinas atadas al tarso, y á todos los que lo presenciaban, incluso los representantes del orden, reirse de los esfuerzos de los pobres pajarillos para soltarse de la cuerda. Querían volar y caían sobre el duro empedrado, se arrastraban y desfallecían, por fin mal heridos y jadeantes. El saltón tiene otra mejor suerte. Se le huye, porque es repugnante; no puede lucir en las jaulas ni en los escaparates de los figones. A lo sumo, se le aprisiona, para soltarle presto, para ver, cómo con sus patas nerviosas toma impulso y cruza luego el aire en caprichosos giros.

Esto hubiera matado aquello he dicho, como un Frollo pretérito, ante el ortóptero y la alondra. Aquél ha volado. A ésta la he recogido, para que la entierren los niños bajo un árbol frondoso, cerca de un arroyuelo susurrante, lejos de los eriales arenosos y de los hombres sin corazón.

LAS GORRERAS

Ello es que en Madrid hay una fábrica de gorras; es decir, una en donde los obreros se han declarado en huelga. Buena ó mala, la huelga es el arma de los trabajadores y la esgrimen. Indagadas las causas del paro se ha averiguado que la mayor parte de las obreras son niñas de siete á catorce años que ganan la ínfima cantidad de setenta y cinco céntimos semanales.

No hemos de hacer por ello un cargo al dueño de la fábrica. El hombre tiene que abaratar la mano de obra, porque los impuestos son muchos, y á más, muy elevado el precio de las primeras materias. Si puede hacer gorras con sudor de niña, ¿á santo de qué las va á hacer con seda, algodón ó paño? Si es lícito pagar tres reales por semana, ¿con qué motivo ha de aflojar cuarenta? Si en la *mecanización* del trabajo, gracias á su divisibilidad le basta tener niñas, ¿por qué ha de mantener hombres? Si para cons-

truir esas gorras le basta con instintos, ¿qué razón exige que demande inteligencias educadas?

No: no es extraño que los jornales no sean mayores. Lo verdaderamente asombroso, extraordinario, sorprendente, es que esos setenta y cinco céntimos no se hayan convertido en cincuenta ó veinticinco. Porque, una de dos: ó los padres de esas diminutas obreras no las llevan al taller por lucro, sino por sacudirse las chiquillas de encima, ó son tan pobres, tan miserables, que tomarán la cantidad que se les dé á falta de otra y, en este caso, tonto es el industrial en no rebajar la recompensa, y aun en no proponer como tal algunos mendrugos que, al cabo, aliviarían á la familia del gasto ó dispendio de una boca.

Tampoco deja de ser maravilloso que pudiendo elegir niñas de catorce años el buen señor, se contente á veces con las de siete. Entre las mayorcitas las habrá, sobre todo para quien no tiene muchos escrúpulos, apetitosas. Una niña inexperta, falta de toda instrucción, con padres que las abandonan antes que empuñar la daga de Masaniello ó la escopeta de Musolino, hambrientas, medio desnudas, no necesitaban de grandes empujes para caer. Era cuestión de céntimos. Bendigamos á ese industrial que

todavía se ha contentado con tener á sus órdenes unas cuantas adolescentes, dejando á muchas niñas pequeñas el cuidado de ayudar á las otras, cuando el trabajo se les hace penoso.

El dilema tácitamente propuesto al dueño de la—llamémosla explotación—es este: ¿Quiéres tener fábrica de gorras? Haz lo que hace el vecino y allegarás millones. ¿Prefieres ser recto? Entonces cierra los talleres, porque te arruinarás de seguro. Sería precisa una virtud socrática para no caer en la tentación de seguir la corriente y ver multiplicarse las pesetejas.

No. La culpa no es del desahogado industrial. Es del Estado, que así pone el débil á merced de los fuertes. Es de los Gobiernos, que encarecen con los impuestos el pan del pobre, para costear mitras, uniformes y levitas condecoradas; es de las clases directoras que, sancionando la libre competencia, no impiden que los niños sean tratados peor que esclavos y no fijan un mínimo de jornal, considerando que la transgresión de ese límite es un verdadero delito de estafa.

Si un hombre encontrara á una mujer hermosa suspendida sobre un precipicio y le dijera: «O te dejo en el riesgo en que estás ó has de ser mía». ¿Se diría que la víc-

tima podía elegir libremente? Si otro hallase á un anciano enfermo en mitad de una carretera y le propusiera ser socorrido á cambio de maldecir de Dios y de los hombres. ¿Sería éste un libre contrato? No; la necesidad vicia el consentimiento, y quien de ella se aprovecha para sojuzgar y esclavizar al desvalido, es tan criminal como el salteador que da á elegir á su víctima entre la muerte y el despojo.

Y hay otra causa más grande, más constante de tanta iniquidad. El capital lo es todo; el trabajo no es nada. El dinero parece pecunia, el trabajo no engendra sino sufrimiento y cansancio. Pasados que sean algunos años, el capital del fabricante producirá interés y él podrá retirarse de los negocios. Entonces esas niñas estarán muertas ó agotadas. Pero el Estado seguirá cobrando impuestos industriales, de consumos, haciendo imposible la vida en los campos, último refugio del menestral y, en cambio, no se atreverá á fijar límites á la riqueza improductiva, ni á agravarla, ni á declarar que el trabajo, lejos de deber contribuir á sostener vagos y explotadores, debe ser subvencionado, como fuente de bienestar y riqueza por quienes lo son.

Yo no sé los años, las centurias que estaremos los hombres de buena voluntad pre-

dicando en desierto, enemistándonos con los fuertes, perdiendo fortuna, posición, influencias que la adulación nos reportaría á cambio de una sonrisa de la verdad. Lo seguro es que llegará un día en que los hombres se escandalizarán de que en nombre de la justicia, de la caridad, del orden, de la virtud, de la religión y del bien, hayan podido durante siglos los peores, con el apoyo de las armas y de todas las mujeres devotas, perpetuar desigualdades é infamias que sólo pueden defender la ignorancia y el crimen. Entonces y solamente entonces, dejarán los hombres de arrebatarse el pan á los niños y un suspiro inmenso de bienestar, al pasar sobre nuestros osarios, nos recompensará de una vida entera de obscura y penosa labor.

EN LA HUERTA

Había ya cerrado la noche; ráfagas vivificadoras de un aire puro y oxigenado, coluñaban la hinchada copa de las morenas; el aroma de los azahares y los jacintos flotaba en los espesos ramajes; un rumor solemne se alzaba sobre adarves y partidores y, en el cielo esmaltado, las estrellas rompían en parrandas de luz.

Agigantadas y multiplicadas las sombras, mostrábase la huerta aún más grande, más soberana. Sobre ella parecía cernearse todo el genio musulmánico y dormitar en la noche nupcial, en el seno de las frondosidades silenciosas, como duerme en su capillo el gusano.

Y, flotando sobre los albardines rojizos que cabalgan en las lomerías, subían á las nubes tenues columnas de humo azulado, como movibles y retorcidas columnas salomónicas, sosteniendo la azul y tachonada cúpula, ó como incensarios de un templo

dicando en desierto, enemistándonos con los fuertes, perdiendo fortuna, posición, influencias que la adulación nos reportaría á cambio de una sonrisa de la verdad. Lo seguro es que llegará un día en que los hombres se escandalizarán de que en nombre de la justicia, de la caridad, del orden, de la virtud, de la religión y del bien, hayan podido durante siglos los peores, con el apoyo de las armas y de todas las mujeres devotas, perpetuar desigualdades é infamias que sólo pueden defender la ignorancia y el crimen. Entonces y solamente entonces, dejarán los hombres de arrebatarse el pan á los niños y un suspiro inmenso de bienestar, al pasar sobre nuestros osarios, nos recompensará de una vida entera de obscura y penosa labor.

EN LA HUERTA

Había ya cerrado la noche; ráfagas vivificadoras de un aire puro y oxigenado, coluñaban la hinchada copa de las morenas; el aroma de los azahares y los jacintos flotaba en los espesos ramajes; un rumor solemne se alzaba sobre adarves y partidores y, en el cielo esmaltado, las estrellas rompían en parrandas de luz.

Agigantadas y multiplicadas las sombras, mostrábase la huerta aún más grande, más soberana. Sobre ella parecía cernearse todo el genio musulmánico y dormitar en la noche nupcial, en el seno de las frondosidades silenciosas, como duerme en su capillo el gusano.

Y, flotando sobre los albardines rojizos que cabalgan en las lomerías, subían á las nubes tenues columnas de humo azulado, como movibles y retorcidas columnas salomónicas, sosteniendo la azul y tachonada cúpula, ó como incensarios de un templo

más grande que las mezquitas de Suleyman, más ingenuo y más bello que la ermita de la Fuensanta.

Tras de los encañados y respaldizos danzaban los gusanos; entre las junturas de las atobas correteaban microscópicos seres fantásticos; sobre las nacientes tahullas silbaban los faunos y encima de las palmeras acaireladas que destacaban sus brazos sobre el cielo, como cuerdas de un arpa, parecía estallar el beso del alma de la huerta, fuerte como el panizo, morena como el fruto jugoso de la palera.

De Monteagudo á Carrascoy, del Miravete á Alcantarilla, sobre la inmensa alfombra verdegueante de infinitos matices, alzábase un misterioso rumor como el de simientes que estallan, cortezas que se hienden, aguas que se deslizan, hojas que se columpian é insectos que baten sus transparentes élitros sobre el metálico corselete.

La huerta es la abundancia, es la riqueza, es la felicidad.

Y he aquí que, á lo lejos, suena el punteado sutil del guitarró y canta el huertano:

«Entre flores y frutos
y panochares;
¿quién dirá nuestras penas
en sus declares?»

La voz es triste, lastimera, y el punteado le presta relieve con un maravilloso mordente y arpegio. Tras breve cadencia la canción prosigue:

«Manque son hombres,
no quieren ver los ricos
llorá los probes.»

La voz se desvanece, recobra la noche su calma mística, extiéndose por el bosque otra vez el sublime silencio y una sensación de infinita amargura parece impregnar el espíritu de melancolía y tristeza.

Es la huerta exuberante, maravillosa, opulenta; de sus ramas penden los frutos como las campanillas de las andas; en las tahullas brotan las espigas como en el mar los oleajes; en los surcos crecen los gérmenes como en los *Cabezos* el argéteo filón; en la hondonada asoma el pimentonero y en el arcón teje su envoltura el gusano. Y ¡allí hay miseria y dolor é infortunio! La razón se resiste á creerlo. En el páramo la desolación se comprende, no en el emporio de la magnificencia, donde la naturaleza prodiga sus dones. Allí debe haber para todos. No es justo que sobre á los hombres lo que puede faltar á los ancianos, á las mujeres y á los niños.

¡Ah, qué espléndida huerta! La ensalza-

ron los genios, la cantaron los vates, poetizaronla los narradores y aún está todo por decir y en cada uno de sus tallos aún vibra un himno y todavía de cada rama pende una estrofa. Sin perder su grandeza, sin dejar de ser ella la *señora*, un río caudaloso la serpentea y una ciudad nunca bien ponderada se tiende en su seno. Ella vió derrumbarse la suntuosa Mezquita Aljama y rodar deshechos las almenares y mudarse los hombres y pasar los siglos y siempre permanece la misma, ornada del ceñidor de sus ríos, calzada de las sandalias de sus pequeños huertos olorosos, con arracadas de granos de maizales y diademas de pétalos. Y, orgullosa de su grandeza, embelesada de su excelsitud, mira como las barracas humean en honor suyo, como pebeteros de sábeos perfumes, y como se pueblan sus sendas floridas y como, descubriendo las frentes para rendirle acatamientos, veinte generaciones de poetas pasan y cantan.

No. En su regazo amoroso y tibio podrá albergarse la miseria, podrán verter lágrimas las mujeres, sollozar los ancianos, gemir los niños, hasta que sobre el valle, una aurora, se dibuje la gigantesca sombra del dedo de Dios. Pero hay en su frente escrita una frase que dibujan los pámpanos retorcidos, y proyectan las ramas y que, co-

mo inscripción mudéjar, se encuentra en lo más oculto de sus frondas y en lo más abierto de sus riberas y se esconde en el cáliz de sus rosas de cien tonalidades y en el de sus clavelones sangrientos. Y esa frase es una afirmación de la Huerta que vibra y se repite en el valle, hasta herir las montañas, hasta besar las nubes, hasta hendir y llenar el espacio intersideral. En prados y espesuras, y macizos de flores y cumbres de hojarasca, un eco repite con voz tierna y profética lo que la Huerta siente y quiere:
¡ Yo soy para los míos!

PLUMAS REMUNERADAS

Ello es que los periodistas demócratas tenemos la culpa de todo cuanto viene ocurriendo en este desdichado país. Vendemos nuestra pluma. Tal es, al menos, el sentir de ciertas eminencias cultísimas. Escribimos, no por amor á la verdad, ni á la justicia, ni á principio alguno que digno de respeto y adoración sea, sino por *remuneración*. De este modo, la opinión imparcial y sensata así debe hacer caso de nuestras declamaciones y censuras, como de las mismísimas coplas del buen Calainos.

Y vean ustedes hasta qué punto es verdadero el refrán inglés que asegura ser el diablo un pollino. Puestos á vender nuestras plumas, hemos ido á ponerlas precisamente al servicio de quien peor las paga. No las hemos ofrecido á los gobiernos monárquicos, que dan credenciales, disciernen mercedes, otorgan cátedras, confieren actas, encargan Comisiones, subvencionan diarios

y regalan cruces y diplomas. No las hemos ofrecido á las congregaciones religiosas, que explotan diócesis, dan beneficios, forman camarillas, prodigan prebendas, procuran dotes, crean poderosas industrias, facilitan encumbramientos y dan en este mundo chocolate y licores y en el otro la vida eterna. Ni siquiera hemos sido tan avisados que las hayamos depositado á las plantas de la milicia, que dispone del Mausser, ni del caciquismo, que manda en las leyes. La misma burguesía, que tiene algo que vale más que todo lo humano, el dinero, no ha sido más afortunada en esto de contarnos por fieles devotos ni por impenitentes defensores.

No. En el afán de comerciar con nuestra pluma, hemos ido á vendérsela... al pueblo. Contentos con percibir nuestro modesto sueldo del periódico, que no nos impone opiniones ni juicios, hemos vendido nuestra conciencia, no á los ricos, no á los fuertes, no á los influyentes, sino á los que no tienen una peseta. Veán ustedes si hemos hecho un bonito negocio, y si nuestra malicia corre parejas con nuestra estolidez.

Pudiendo adular al capital, que nos habría discernido honra y provecho, hemos querido defender á los trabajadores, quienes, en pago, nos llaman vagos y burgue-

ses. Siendo para nosotros llano servir á las Universidades de Deusto y Chamartín, planteles de acaparadores de momios, hemos clamado por los infelices maestros de escuela, quienes no pueden darnos ni aun las migajas de sus mesas opíparas. Estando á nuestro arbitrio escoger entre la fortuna y la persecución, hemos preferido ser pobres, fracasados, objeto de burla ó menosprecio, á vernos ricos, influyentes, mimados, elevados á la grandeza y á la apoteosis. Todo por rendir holocausto á ideas abstractas, y servir á obreros, campesinos, niños, mujeres, ancianos, desvalidos y seres débiles que no se acordarán seguramente mañana de quien por ellos derramó tantas lágrimas ¡y tuvo que soportar tantas miserias.

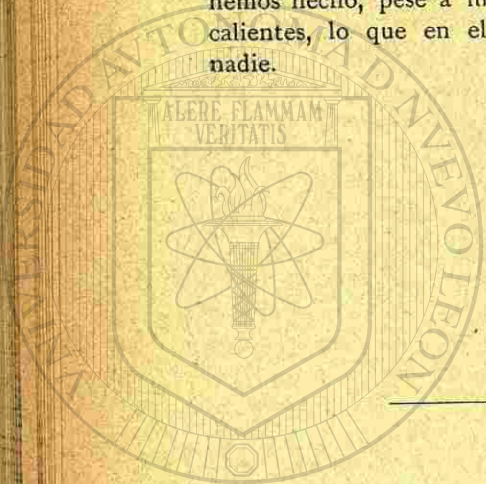
Hemos hecho un bonito negocio. *The devil is the ass*. Desde la tontería de Esaú hasta el Tratado de París, bien puede asegurarse que no ha habido negocio más desdichado y ruinoso que el que nosotros hemos hecho con nuestras famosas *plumas remuneradas*.

Otra cosa hemos hecho, según varones doctos, que maldito si sabíamos que fuera censurable: dar gusto á la opinión. A juicio de tan sabios censores, debimos ir siempre contra la corriente, ni más ni menos

que la mujer del molinero. Pero, ¡claro!, el afán de sacar al público muchos *perros chicos*, nos ha obligado á atender las quejas de las gentes, á oír las lamentaciones de los atropellados y á repetir los ayes de los descontentos. Verdad es que esos *perros chicos* no han entrado en nuestro bolsillo, con lo cual hemos pecado por una friolera. De suerte que, como el pobre Gargantúa, nos ha tocado ser malos y tontos.

Afortunadamente, y en vista de lo mal que nos va con tal granjería, es de esperar que caigamos pronto de nuestro neo y nos dediquemos á ser justos y benéficos, como mandaba la noble Constitución de Cádiz. Defenderemos el absolutismo, por amor al arte; la retrogradación, por gusto; la opresión militarista, por noble y generoso desinterés; el capitalismo, por afición, y la desigualdad, por deporte. Nos pondremos de parte del fuerte contra el débil, del poderoso contra el oprimido, del que se engríe arriba contra el que suspira y perece abajo, de los chirimbolos tradicionales enfrente de los símbolos de la Democracia; de las leyendas de la reina Maricastaña y del rey Conejo contra las afirmaciones de la indagación y de la experiencia. Seremos defensores de lo caduco, de lo gastado, de lo inútil, de lo absurdo, de lo que

parece que no tiene defensa. Todo de balde, graciosamente, sin que nos valga cosa alguna. Entonces dejarán de ser nuestras plumas remuneradas, y podremos decir que hemos hecho, pese á monsergas y paños calientes, lo que en el mundo no hizo nadie.



SOBRE EL TERRUÑO

El anógrafo.—Tú sabes, luego puedes; tienes la ciencia, eres fuerte, eres poderoso. Por mí has luchado veinte mil décadas. Se me atropella, se quiere esclavizarme; protégeme.

El político.—¿Qué ocurre?

El anógrafo.—Quieren quitarme el voto, es decir, la soberanía; los derechos políticos, ó lo que es igual, la consideración de ciudadano; los derechos civiles, la capacidad, esto es, mi condición de hombre.

El político.—Es justo. No sabes escribir.

El anógrafo.—Pero, ¿no sé pensar? Siglos y siglos he servido para enriquecer á los poderosos, he arrancado á la tierra los minerales y los frutos, he movido las herramientas y hecho girar las máquinas, he bajado encorvado á la mina, he cruzado los mares á remo, he sido productor en la paz y soldado en la guerra. He servido para el dolor, ¿no soy hombre?

El político.—Eres analfabeta.

El anógrafo.—Pero no esclavo. No sé por que nadie me enseña, no cultivo mi inteligencia porque se me explota, ignoro la verdad porque me predicáis el error. Pero tengo opinión y juicio; soy de carne.

El político.—Vendes el voto.

El anógrafo.—Le venden algunos de mis hermanos cuando les aniquila la miseria; pero, ¿no eres tú quien le compra ó los tuyos? Convertida la voluntad en mercancía, tan malvado es quien compra como quien vende. Tanto da ser Jacob como Esaú. Quien paga por pecar es peor cien veces que el que ha pecado por la paga. ¿No lo ha dicho una escritora á quien tienes por santa?

El político.—Hieres y matas.

El anógrafo.—Como tú. Sino que yo hiero por hambre, por ofuscación, por aturdimiento, por no encontrar justicia; pero tú matas por pasión ó por vicio, cuando no asesinas en bloque y hieres en montón.

El político.—Adminstras mal los bienes de tus hijos.

El anógrafo.—Mis hijos nunca han tenido bienes, y empleo en educarles la primera moneda de cobre.

El político.—Haces de la mujer tu víctima.

El anógrafo.—Te equivocas. Es el oro, no la miseria, quien la prostituye. No compran doncellas los iletrados, ni aquí ni en Rabat. El adulterio siempre es astuto; la traición, como el oro, siempre amarillea.

El político.—Te embriagas.

El anógrafo.—Porque adulteráis la bebida del pobre.

El político.—Huelgas.

El anógrafo.—Cuando no hallo trabajo ó no se recompensa.

El político.—Te vengas.

El anógrafo.—Cuando no hacéis justicia.

El político.—No; la sociedad se desquicia, la moral se derrumba, el bienestar desaparece; todo, porque sin tener instrucción, votas y gobiernas y administras y riges. Hay que arrancar tu púrpura en nombre del bien. Por el propio progreso tienes que volver á la ergástula.

El anógrafo.—Habéis gobernado sin mí cincuenta siglos, y ha sido preciso que yo me emancipe para que disminuya el hambre, se dignifique la mujer, se practique la higiene, desaparezca el látigo y se abran las escuelas. Toda la historia ha sido vuestra, y la historia es una serie de crímenes. Cuatro mil años hemos sido regidos por dioses, por héroes, por caudillos y sabios, y siempre ha

triunfado la desigualdad, y la sangre ha corrido á ríos y la ignorancia ha vencido cualquiera.

El político.—¿Y ahora?

El anógrafo.—Ahora me ilustro; somos cada vez menos. Ahora desmiento la leyenda de Edades que juzgábais dichosas, en que todo eran sombras y malestar y vergüenza, en que la *trimourti* social la formaba el hambre, la guerra y la peste. Si la cultura se difundé, no es por los sabios que la crean, sino por esas muchedumbres ya emancipadas que la viven.

El político.—Despojándote de derechos, harás por recobrarlos, ilustrándote. En tu mano estará ser soberano ó súbdito, señor ó siervo, ciudadano ó máquina. Si no eres libre, nadie será de ello culpable sino tú. Puedes avivar el espíritu, llamar á las puertas del poder con el dorado cetro de la ciencia, y ellas se te abrirán y sus sacerdotes te darán su aspersion y sus fieles te recibirán bajo palio.

El anógrafo.—Imposible. Esas puertas han estado siempre cerradas. Ha sido necesario para forzarlas la catapulta de los hombres del pueblo. Hemos sido nosotros quienes hemos hecho justicia al genio, mientras vosotros le torturábais ó le hacíais morir. En ese templo de la verdad sólo se ingresa

por la emancipación. Sólo puede pensar quien es libre; sólo es dado ilustrarse á quien no es esclavo.

El político.—Pues te despojaré á tu pesar.

El anógrafo.—Lucharemos

El político.—Si triunfo, la victoria será para mí.

El anógrafo.—Si venzo, el triunfo será para todos los hombres.

POSTALES

Una, dos, tres, cuatro tarjetas postales. Hay que firmar en todas; estampar en cada una un pensamiento diferente. ¿Qué decir? Acaso el dibujo puede inspirarnos. En ésta hay dos gatos bebiendo leche en sendas cafeteras. ¿Diremos que la gracia tiene siempre algo de felino ó que es inútil azucarar las ideas, cuando no se puede llegar á su fondo? En esotra aparece Guignol ahorcado. ¡Buena ocasión para sentenciar que hay siempre una cuerda para la sátira, de la cual acaba por colgarse ella misma; ó que el público termina por ahorcar á sus ídolos y que lo peor es que tiene razón, porque, como todas las sibilas, adulan siempre á sus devotos! He aquí unas flores; pero ¿sobre qué pétalo no se ha escrito alguna vulgaridad? ¿Dónde está la flor que no encierra alguna metáfora chirle? Hay en esta flamante cartulina una mujer hermosa sobre cuyo seno tenemos que grabar algo melancólico,

como si esa no fuera la labor de siempre y existiera corazón femenino sobre el cual no hubiera escrito algún hombre una maldad ó un desencanto.

Podríamos escribir en todas lo mismo: que pedir autógrafos es arrojar un grano de plomo sobre la pesadumbre del talento. ¡Nuestro talento! Le hemos gastado, si lo tuvimos, en frivolidades, y ya vamos sintiendo la necesidad del ahorro. ¡Ahora, cuando hemos conseguido fijar la atención del concurso y creíamos que nos quedaban tantas cosas hermosas por decir!

* * *

Agobiados por el trabajo, tal vez aniquilados por el pesar, nos sorprende la petición incómoda. No pocas gentes dicen una sandez, y firman como en una propia patente. Otras repiten lo que han dicho mil veces, cual la codorniz vuelve perdurablemente á la estridencia misma. Algunas devuelven la cartulina en blanco... ó no la devuelven. Estos son los avaros ó los coléricos. Para todos es, sin embargo un honor ser invitados á decir una frase que deba durar algo más que la hoja diaria, que puedan rebuscar ojos femeninos ó deletrear labios infantiles, aun cuando sea preguntando des-

pués:—*Mamá, ¿quién era este señor que tenía tan mala letra y que decía estas cosas tan raras?*

Allá van las tarjetas. Coleccionar autógrafos es, después de todo, más bello que guardar abanicos rotos, tabaqueras ó retazos de cortinajes. No se perderá todo, nuestra firma podrá figurar al lado de la de *El chico de la gorra* ó la del reverendo padre Peranzúlez. Ahora, los sellos. Paguemos la gloria y hasta mañana, en que diremos, sobre una calavera ornada de pámpanos, que todo se renueva, ó sobre una vista del presidio de Ceuta, que hay muchos forzados sin redención.

* * *

No pocas veces he pensado que nuestro trabajo podría dejar de ser improductivo con la creación por la *Asociación de la Prensa* de un sello especial, cuyo importe se destinara á remediar algún infortunio y sin inutilizar el cual debieran negarse los asociados á firmar las postales. Esto tendría un inconveniente, se me ha dicho; hoy se nos pide sólo la firma, después se nos pediría la firma... y el sello.—Pues bien, contesto, no daríamos ninguna de las dos cosas. Pero, si alguna vez inutilizábamos aquel pequeño trozo de papel, nos sentiríamos sa-

tisfechos al pensar que la conquista de un modesto renombre había servido para enjugar las lágrimas de un niño ó acallar los sollozos de una mujer. ¿Que muchos firmarían sin tal requisito? Muy bien; pero colección de postales sellada sería un título á la estimación de su dueño, en vez de un timbre de avaricia. Lo fútil revestiría la púrpura de lo grande, y, siquiera una vez, la frase más vulgar tendría deijos y sonoridades de parábola. No pudiendo todos ser sabios, seríamos por igual bienhechores.

Es una idea, mala ó buena, desdichada ó feliz, irrealizable ó que puede ser llevada á la práctica, pero digna siempre de ser concretada sobre una cartulina postal, en que haya niños huyendo de la nieve, ó ancianas que imploran, ó seres felices que, viendo pasar el infortunio, le tienden los brazos.

* * *

Una colección de tarjetas de las que ahora se llaman ilustradas, revela el gusto de su dueño y no pocas veces su carácter. Son un documento que conviene estudiar. Pocas gentes se fijan en esas colecciones de retratos, de vistas, de juguetes y barajitas que hay sobre los muebles de las casas que visitamos, y, muchas veces, por ellas pudié-

ramos adivinar, mientras su propietario aparece, lo que ha de contestarnos y aun el modo cómo nos ha de recibir. Allí, sobre los veladores y los pequeños estantes de laca, está retratada la sencillez ó la vanidad, la dulzura ó la soberbia, la ignorancia ó la cultura del visitado; y, al sentir después la presión de su mano, vigorosa ó débil, nerviosa ó fría, podremos decir: «Sí; tú fuiste quien adquiriste á alto precio aquel tigre en acecho ó aquellas ovejuelas de porcelana. Tú eres el mismo que colocaste el cisne de Leda sobre el *Año Cristiano*, ó depositaste, al lado de un busto de Meyerbeer, una sombrilla de papel ó una pandereta, en que hay dibujada una escena de toros.

Y nos engañaríamos pocas veces. Porque hay algo tan personal en la propiedad, sobre todo en la propiedad en que cabe elección, como es la de los objetos pequeños, que hace que en un tapete de *crochet* ó en una bandejilla de recoger ceniza, hallemos algo que recordamos claramente cuando, ya pasados los años, evocamos la imagen de alguien que fué para nosotros piadoso ó que hundió sin piedad un arma en nuestras entrañas. Recordemos á nuestros enemigos encarnizados, á los que nos causaron tristeza y dolor, y veamos si no viene á nuestra

memoria algún pequeño objeto suyo que pudo revelarnos á tiempo lo que era aquel carácter que pudimos estudiar fácilmente y que, por nuestro mal jamás conocimos.

*
* *

Firmemos las tarjetas postales; dejemos algo tras de nosotros y permitamos á nuestra personalidad mostrarse sin reservas. El día ha sido para nosotros trabajoso y sombrío. Después de la labor nos ha sorprendido el desabrimiento ó la fatiga. Nos sentimos tristes, enfermos, llenos de abatimiento. Pero allí, sobre nuestra mesa, satinada é impregnada de suave perfume, se encuentra la tarjeta postal, esperando la huella de nuestra pluma temblorosa y cansada. En ella hay niños, ó flores ó pájaros, ó beldades juveniles helénicas, ó lagos con cisnes, ó paisajes con horizontes luminosos; algo que invita á despertar y á vivir. Pongamos nuestra firma. Al contemplar un pájaro, creeremos escuchar las modulaciones de un tierno charloteo, como al ver dibujada una costa sentiremos sobre las sienes la aspersión de una brisa empapada en nieblas. Así, lo que firmamos es nuestro pasado, evocado un instante para que depositemos sobre él, con el fruto de la experiencia la fecunda semilla de la idealidad.

LA ALBORADA DE LA MERCED

Quise ver la velada. Me había figurado una fiesta alegre, ruidosa, que tuviera algo de aragonesa y musulmíca, con punteados y rasgueos, coros y plegarias, con algazaras de ferial y suntuosidades de templo; que oliese á pólvora y á clavelones levantinos, á tocado de mujer y á flor de naranjo. Y me encontré con calles oscuras, tortuosas, semidesiertas, sin más luminarias que las de los astros lejanos, ni otras parrandas que las que preludiva el viento del Morrón y de Monteagudo al columpiar las ramas de los geranios en las rejas muzárabes.

Sobre el suelo, cubierto de finísima arena, discurrían inquietas sombras. En los balcones se adivinaban grupos de mujeres prendidas de adalias. Cruzábanse arriba oriflomas y gallardetes, pero sin color, como líneas medio borradas por la obscuridad de la noche, como encintados y nervios de una bóveda que no tuviese ningún creyente ni cobijase á ningún Dios.

Y llegó así la media noche. Me invadía una amarga tristeza. De aquella raza creyente y fanática no quedaba ni rastro; de aquel pueblo murciano, enamorado de la luz como la libélula y del estruendo como el tigre, no había ya señales. Todo estaba ya muerto, como sus maravillosas leyendas, como sus viejas y celebradas costumbres. El espíritu levantino no daba más de sí que obscuridad, silencio y duelo.

Sonó una campanada en la torre. Después otra, y al acabar de sonar las doce, el susto, el pasmo, la congoja, se disputaron en el corazón el lugar al asombro y á la admiración entusiasta. Fué algo primitivo, semibárbaro si se quiere, pero grande, atrevido, prodigioso. Súbitamente la calle convirtiése en un torrente de luz reflejada por millones de prismas, las campanas voltearon con toda la intensidad de su sonería, y un estallido horrible, inenarrable, apocalíptico, pareció estremecer el cielo y la tierra.

Más de doscientas atronadoras bombas y *doce mil* cohetes fueron disparados á un tiempo. El cielo parecía una red de fuego, y las bengalas con su luz rojiza convertían el arrabal en inmensa hoguera. Y como si aquel tremebundo estallido no saciara el ansia de aturdimiento loco de la muchedumbre, rompiendo en un fuego sólo compara-

ble al de cien baterías, por los bordes de los tejados corría la traca, reventando en dos mil explosiones como de calderas que estallan y de montes que se derrumban, sobre aquella muchedumbre, serena, sonriente, enamorada del peligro y la lucha, para la cual tanto y tan inusitado fragor era pequeño ante un solo latido de su corazón de gigante.

Deslumbrado, sobrecogido, como ante la súbita ignición de un volcán, sintiendo en la garganta anudarse la angustia y en las pupilas asomar el lloro, incapaz de resistir el cambio instantáneo de las tinieblas al deslumbramiento y del temeroso silencio á la explosión de la tempestad y del cráter, quedé incapaz de moverme durante un minuto. Y entonces miré. El templo estaba abierto y ardía en luminarias, el humo del incienso salía por sus puertas en azuladas nubes y un coro de niños entonaba la salutación del Arcángel. Y eran en las calles tantas las luces y los acordes, tan espléndidos los adornos y colgaduras y tan hondo el fervor, que allí todo era templo. Templo que se extendía hasta la misma huerta, sin que fuera posible decir á los labios dónde empezaba el dominio del hombre y dónde acababa el templo de la Divinidad.

Todo resplandecía, bombas de luz y arcos voltáicos, cirios y vidrierías, prismas y galas,

y ante aquel hormiguero de luces los huertanos descubriáanse con unción fervorosa, como en la nave de San Pedro los magnates al bendecir las palmas, y sobre sus cabezas desnudas, pendían guirnaldas de flores de cáliz inmaculado y níveo, como penden las campanillas de plata cincelada á buril en la procesión majestuosa de las andas del gran misterio.

Y cuando, al cerrar sus puertas el templo, la religión hubo cobrado su tributo de reverencia, al són de acordes músicas, bajo un túnel de luz y verdura, sobre la fina arena que parecía una alfombra de nereida neurótica, comenzó á pasear su andar majestuoso la innúmera falange de mujeres hermosas, de aspecto helénico, de ojos como carbunclos é incomparable gallardía. Y entonces fué cuando, ante la contemplación de tanta sublime belleza y de tanta majestad subyugante, fué mayor el deslumbramiento, y el pecho, más oprimido todavía, precipitó su fuerte latir.

¡Ah, fiesta sin rival y sin precedentes. En tí vibra ese genio de la huerta murciana, que arranca en la noche su suspiro al cañaveral y dormita entre los naranjos y se ciñe con sandalias de rosas orientales y se alumbra con parrandas de estrellas. Dormida en el pasado, de que has de desper-

tar, obscurecida por impostores, detenida en la senda del progreso por explotadores y por tiranos, todo te lo perdono, región sublime. Y, atrasada ó moderna, envuelta en randas y ornada de caireles, con ímpetus arábigos é instintos guerreros, pero siempre arrogante y magnífica, como los genios que alzaron tu contraparada, como los fieros nómadas que dejaron su virilidad en tus surcos y acequias, con la bondad del ángel y el enloquecimiento de Satán, así te quiero, ¡oh, Murcia!

LA ALEGRIA ESPAÑOLA

—Lloramos demasiado—oigo decir á gentes que sólo ríen en el teatro ó en el café.—La lamentación es estéril y sólo propia de individuos y pueblos decrepitos. Si queremos regenerarnos, habremos de volver á la vieja alegría española.

¡La alegría española! Pero, ¿cuál? No será la de los soldados de la Reconquista, hambrientos, descalzos, arrastrados en manadas por el capricho de nobles y frailes. No será la de los moriscos y judaizantes, expulsados en turba y achicharrados en montón. No será la del tiempo de Torquemada, ni la del reinado del perseguidor de los comuneros y encumbrador de alemanes hambrientos y venales, ni la de la España de Felipe II, el rey sombrío, bajo el cual la nación entera vistió de luto. Menos podrá ser la de los siglos en que todo eran guerras y hambres y en que las lamentaciones de los pueblos eran tan grandes co-

mo las liviandades de la corte. Entonces, ¿cuál es la alegría española? ¿La del pueblo del monarca hechizado ó la de los autos de fe? ¿La que debió rebosar al perderse las posesiones de América ó la de los guerrilleros y cabecillas? Ciertamente, repasando la Historia del pueblo español, no se acierta á ver semejante alegría por ninguna parte.

Se cita á nuestros clásicos. Desde Jorge Manrique hasta el ocaso del Romanticismo, sólo podemos en ellos encontrar suspiros y lagrimoteos. Nuestro teatro es lúgubre y sus situaciones más oscuras resuélvense siempre, no con la ingeniosidad y la charla, sino con el cortante filo del acero. Los padres suspicaces, las damas histéricas, las dueñas gruñonas y los aventureros galanes prestan á nuestra dramática tonos sombríos, que apenas si acierta á disipar de vez en cuando el escudero con sus chanzas macabras. Cervantes podrá hacer reir á los niños y á los ignorantes; á los hombres les hace suspirar, porque en su obra hay el dejo amargo de un ideal siempre perseguido, pero que nunca puede alcanzarse; de la razón y la justicia siempre atropellada, siempre vencida y condenada perdurablemente á brillar entre el polvo y el cieno.

Descontado Vélez de Guevara, cuyo

fondo viene á ser el mismo, la decantada alegría española queda compendiada en Quevedo. Un gran escritor místico que escribió muy donosos y no siempre correctos chistes. Quisiera yo saber á qué quedaría reducida la alegría del gran satírico si se despojases sus obras festivas de todas las reflexiones pesimistas de que, so capa de sátira, están llenas. ¡Triste y desventurada alegría española, que sólo encuentra intérprete en un místico, recluso en torres, perseguido en alcázares y perturbado en celdas.

Resta... la musa anónima, la que refleja el sentir de los más, la que de la mente del pueblo brota y en su seno caliente se conserva. ¿Dónde está la alegría del romance-ro? ¿Será en los lances y lloros caballerescos? ¿Hallaráse en las hazañas de *Mío Cid* ó en las congojas de Reinaldo y Gaiferos? ¿Estará en los amores gemebundos moriscos ó en los retóricos encomios á divinidades y santos? Nuestro romancero festivo es Quevedo. Toda nuestra alegría está en San Marcos ó en la torre de Juan Abad.

Las costumbres... Eso ya es otra cosa. No hay fiesta en que no se nos hable del purgatorio, ni holgorio que no haya de desfilar antes de expansionarse por el cepillo de las ánimas. Para contemplar el sol en los campos hay que ver antes siempre los sie-

te dolores. Después, la diversión de los españoles es siempre el coso. El coso, en que arde el encamisado ó hunde la res el asta en el vientre sangriento del caballo ó del lidiador. Tenemos, además, las fiestas de pólvora, que rememoran luchas y evocan instantos guerreros. Fuera de esto, sólo quedan los cantos mudéjares que parecen lamentos y quejas, y en cuyas palabras evócase siempre la imagen de la madre muerta ó la del amor imposible. La alegría meridional es así: un fantasma que se desvanece entre el humo de los altares y el perfume de los naranjos.

Y en todas esas fiestas fulge siempre algo que no es emblema de alegría ni de bienestar; la navaja. La navaja tembladora y cobarde, que hiere á mansalva entre una susurrante frase de amor y la cadencia de una saeta dedicada á la Virgen. La navaja que lleva grabado nuestro grito de júbilo, el *jolé!*, como si todas nuestras venturas, todas nuestras alegrías y regocijos, debieran para ser españolas, recubrirse con sangre.

Hermosa es la alegría. La sana, la que nace de la tranquilidad de conciencia y del sosiego del corazón. Así se nos puede hablar de alegrías clásicas en los pueblos que sacudieron el yugo del error, la imposición de la tiranía, el grillete de la barbarie. Hablar-

nos de la tradicional alegría española, es olvidar lo que fuimos y lo que somos, repetir un tópico desacreditado y vulgar, y no percibir el gemido de la cantadora bajo el repiqueteo de las castañuelas.

LATROCINIOS

Después que el Hacedor imprimió á fuer de señor y dueño, su sello divino sobre cielos y tierra, continentes y mares, seres y cosas, subió al Sinaí y escribió: *No hurtarás*. Desde entonces es grave pecado *apoderarse* de las cosas ajenas. La coletilla inserta en el Código *contra la voluntad de su dueño*, es sencillamente un pleonasma, pues fácil es colegir que no cabe apoderamiento con justo título sino de lo que es propio, y que á nadie agrada ser despojado, aun siendo tan complaciente como el personaje de cierto pasillo, ó lo que fuere, el cual, según es fama, gustaba de que le diesen con la badila en las coyunturas.

Lo más lastimoso es que, ya sea por hambre ó por maldad, por fuerza irresistible, ó por el gustazo de llevar la contraria á Moisés, la gente roba que es un encanto, y el número de delincuentes alcanza ya una cifra capaz de aterrorizar á todos los propietarios de bienes fungibles.

Parecía natural que, puestos á robar, los desdichados colocados en tan arriesgado y amargo trance, codiciaran lo que hay mejor en sentir de los místicos y los filósofos de todos los tiempos: La sabiduría junta con la tranquilidad del ánimo. Nada de eso: lo que roban es el dinero ó cosa que lo vale. No se da un solo caso de que los bandidos lo sean de ideas sanas, de enseñanzas, de ejemplos. No se sale al camino en demanda de una ley económica ó de un nuevo procedimiento artístico, sino de la bolsa y del modesto bagaje. No se entra de noche en el hogar ajeno á sorprender tesoros de investigación, sino faltriqueras y arcas cerradas. Siendo, en fin, el trabajo fuente de todo bien, jamás aparece un escallo en depósito alguno de azadones, sino, antes bien, en joyerías, tesorerías y oficinas de banca y cambio.

Hay para ello una razón potísima. Los defensores del orden social, que antes pregonaban las excelencias de una virtud á lo Epícteto, del trabajo y la actividad, se han echado ahora á ensalzar la respetabilidad, excelencia y prerrogativas del capital. Buscando las gentes lo mejor, y declarado el capital trabajo acumulado virtud concreta, actividad solidificada y bienestar justo y supremo, tontos serían y mentecatos los Rinconetes y Pasamontes en buscar trabajo

y actividad y virtud por caminos largos y penosos, pudiendo encontrarlo todo por el real de la holganza en su concreción más completa y maravillosa.

Hubiera seguido la Iglesia predicando lo mismo que en los primeros siglos de fatigas, continuara el Estado practicando las primitivas leyes hebráicas, y á buen seguro que no fuera tan codiciado aquello que, acarreadola perdición eterna, debía perderse en el año del jubileo. Buscaríamos entonces, no el oro, signo tan solo de riqueza, sino la riqueza misma; no el numerario, medio de bienestar, sino el bienestar propio, que no se conseguiría heredando, ni robando, ni engañando á sus semejantes, sino viviendo en paz con cielos y tierra y practicando aquella moral estóica que tanto engrandeció al gran Antonino.

Pero declarar que el trabajo es algo que debe ser sometido; hacer gala de despreciarle, pronunciar que el capital es virtud y querer que no despierte jamás la codicia, es una contradicción y un absurdo. Entre acumular trabajo ó llevarse lindamente el acumulador, los hombres de conciencia flexible, que son casi todos, optan por lo segundo. Entre prepararse un cuarto de siglo para llegar á ganar seis mil reales ó apoderarse de ellos en un día, engañando, sofisti-

cando, cometiendo fraude ó violencia, eligen la senda más expedita. Y luego los de abajo, los del montón, quieren seguir igual ejemplo y entrar en el templo del bienestar por idéntica puerta; y esos son los que, casi siempre, al andar en el quicio, se cogen los dedos...

¡Y luego la historia!... Abunda en detestables ejemplos. Casi todas las reglas morales son las de Fernando el Católico, y casi todas las cuentas las del buen Gonzalo de Córdoba. Al *timo* de las ovejas de Laban precede el despojo de Esaú, y sigue una serie de guerras, contiendas, catástrofes, cuyo objeto principal es siempre la rapiña.

Apenas si se habla de bienes en la historia que no hayan sido adquiridos con sangre. Los ladrones ven esto y se engrien, creyéndose descendientes de Gengis Kan, de Alarico, y aun de los héroes de las Cruzadas. Para castigarlos urge declarar, ante todo, á la ciudad y al mundo, que la mayor parte de los héroes históricos fueron unos solemnes bribones.

Lo que no cabe es abominar del despojo de hoy y ensalzar el de hace seiscientos años; decir que el capital lo es todo y pretender que nadie lo codicie; perseguir al trabajador con trabas, exacciones, impuestos, leyes de represión y querer que la gente trabaje, de-

jar impunes los delitos y lamentar que haya delincuentes. Por acostumbrados que estemos al ilogismo, hace falta que pongamos de acuerdo la filosofía con la moral, la historia con la educación y la tierra ofrecida á los hombres con el cielo prometido á los justos.

EL ALMA ESPAÑOLA

«...¡Que me maten si no quiere mi señor volver á ser caballero andante!» A lo que dijo Don Quijote: —«Caballero andante he de morir.»

«—Hánme dicho, seor coronista—escríbeme nada menos que el *Ingenioso Hidalgo*—que un cierto caballero, no andante, sino de los que en la corte andan, desafiador de muertos, despojador de vivos y desfacedor de doncellas, que campea so el nombre de Don Juan Tenorio, dice, afirma y sostiene, por boca de vuesa merced, que él es, ha sido y será «*el alma española*»; y no quisiera yo que tal afirmación llegase á oídos de mi señora Dulcinea del Toboso, sin que también oiga decir y sepa que su enamorado Don Quijote de la Mancha no cede ni cederá jamás su puesto de primero en todo lo que sea acometer gigantes, desbaratar ejércitos, vencer vestiglos, realizar disparates no imaginados y sufrir las adversidades que aparejadas suelen traer consigo tales y tan espantables quimeras.

»Ponga el buen coronista en parangón las hazañas más con las de aquel por quien aboga, y verá que quien venció á Roldán en las locuras desafortadas, á Amadis en las melancólicas, á Palmerín en la discreción, en lo galán á Lituarte, en lo acometedor á Belianis, en lo intrépido á Perión de Gaula, en lo acometedor á Felixmarte de Hircaña, en lo sincero á Esplandian, en lo arrojado á Cirongillo de Tracia, en lo bravo á Rodamonte, en lo prudente al rey Sobrino, y en lo gallardo y cortés á Rugiero, puede y debe vencer á Don Juan Tenorio, si alguna vez éste se decide á salir á campo abierto, á pie ó á caballo, á ser desmentido por la gola por aquel á quien todo español debe imitar, por ser fiel y viva encarnación de toda una raza.»

Desde que fijé mis pecadores ojos en tal des-pacho, le diuté por contrahecho y apócrifo, no ya sólo por no llegar por el cable que al otro mundo logró tender con su maravillosa inventiva el gran Mariano de Cavia, sino aún por las mismas palabras de Cide Hamete Benengeli, quien, en la segunda parte de su obra portentosa, da á Don Quijote por muerto y sepultado «para que ninguno se atreva á levantarle falsos testimonios, pues los pasados bastan.» Cuanto más que el mismo caballero, llegado que fué al

postrero trance, reconoció ser todas las historias de caballerías embustes y embelecos, y abominó de la malicia ajena que supo acrecer la necedad propia, no sin antes decir á su escudero, como reconociendo que el ideal propio no era el de la España tradicional, sino el de la Humanidad futura: «Tú, por fin, Sancho, alcanzastes la prometedida insula; pero yo, *post tenebras spero lucem.*»

¡España representada por Don Quijote! ¿Cuál? La España tradicional, hipócrita y descreída, mogigata y escéptica, está en el cura y el barbero, en el bachiller y en Don Diego de Miranda, en los duques y Altisidora, en el ventero y Ginesillo; si acaso, en Sancho y en Tomé Cecial. Don Quijote es precisamente lo contrario: es el ansia de regeneración y equidad jamás satisfecha; es el amor al bien puesto en solfa, es la lealtad, el valor, la cortesía, la generosidad, la virtud maltrecha por salteadores y cuadrilleros, escarnecida por nobles y labriegos, burlada por dueñas y pajes y apaleada por yangüeses; es la protesta airada contra todo lo convencional, lo ruín, lo deforme, lo hipócrita, encarnado en su siglo, en el siglo de las guerras estériles y de las expoliaciones de la nobleza, de los expurgos y las galeras, de las excomuniones y de la bula *Sí*

quis suadente diábolo, de los retablos de maese Pedro y de las rondas de la Santa Hermandad.

No será tampoco la España de ahora. ¿Cómo puede representar al jesuíta quien le reprochaba entrarse á troche y moche por las casas ajenas á gobernar á sus dueños? ¿Cómo al falso patriota quien censuró que los pueblos armasen pendencia por pequeñas é injustas causas? Podrá nuestro orgullo hacernos creer que somos todos descendientes directos de Quijano, porque acometía temerarias empresas, como si quienes aquí las acometen fueran ellos á realizarlas y no mandaran á Sancho por delante. Podremos echarlo todo á doce, imaginando que es la temeridad y la brabucanería la nota de aquel carácter que Ticknor y Braadford calificaron de prudente; creemos que basta buscar aventuras para ser caballero andante, sin llevar so la celada el juicio sereno y bajo el peto el sentimiento de la justicia. Pero así, despreciándolo todo, dudando de todo, arrojándolo todo, se es Tenorio ó Mañara, no se es Quijano. A lo sumo se emula en la gallardía al caballero de los espejos y en la prudencia al del verde gabán; jamás á quien combatiendo por la razón, luchando siempre por la verdad y la justicia, menospreciando burlas y

donaires por su inmaterial Dulcinea, en la España clerical y monárquica, servil y analfabeta, convertida por validos y frailes en yermo, se retira vencido.

¡Don Quijote, representante del siglo de los Felipes, de los validos codiciosos y de los corrompidos soldados de Flandes, de los familiares del Santo Oficio y los hidalgos de gotera! ¡Quijano, encarnación de los cortesanos de Gil Blas y las doncellas de la Tía Fingida, de Monipodios y Maniferros, Rinconetes y Cortadillos, Lazarillos y Dómines Cabral! ¡El amante platónico de Dulcinea, intérprete de las aspiraciones de Don Pablos de Guzmán de Alfarache, y los no menos pícaros Olivares y Lermas! ¡El caballero de los leones, alma del siglo de Narváez y González Bravo, de Silvela y de Nocegal, de las quintas y los consumos, de las leyes de represión y del escepticismo erigido en sistema! Escuchando propósitos tales, ver me figuro al nunca bien ensalzado caballero alzarse sobre los estribos, mudada la color, centelleantes los ojos, embrazada la adarga y rebosante la cólera en su rostro cetrino, para decir:—¡Viven los cielos, donde más altos están, que no os he de pasar, malandrines, tan inusitado é injusto agravio! Yo soy el paladín de quienes padecen opresión é injusticia, el enderezador de to-

dos los entuertos, el protector de todos los débiles, el vengador de todas las ofensas, mas no el alma de una sociedad y de un siglo que así me desdoran. ¿A mí folloncicos? ¿A mí bergantes? ¿Cobardes é hipócritas á mí? Yo soy el alma de la España futura. Pero de aquí nadie sea osado á sacarme. El alma de la sociedad que pasó, es Tenorio; el alma mezquina de la presente, sólo es Pantoja.

CESANTIAS

No quiero para tí, amado Teótimo, la triste y desabrida malaventura de caer de un andamio. Con todo, si cayeres, bien podré jurar que, aun en la contingencia de salvar la pelleja, has de verte maltrecho, incapaz de toda faena y sin otro recurso que el que la industria propia ó la ajena blandura y caridad te depare. Si, por tu mal, fueres abogado, que es lo peor que acaecerte pudiera, ó albéitar, ó aun doctor por la misma Sorbona, llegado que hayas á la edad en que tórnase el cuerpo cárcel de humores y el ánima albergue de quejumbres, te hallarás á merced de la necesidad y la humillación, los dos grandes ensalmos que, en sentir de los místicos, abren la mansión de los patriarcas. Finada la labor acabaré el beneficio, según el vulgar y desconsolador, pero cierto, proverbio que establece, contra todas las previsiones de la moderna sociología, que aquel que no trabaja no manduca.

Muy otro será tu destino si, por tu ventura, fueres llamado por el rey á los consejos de la corona. Seis meses de labor bastarán á depararte treinta ó cuarenta mil reales de cesantía. Semejante en ello nada menos que á Jehová, podrás descansar después de haber pronunciado el *hágase* sobre el balduque y el papel de barba. Aunque vivas más años que Cheste, percibirás con puntualidad mensualmente las pesetas del ála. Llegado el postrero trance tendrán tus afligidos parientes con qué pagar los clísteres y emolientes y aun la propia bendición apostólica.

Tal diferencia tiene una explicación clara y completa. Quien sirve á un particular, acabado el servicio, puede morir de hambre; quien trabaja para el Estado, no. Lo que es potestativo en uno, ha de ser obligatorio á todos, cuanto más que en esos *todos* hay unos que pagan y otros que cobran. La reunión de muchos ruines constituyen, por arte de encantamiento, un pródigo. Los ciudadanos, que separados no son capaces de procurar á un infeliz el pan, juntos se creen obligados á asegurar á los opulentos la cecina. Y no es esto lo más notable, sino que el Estado, que puede dejar bonitamente por puertas á un humilde empleado que no cumplió el tiempo de la jubilación, no

exige sino la posesión de una cartera durante varios meses, para mostrarse generoso precisamente con quienes menos lo necesitan.

Ya me parece estar oyendo lo que dirás para tu sayo. Todos, cual más cual menos, servimos al Estado en la medida de nuestras fuerzas. Aun pudiera decirse que le sirve mejor el obrero que abre una alcantari-lla, que el consejero osado que nos empeña en una guerra temeraria; el peón que compone una carretera, que quien firma un tratado ruinoso; el escritor que difunde una máxima de virtud, que quien arruina con el impuesto comarcas enteras; el sabio que remedia una enfermedad ó crea un adelanto, que el ministro incapaz por cuyas culpas el pan se encarece, el campo se hace yermo, el crimen queda impune y la verdad es hollada en sus más santos fueros. Dirásme también que todo socorro, por serlo, ha de limitarse á lo necesario y nunca extenderse á lo superfluo, que, así, toda pensión cuantiosa es injusta, que la limosna ha de discernirse á quien carece de ocupación y no á los fuertes y robustos; que quien dispone de grandes prebendas viene obligado á ser precavido por el ahorro, imposible al que sólo disfruta de un jornal miserable, y que, en definitiva, hay muchas gentes cul-

tas, activas, inteligentes, desapasionadas, que desean desempeñar una cartera sin estipendio, en tanto que no hay una sola que sueñe con los vales de trabajo de Valle Hermoso y las delicias de una jornada de catorce horas al aire libre con la recompensa de dos pesetas en calderilla.

¡Válame Dios y cuán ciego es el que no ve por tela de cedazo! Tú quisieras para tí la satisfacción del deber cumplido y además una linda nómina á título de privilegio. Desearías encontrar la recompensa del propio esfuerzo y, por añadidura, una suma cuantiosa en metálico. Amar el trabajo y la virtud por sí mismos y luego llenar la alacena; ser á un tiempo Sócrates y Melito, Lais y Juvenal, Zenón y Epicuro; esgrimir á un compás la varita de las virtudes y el caduceo de las concupiscencias; calzar el coturno de la austeridad y el zueco del vicio. Eso no puede ser, amado Teótimo. La virtud lleva la recompensa en sí misma. Es la corrupción, la apostasfa, el error, la maldad, la que necesita de tesoros y joyas para tolerarse á sí propia. Por eso el sabio, el artista, el creador de ideas y de cosas, no necesita llegado á la vejez ó al agotamiento, de cesantías ni pensiones. Su premio está en las cosas mismas; en las verdades que difundió, en las obras á que co-

municó su espíritu, en los trabajos que al par que encallecieron sus manos, forjaron su alma recia en el troquel de los hombres libres. Es el corruptor, el ocioso, el concupiscente, el hombre funesto, quien necesita ver en sus manos los dineros de Judas para saber que es hombre y para conocer que ha vivido.

Por eso Cincinato no quiere preaseas; por eso las desdeñan Pelayo y Wamba; por eso las rechaza el gran Washington. ¡Pero los explotadores de pueblos, los conculcadores de soberanías, los corruptores de conciencias, los derrochadores de sangre ajena! Esos necesitan poder, riquezas, honores, algo que les haga olvidar que frustraron toda una vida, que se hicieron á sí mismos odiosos y que no dejaron tras sí otra huella que la que pueden trazar las lágrimas.

Puede el albañil caído del andamio implorar la limosna ajena, pero al estrechar la mano de un camarada sabrá que ese afecto es sincero, y en su misma mutilación conocerá que pudo, al pasar por el mundo, llegar á ser útil á los demás. Pero el consejero venal, el ministro despótico, el gobernante inepto, el poderoso sin conciencia, también necesita saber que ha hecho algo en el planeta, y si no fuera por la cesantía, ¿en qué diantre lo iba á conocer?

ADIVINOS

La alondra.—¡Qué frío! Mi plumón se cubre de escarcha y siento que traspasa mis huesos el hielo de la niebla. ¿Cuándo amanecerá?

El ánade.—Ya llega el alba. Mira cómo blanquea el horizonte; pronto se unguirá de amaranto esa nubecilla que flota sobre el lago. Pero no podré saludar el día desde las aguas, cubiertas de témpanos. ¡Si hoy pudiera quebrantarlas el sol!

El gusano.—¿Quién se queja? ¿Quién salmodia melancolías? Hacéos en el limo un alcázar, garfead en las ciénagas, ahondad en el fango, como los hierros del gánguil. Allí está el calor y la sensación voluptuosa. ¿Queréis volar muy alto, haceos un nimbo con rayos de luna, escuchar las constelaciones que parpadean, mirar al sol de frente? Aletead á vuestro donaire. Pero, sabedlo: la idealidad es fría.

El ánade.—No: es tibia, es dorada, es consoladora.

La alondra.—Allá abajo, sobre la escarcha, ¿no véis?, hay un bulto rígido.

El gusano.—¿Rastrea?

El ánade.—No.

El gusano.—Entonces no vive. Corre y dime si es algo infecto. Iré allí con mi compañera á mejorar la especie.

La alondra.—Es una mujer muerta. Tiene alzados los párpados sobre el esmeril de los ojos sin luz. Los dedos muestran su crispatura como encarrujamiento de agonía.

El ánade.—Muerta en la primavera, hubiera vertido sobre ella el granado randas de pétalos, y el almendro haldadas de flores.

El gusano.—Dejadla: es mía.

La alondra.—¿Por qué?

El gusano.—¿Queréis saber su historia? Esa mujer era linda y feliz. Una vez pasó cerca de mi escondrijo. Yo mismo ví cómo su pie menudo aplastaba á mis crías. Iba á su lado un mocetón apuesto, insinuante, de ojos grandes como flores de endrino y brillantes como lurciérnagas. Detrás de los amantes renqueaban dos viejos, embelesados en sus juegos. Andaba el galán firme y seguro; su paso mostraba su reciedumbre. La enamorada hollaba el suelo apenas, no se sabía si el eco de sus pasos era rumor de plantas de mujer ó de crías de duende. La marcha desigual de los padres recordaba la

isocronía del viejo péndulo en desnivel.

La alondra.—Es verdad. Yo también les he visto tejer arras de espigas y anillos nupciales de juncos. Por eso preludiva mi epitalamio.

El gusano.—Por eso serán míos. Cuando se ama, se muere.

El ánade.—Luego, un día vinieron solos. Se acercaron al lago, y ella me arrojaba semillas y cerezas. Después lloró, y él, sujetándola por la nuca, le dió un beso en la boca, largo, muy largo. Tuve tiempo de alisar al sol mi plumaje.

La alondra.—¿Y qué más?

El gusano.—Nadie lo sabe. Pero yo os lo diré, porque he registrado muchas fosas y soy adivino. Los viejos murieron de pena, y él la abandonó. Al canto de Tíbulo sucedió la ironía de Nason. Se vió perdida y se arrojó al torrente del vicio. De allí salió con el alma maculada y el cuerpo marchito. Al fin, ya lo véis, ha venido á morir al teatro de su efímero triunfo. La noche la ha sorprendido hambrienta y fatigada y se ha desplomado en ese fango que antes aplastaba orgullosa.

La alondra.—No, no es esa su historia. Yo he escudriñado muchos nidos y sé mejor que tú adivinar lo imperscrutable.

El gusano.—Cuenta.

La alondra.—Cuando ella se vió abandonada, lloró. Lloró tanto como esas gárgolas que, en las iglesias derrumbadas, parecen destilar en las noches de niebla el llanto pausado de la perdida fe. Después resignóse y fué buena. Trabajando con ansia y fervor noche y día, sólo tuvo un propósito: redimirse. Quería allegar un pequeño tesoro para buscar el sitio en que sus ofendidos viejos reposaban su sueño místico y adorar aquella sepultura recubierta de musgo y oreada por jirones de niebla trémulos. Quería arrodillarse allí, para depositar temblorosa el premio de todas sus ansias, el fruto de todos sus desvelos, para morir al fin con las manos cruzadas, cerca, muy cerca de sus viejecitos.

El gusano.—¿Tú qué sabes?

El ánade.—Calla: tú hablas como gusano y ella como alondra.

La alondra.—Pero un día supo que, muy cerca de allí, su seductor desfallecía de desesperación y de angustia. Había dispuesto de una suma que no era suya; tenía que devolverla antes de salir el sol, y si no acertaba á cumplir tal designio su crimen sería descubierto y él deshonorado para siempre. Entonces, todas las memorias de la triste reverdecieron, todas sus glorias de adolescente fueron evocadas. Sintió sobre

su corazón la opresión tierna del pecho del infame, y en sus labios el áscua de aquel beso tan largo, tan largo, que el ánade pudo, mientras duraba, alisar sus plumas. Quiso devolverle honor por infamia y amor por olvido. Abrió su cajita de sándalo, sacó de ella las pequeñas monedas y le pareció hallar sonrisas en sus exergos; recogió los papelillos policromos que representaban tanta labor y creyó hallar ósculos en sus cuidadosos dobleces. Había que partir, llegar con el alba; lo exigía la salvación de su propio verdugo. Y emprendió la jornada por el mismo camino en donde tantas veces, escuchando mi melopea, aplastó á un tiempo mismo gusanos y clemátidas con sus pies menuditos como crías de duende.

El gusano.—¡Oh, imaginación; por tí somos ciegos!

El ánade.—¡Oh, bondad; por tí somos salvos!

La alondra.—La noche era oscura y el cierzo frío. Caminó durante mucho tiempo guiándose en la sombra por adivinación, por instinto, y perdió la senda finalmente. Después de tres horas de marcha, sintió el invencible deseo de arrojarle sobre el ribazo, en donde bordoneábais un casi imperceptible rumor tú y los tuyos. Mas la noche daba en la cúpula estrellada su vuelta

solemne, y un gallo modulaba muy lejos su marcial égloga. Había que llegar; llegar antes del alba. Y un frío mortal, un desfallecimiento supremo, apoderóse de la infeliz en el total silencio de la noche augusta.

El ánade.—¿Y no llegó por fin?

La alondra.—No llegó; ya lo ves. Allí yace tendida como una Mireya del frío. Para ella, la muerte; para el miserable, la infamia. ¿Y qué menos?

El gusano.—¡Pscht! No está mal. Tienes portentosa facundia. No has abusado del adjetivo. Hay ambiente; hay algo...

Voces lejanas.—¡El sol! Mirad cómo se eleva y derrama en haces la luz. ¡El valle, la montaña, el lago, todo se funde en oro! El disco del astro se eleva. ¡Es la consagración del día!

El ánade.—La Naturaleza siente en su frente el espasmo de un beso. Voy á alisar mis alas.

El gusano.—Yo me retiro al fango, adentro, muy adentro, á lo más hondo, á donde toman las raíces su savia. Voy á la tierra madre.

La alondra.—Yo, á la luz. ¡Arriba muy arriba!

LAS ALMAS MUERTAS

Quando comienza á caer la lluvia en el campo, menuda, insistente, y la tierra parece entreabrir sus entrañas para recibirla en su seno; cuando semeja el horizonte vaga humareda y el cielo una cúpula plumiza; cuando á las ráfagas del otoño contestan con gritos de huida las bandadas de alondras, y los árboles con desplomes de seca hojarasca; cuando las cresterías de la sierra blanquean y comienzan en el hogar á crujir los sarmientos, es cuando parecen languidecer ante la infinita tristeza de las cosas las almas muertas.

¿Cuántas son? Contad todos los pétalos agostados y todos los troncos despojados de lozanía; numerad los nidos vacíos y los jirones de niebla sin destellos, los senderos solitarios y los trigales sin espigas, las gotas de lluvia sin rumores y los granos de arena sin tallos. Otras tantas son esas almas, consumidas en el recuerdo, agostadas en la

pesadumbre, aniquiladas en el pesar irremediable, en el desconsuelo supremo del amor á cuanto ha pasado y ya no ha de volver.

No ven en el terso lago á los cisnes que alisan sus albos plumajes, sino la temblorosa estela que dejan en las aguas como un fugitivo reguero de luz; no ven en el fuego los haces de chispas, sino la negra columna de humo, que se eleva sobre los albardines, para perderse en el espacio, en el misterioso regazo de la noche estrellada; no contemplan el oleaje que estrella sus ansias de titán en la costa, sino el lloro de las rocas, cubiertas de desmayadas algas, cuando el mar se retira; no oyen el són de la campana que cae con el crepúsculo, sino la vibración que luego queda y descende á los valles como un sacudimiento agónico, para perderse en las hondonadas y en las reconditeces del yermo como un eco de dolor implacable y de despedida mortal.

Vagando por el espacio esas almas, no se ven, no se reconocen y son hermanas. Pasan las unas junto á las otras, sin sentir el roce de sus blancos sudarios. Gimen, y sus sollozos quedan siempre en la vaguedad del ensueño. Ellas son las que llaman á los sepulcros donde nadie contesta y recorren los claustros de las góticas catedrales antes que

asome el alba, para bañarse en un imperceptible rayo de luna, y buscan en los troncos de los almecees los juramentos de los soterrados amantes, y en las hendiduras de las rocas las huellas de los guerreros de antaño. Para ellas el presente no existe y es solamente un interrogante el porvenir. El pasado lo es todo, porque esas almas muertas que pasean su soledad en cuerpos de autómatas, esas, no olvidan.

Y el olvido es preciso para poder vivir. No olvidar es tener siempre en el oído las viejas canciones y en ellas entretajidos todos los ayes, todos los suspiros, todas las despedidas que han llegado á nosotros. Es mirar siempre abiertas muchas fosas, donde hay revueltos cabellos blancos y rubias guedejas, muchos hoyos sombríos que nos atraen, y que en la soledad del campo sombreado de cipreses nos llaman. Es sentir siempre el estupor del vacío ante las muchedumbres, porque en ellas nos faltan los nuestros bien amados, y ante la realidad, porque no laten en ella ya los ideales. No olvidar es sentir siempre el primer aleteo del Ángel de la Guarda que pareció mecer nuestra cuna y que huyó de nosotros horrorizado al ver en nuestros labios la primera sonrisa escéptica.

No busquéis á esas almas. Veréis sólo semblantes risueños, expresiones afectuosas

y alegres, gestos de bienestar ó de triunfo. Detrás de aquellas máscaras estará ó no el fantasma del alma muerta que ya no cree, que ya no espera, que ya no lucha, que llora en silencio. Y cuando estéis muy lejos, cuando el alma muerta se encuentre sola, cuando sea mayor la obscuridad y todos los ecos se apaguen, el alma pasará á vuestro lado sin veros, preguntando á todas las plantas por sus flores, á todos los astros por sus destellos vivos y luminosos, á todos los pájaros por sus trinos, á la Naturaleza entera por su armonía, que ya no encuentra, y á todo el universo por su idealidad, que ha perdido.

Fueron demasiado ardientes y se abrasaron; vivieron muy deprisa y murieron. Pusieron en la primera ojeada toda su existencia y no ven; en el primer beso dejaron toda su pasión y no sienten; en su primer esfuerzo dejaron su actividad completa y no viven. ¡Ah, pobres almas muertas! Amaron lo absoluto y en él se han fundido, como se pierde la luz en el seno del viento y la gota que cae de las nubes en las olas del mar.

Pero la muerte no puede ser definitiva. Muertas por el dolor y la injusticia, aún esas almas pueden revivir. Un llamamiento, un grito, aún puede despertarlas. Basta para ello que en este mundo solitario, brille una luz de idealidad, de razón, de equidad

suprema, y que en ese cielo que el análisis ha dejado vacío se dibuje de nuevo, soberana y severa, gigantesca y sublime, la sombra de la mano de un Dios, cuyo solo nombre evoque la esperanza.



INDICE

| | Págs. |
|-------------------------------------|-------|
| DEDICATORIA. | 5 |
| Cosas de Enrique. | 7 |
| La torta de Reyes. | 14 |
| Tarjetas. | 19 |
| Proletariado intelectual. | 24 |
| Centenario. | 30 |
| ¡No me conoces! | 34 |
| El tálamo. | 41 |
| El espíritu del Carnaval. | 46 |
| Terra-cotta. | 55 |
| Indultos. | 59 |
| Burghers en la luna. | 63 |
| Resurrección. | 68 |
| El por qué de los solteros. | 74 |
| Al vado ó á la puente. | 80 |
| La ola. | 87 |
| Bohemios. | 92 |
| El escote. | 97 |
| La gracia de Dios. | 102 |
| Doctores y maestros. | 108 |
| Bobadas. | 113 |
| Tribunales de honor. | 118 |
| La pipa. | 124 |
| Belleza para todos. | 130 |
| La partida. | 136 |

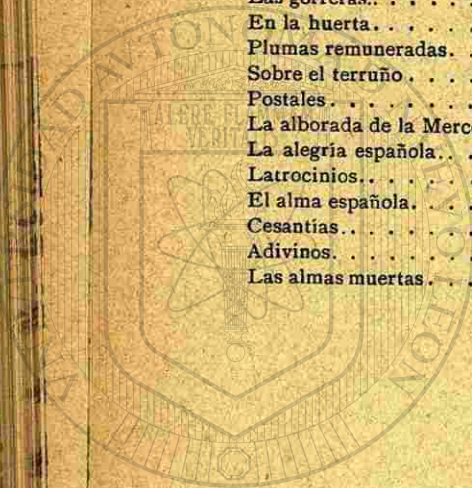
suprema, y que en ese cielo que el análisis ha dejado vacío se dibuje de nuevo, soberana y severa, gigantesca y sublime, la sombra de la mano de un Dios, cuyo solo nombre evoque la esperanza.



INDICE

| | Págs. |
|-------------------------------------|-------|
| DEDICATORIA. | 5 |
| Cosas de Enrique. | 7 |
| La torta de Reyes. | 14 |
| Tarjetas. | 19 |
| Proletariado intelectual. | 24 |
| Centenario. | 30 |
| ¡No me conoces! | 34 |
| El tálamo. | 41 |
| El espíritu del Carnaval. | 46 |
| Terra-cotta. | 55 |
| Indultos. | 59 |
| Burghers en la luna. | 63 |
| Resurrección. | 68 |
| El por qué de los solteros. | 74 |
| Al vado ó á la puente. | 80 |
| La ola. | 87 |
| Bohemios. | 92 |
| El escote. | 97 |
| La gracia de Dios. | 102 |
| Doctores y maestros. | 108 |
| Bobadas. | 113 |
| Tribunales de honor. | 118 |
| La pipa. | 124 |
| Belleza para todos. | 130 |
| La partida. | 136 |

| | Págs. |
|------------------------------------|-------|
| Decadentes | 141 |
| Un cobarde | 146 |
| En la carretera | 151 |
| Junto á los hierros | 156 |
| Las gorreras | 160 |
| En la huerta | 165 |
| Plumas remuneradas | 170 |
| Sobre el terruño | 175 |
| Postales | 180 |
| La alborada de la Merced | 186 |
| La alegría española | 191 |
| Latrocinios | 196 |
| El alma española | 201 |
| Cesantías | 207 |
| Adivinos | 212 |
| Las almas muertas | 218 |



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



AD AUTONOMIA
GENERAL DE

CO